Ciro Urdaneta Bravo

MARACAIBO: historias y leyendas

FICHA PROFESIONAL DEL AUTOR

Ciro Urdaneta Bravo nació en La Cañada, distrito Urdaneta del Estado Zulia, y se inició profesionalmente en el periodismo en El País y Panorama de Maracaibo en 1936. Hasta 1940 participó como reportero y redactor en periódicos de vida efímera (El Grito del Pueblo, La Palabra, Frente Nuevo, Hoy, La Tarde). Fue director de los diarios Noticias Gráficas e Informaciones, jefe de información de Panorama y jefe de redacción de Diario de Occidente.

A partir de 1942, actuó en Caracas como redactor y co-director de Ultimas Noticias (en su primera etapa, bajo la rectoría de Pedro Beroes y Kotepa Delgado); fundador y jefe de redacción de la revista Sábado; en 1959, redactor-jefe del diario Pregón; jefe de redacción de las revistas Momento (dirigida por Carlos Ramírez Mac Gregor), Semana y Bohemia (dirigida por Simón Alberto Consalvi). Finalmente, jefe de información y subdirector del diario El Nacional.

Su labor profesional ha sido reconocida con el otorgamiento de dos Premios Nacionales de Periodismo (23-10-58 y 27-6-72), el Diploma y la Medalla de Honor de la Asociación Venezolana de Periodistas y la Orden al Mérito en el Trabajo en su Primera Clase.

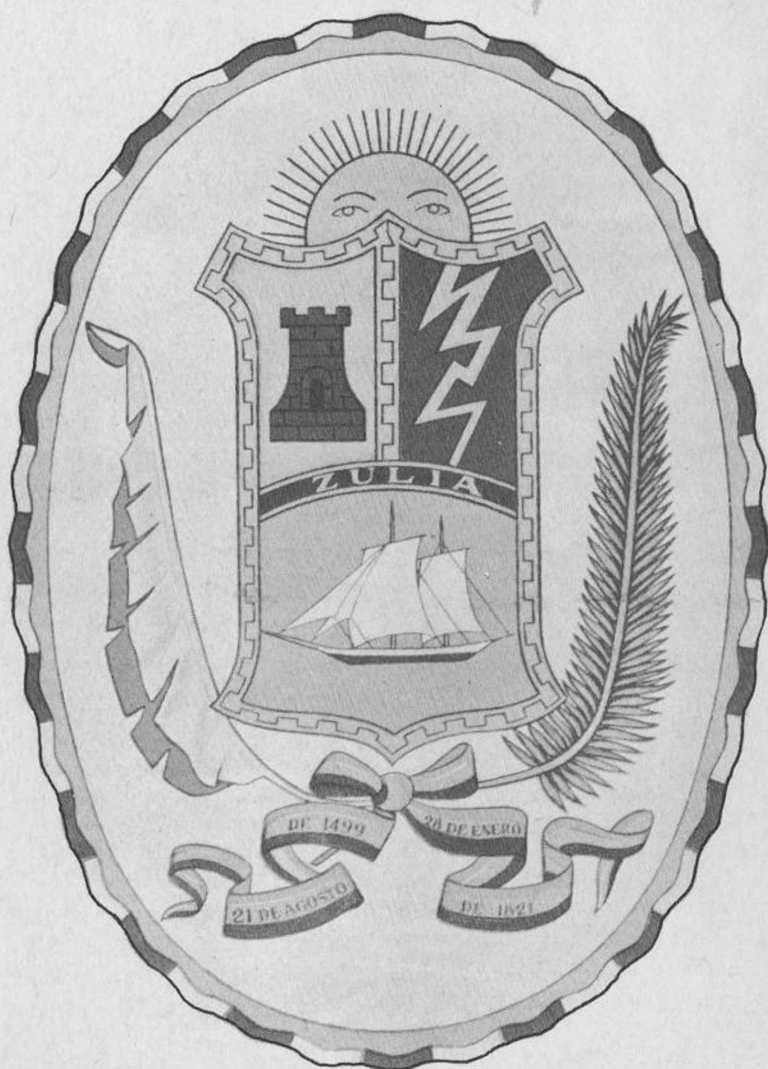
Ha publicado el libro ''Maracaibo Siempre'', tiene terminados una ''Pequeña Historia del Saladillo'' y ''Veinte Reportajes'' y en preparación una biografía del caudillo zuliano Venancio Pulgar y ''Sobrevivo'', con sus experiencias en el periodismo venezolano.

Ciro Urdaneta Bravo

MARACAIBO: historias y leyendas



ediciones
corpoven


ZULIA
DE 1499
28 DE ENERO
21 DE AGOSTO
DE 1821

A LOS LECTORES

Con esta edición, auspiciada por Corpoven, se pretende mantener en toda su plenitud el amor de los maracaiberos por su tierra y, al mismo tiempo, dar vigor a algunas hermosas ''historias y leyendas'' poco conocidas por las jóvenes generaciones.

La publicación de este libro, en su primera edición, fue autorizada por la Corporación Venezolana del Petróleo en octubre de 1970. Los textos, preparados por el periodista zuliano Ciro Urdaneta Bravo, correspondían a una síntesis seleccionada del programa radial ''Maracaibo Cuatricentenario'', que fue acogido con amplia simpatía por el público de la región zuliana.

Alfínger,

fundador de Maracaibo

Hace algunos años, el Centro Histórico del Zulia promovió una reunión a la que concurrieron personalidades muy calificadas, con el fin de establecer, a la luz de los más serios recaudos, quien fue el verdadero fundador de Maracaibo. En esa Asamblea se llegó a la conclusión de que tal mérito le correspondía a Ambrosio Alfínger, ya que su establecimiento no fue efímero sino un poblamiento comenzado y continuado con la intención de sentar allí una ciudad importante, que si no llegó a serlo fue a causa de la muerte del audaz alemán a manos de los indios.

Se sabe que Alfínger llegó a Coro en febrero de 1529 y que allí recibió el despacho real que lo acreditaba como Gobernador y Capitán General. El 9 de junio envió dos bergartines y un barco bien armado que pasaron la Barra, mientras él y el resto de su gente se iban por tierra hasta Los Puertos. Al pasar el Lago encontró Alfínger una ranchería indígena llamada Maracaibo y allí mismo declaró fundada la ciudad. Esta no tuvo Regidores, ni Alcaldes Ordinarios o Cabildo Civil, pero sí Teniente de Gobernador, Alcalde Mayor, Escribano Público, Alguacil Mayor y Teniente del Tesoro. También se edificó una Iglesia parroquial con techos de palmas y se ofrecieron oficios religiosos que estuvieron a cargo inicialmente del Padre Juan Rodríguez de Robledo. Además, Alfínger le construyó a Maracaibo las primeras viviendas y el primer puente, dotándola de funcionarios administrativos y de Hacienda. La fecha de la fundación debió ocurrir hacia setiembre de 1529, cuando Alfínger decidió dejar allí parte de sus tropas junto con las mujeres, niños y personas enfermas, para continuar el recorrido de la extensa comarca, con 130 soldados y 40 hombres a caballo, aventura en la que murió flechado por los indios a siete leguas de Pamplona al cabo de tres años. La segunda fundación de Maracaibo por Alonso Pacheco se efectuó en 1569, mientras la tercera y última por Pedro Maldonado se produjo en 1574.



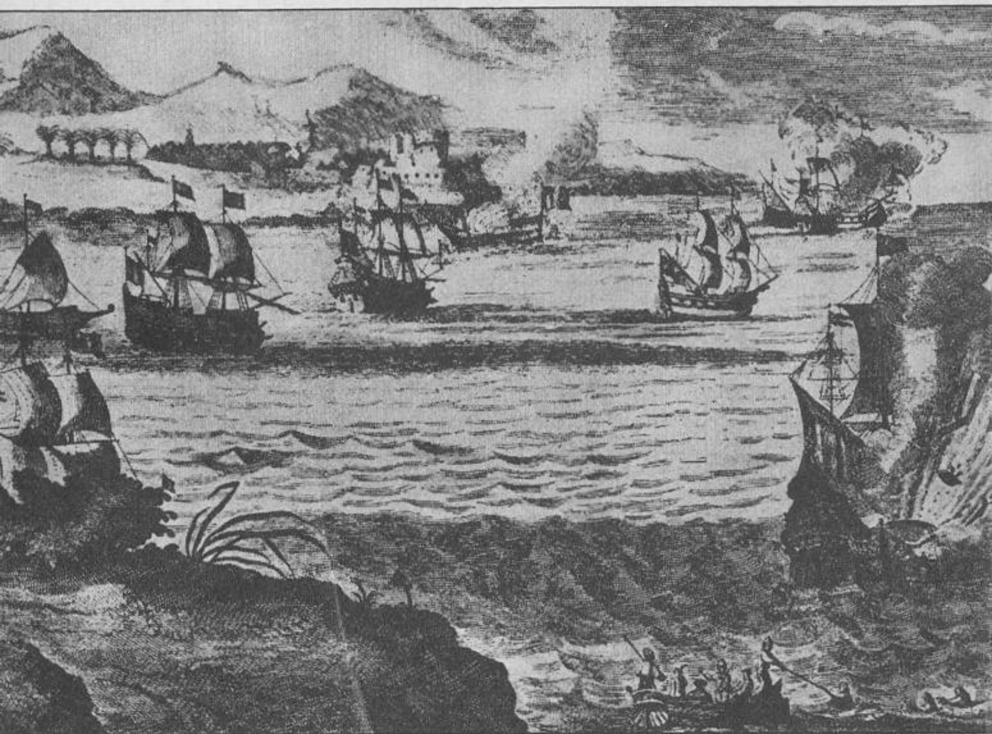
Alonso de Ojeda



Alonso Pacheco

Ambrosio Alfinger

Los filibusteros



Los bajeles piratas que asolaron a Maracaibo y Gibraltar.



El Olonés



Henry Morgan

En el siglo XVII, los piratas saquearon y destruyeron varias veces a Maracaibo y Gibraltar. En octubre de 1641, el filibustero holandés Enrique Gerardo se llevó un botín de más de 90.000 ducados. En diciembre de 1642, el corsario inglés William Jackson llegó con 1.000 infantes, tomó cuatro bajeles que estaban en el puerto, quitó a los vecinos 1.800 petacones y cargó con 40 piezas de artillería que los españoles tenían en Maracaibo para su defensa.

Ninguno, sin embargo, superó en crueldad y salvajismo al famoso Juan Daniel Nau, mejor conocido por "L'Olonnais". Este salió de La Tortuga con su pandilla de forajidos. Utilizó a un guía francés que conocía la Barra y desembarcó en San Carlos, donde degolló a gran parte de los hombres que integraban la Guarnición. Los españoles de Maracaibo, enterados de que el pirata venía contra la ciudad, embarcaron con su oro hacia Gibraltar, de modo que cuando llegó allí "El Olonés" sólo se encontró con almacenes llenos de mercancías y bodegas repletas de vino. Permaneció en Maracaibo 15 días, al cabo de los cuales siguió en sus barcos hacia Gibraltar, donde le hicieron una heroica resistencia. Los españoles perdieron 500 hombres y los filibusteros 100, y como éstos no pudieron conseguir riquezas le pegaron fuego a la villa por los cuatro costados, destruyéndola en seis horas. De regreso a Maracaibo, "El Olonés" ordenó a sus prisioneros que le entregaran 500 vacas gordas y les dio un plazo de ocho días para que pagasen el rescate. Mientras tanto, los piratas se dedicaron a demoler las iglesias y a robar cuadros, esculturas, ornamentos y campanas porque tenían el propósito de construir una Capilla en La Tortuga. El rico botín se lo repartieron en Santo Domingo. Dos años después se produjeron nuevos ataques por parte de Miguel el Vascongado y el cruelísimo Sir Henry Morgan, quien en pago de los horrores que causó en nuestra tierra, recibió más tarde un voto de gracia, fue cruzado Caballero y designado Teniente-Gobernador de Jamaica.



La Chinita

Sin duda, los tiempos han cambiado. La devoción de los maracaiberos por la Virgen de Chiquinquirá se conserva y fortalece al paso de los años, pero el acento pintoresco de la festividad y el mismo escenario en que se efectuaban los actos religiosos, han desaparecido casi por completo. No obstante, muchos recuerdan todavía a las famosas dulceras que llegaban a las 2 de la tarde con sus grandes azafates y pequeños taburetes para sentarse en las aceras, provistas de abanicos de flecos para espantar las moscas. Ponían a la venta sus tradicionales granjerías: cartuchos de confites, bolitas de leche con clavitos de comer, gofios, alfeñiques, paledoñas, besitos, merengues, chupa-chupas, maní tostado en totumitas o latas vacías de sardinas, conservas de guayaba, de sidra, de membrillo, y maduro, calabazates, niños envueltos, quesadillas, suspiros, turrones de maní, ajonjolí, cartuchitos de anís azucarados, cocadas y semillas de caujil, todo al precio maravilloso de un centavo. Entre aquellas alegres vendedoras nadie olvida a la Negra Indalecia, a Rosana la India Blanca, a Mercedes Pozo, a la Vieja Matilde y a la holandesa Loló. El júbilo colectivo lo encendía el mago del artificio Aramís Luzardo, con sus arbolitos de fuego, la cañonera, el volcán, el negrito de los fuegos, truenos, voladores, cohetes, ratones y cucaracheros. Y cuando los fuegos artificiales cesaban, tomaba turno Rubén el Campanero, con su bronco mensaje que solemnizaba la festividad.



El primer correo

El primer correo oficial que tuvo Maracaibo data de mediados del siglo XVIII. Fue establecido por Decreto del Marqués del Villar, Virrey de Santa Fé de Bogotá, el 7 de agosto de 1751. Dos correos salían simultáneamente el mismo día de Maracaibo y Bogotá para encontrarse, al cabo de 32 jornadas, en la ciudad de Pamplona donde intercambiaban sus valijas de baqueta, cerradas con dos candados, y con capacidad hasta para 12 libras de correspondencia. Desde Pamplona los correos se devolvían a sus ciudades de origen, no sin antes llegar de paso a otras poblaciones importantes donde recogían cartas cuyo porte sencillo costaba real y medio. El correo de Maracaibo se trasladaba en canoa a Gibraltar y de allí seguía a pie o en mula hasta cubrir el recorrido de más de 30 días a Pamplona.

Existían también en esa época los correos particulares que llevaban a mano la correspondencia desde Maracaibo hasta algunos pueblos de la comarca y de Los Andes. Maracaibo era entonces una aldea de 4.800 habitantes que tenía 4 conventos, una iglesia y un hospital. El servicio de correos era, por supuesto, primitivo, aunque en lo relacionado con su lentitud parece que no hemos progresado suficientemente, ya que a menudo la prensa registra casos de cartas que entre Maracaibo y Caracas tardan más de 15 días.



Bolívar en Maracaibo

Dos veces visitó el Libertador Simón Bolívar la ciudad de Maracaibo: en agosto de 1821 y en diciembre de 1826.

La primera vez llega de paso hacia Cúcuta, donde prestaría juramento como Presidente de la Gran Colombia ante el Congreso. Viene por la ruta de Trujillo, entra al Lago por el antiguo puerto de Moporo y permanece en la ciudad desde el 29 de agosto hasta el 18 de setiembre.

Su segunda visita es mucho más breve, pues apenas dura tres días. El Libertador viaja en esa oportunidad a bordo del "Estimbote", primer barco a vapor que cruza el Lago desde San Carlos de Zulia, y se hospeda en la Casa Fuerte construida a mediados del siglo XVIII y en la cual, durante años, había tenido su asiento la Oficina de Recaudación del gobierno colonial. Este local fue adquirido posteriormente por el Banco de Venezuela. En 1911, con motivo de celebrarse el Centenario de la Independencia, la Asociación de Estudiantes del Zulia colocó en la fachada una lápida recordatoria, con un brillante pensamiento del Libertador: "Sólo el pueblo conoce su bien y es dueño de su suerte". Esta lápida fue separada y reubicada en la oficina principal del Banco, después de ser demolido el viejo edificio hace unos cuantos años.



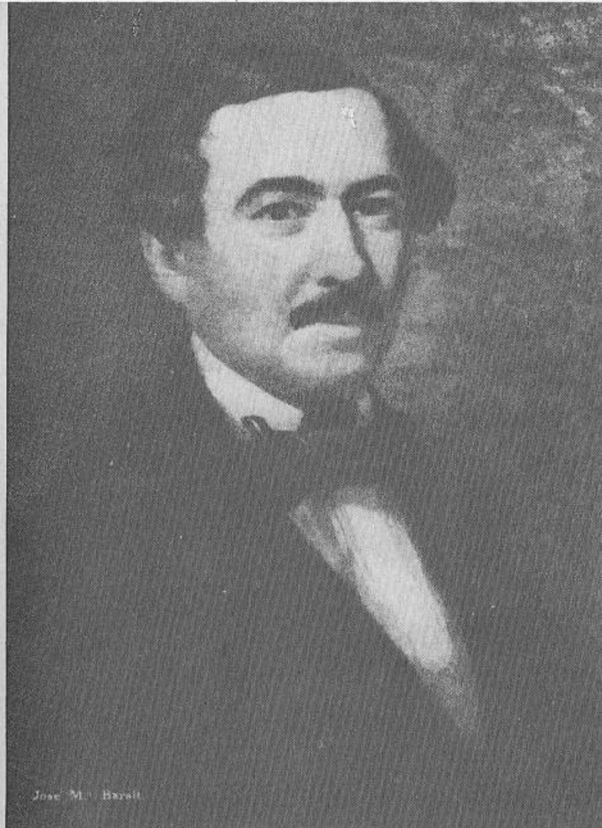
Plaza de la Concordia (1867).

La estatua del Libertador

En 1867, bajo el gobierno del General Jorge Sutherland, tuvo Maracaibo el honor de ser la primera ciudad de Venezuela donde se le erigía una estatua al Libertador Simón Bolívar, en una plaza pública. Quince años antes, los colombianos le habían levantado una en Bogotá, realizada por Tenerani, pero en su Patria no se le había dedicado al héroe un monumento público. La estatua era de mármol, con inscripciones en los cuatro lados del pedestal, pero carecía de estética y no tenía un parecido real con el Libertador. El monumento fue instalado en el sitio donde estaba la pirámide consagrada a los patriotas que integraron La Escuela de Cristo, algunos de los cuales murieron en las prisiones de Puerto Cabello y Puerto Rico. Siete años más tarde, sin embargo, cuando el General Venancio Pulgar embelleció la plaza y la bautizó con el nombre de La Concordia, ordenó desmontar la estatua, que dio tumbos por distintos departamentos de la administración, hasta parar en La Cañada, donde durmió el sueño del abandono más completo.

De esta forma Maracaibo permaneció más de treinta años sin una estatua de Bolívar en su plaza principal, ya que la nueva cincelada por Eloy Palacios, sólo fue instalada el 24 de julio de 1904, en un acto que tuvo como orador de orden al Dr. Antonio Acosta Medina.





Rafael María Baralt

Maracaibo, tierra del sol amada...

La frase pasa de boca en boca, y muchas veces el hombre nacido en nuestra tierra o el que vio la luz en otras latitudes, la repite porque es bella y porque además refleja una particularidad de nuestro clima.

Esas palabras sirvieron de título a una novela de José Rafael Pocaterra, y hay personas que llegan a atribuirle su paternidad al cáustico escritor valenciano. Sin embargo, los que han abrevado en la fuente de nuestra rica tradición cultural saben que fue Rafael María Baralt quien llamó a Maracaibo "tierra del sol amada", en su hermoso poema "Adiós a la Patria", escrito justamente cuando se ausentó apesadumbrado del terruño nativo. "No maldigas mi nombre, no me olvides", dice Baralt después de lamentar que no verá mas "tu cielo esplendente, de purísimo azul y oro vestido", ni "la altiva palmera", ni "tus montes erguidos", ni volverá a oir "el dulce acento de tus hijas hermosas"...

Trasladado a España, Baralt realiza allá su monumental obra literaria, y aunque la larga ausencia le empaña el vínculo con su Patria Grande y con su Patria Chica, jamás llega a olvidar los afectos de la infancia, ni el perfil señero de la ciudad de sus angustiosas añoranzas, que él llamara en un momento de lírico arrebato, "tierra del sol amada".

La Beneficencia

La Casa de Beneficencia —hoy Hospital Central Dr. Urquinaona— fue la primera institución de su género fundada en Venezuela, y tal vez la primera creada por iniciativa de un profesional del periodismo. En efecto, la idea de su instalación partió de Pedro José Hernández, periodista batallador y miembro de la Logia Masónica que en ese tiempo funcionaba en Maracaibo. Durante 15 años dirigió y redactó periódicos que aparecían una o dos veces por semana —El Mara, El Mendigo Hablador, El Vigía de Occidente y El Occidental— a través de los cuales libró grandes campañas políticas en favor del pueblo. Hernández, cuyo padre había sido sacrificado por el feroz Morales, impresionado por el espectáculo que presentaban decenas de desvalidos en las calles, propuso establecer una Casa de Mendigos. Su idea fue acogida con vivo interés, pero el proyecto quedó paralizado hasta 1860 cuando su hermano masón, el Dr. Antonio José Urquinaona, la recogió y le infundió vida, logrando crear la Casa de Beneficencia. En medio de las dificultades provocadas por las guerras civiles de la época, consiguió respaldo unánime para instalar la institución: el Concejo cedió un local; los hacendados contribuyeron con cargas de panela; el Jefe de la Fortaleza de San Carlos, con la leña; vecinos de El Moján, con el aceite de coco para el alumbrado, y un grupo de señoras, con las camas necesarias para recluir a los mendigos. Por su parte, la Logia puso su aljibe a la orden de la Beneficencia. Como hecho curioso que revela el espíritu solidario de la colectividad zuliana, el pequeño hospital fue inaugurado bajo la protección de Nuestra Señora de las Nieves y con la celebración de una Misa oficiada por el ilustre prelado, Monseñor Cástor Silva. Por ese tiempo, Pedro José Hernández tuvo que huir a Cúcuta por motivos políticos, muriendo allí víctima del terrible terremoto de 1875. En la misma ciudad habría de fallecer tres años antes, también bajo los rigores del exilio, el magnánimo Dr. Urquinaona, apóstol de la caridad en el Zulia.



La Beneficencia, ayer y hoy.



El Hospitalito

El origen del Hospital Chiquinquirá revela la extraordinaria capacidad de servicio que tenían los zulianos hace un siglo. E l 12 de enero de 1862 se reunen más de 300 ciudadanos en la plazoleta de San Juan de Dios para constituir una Junta que encauzara las gestiones dirigidas a construir un hospital. El Saladillo era ya el barrio más poblado de Maracaibo y por su composición social, el más urgido de un instituto que ofreciera asistencia gratuita a sus humildes gentes. Bajo la presidencia del Dr. Manuel Dagnino se da comienzo a la tarea. Consiste el primer paso en adquirir una casita de enea situada al suroeste de la plaza, cuya propietaria, María Josefa Mavares, accede a venderla por 300 pesos. Los miembros de la Junta ''se multan'' con 10 pesos cada uno, y el dinero restante se reune a través de colectas populares. Para demoler la vieja residencia se inventan las ''fajinas nocturnas', en las que participan los vecinos, sin distinción de clases, bajo la viva luz de las fogatas y al son de una banda improvisada con músicos de cuerda que interpretan valses y contradanzas regionales. Luego viene la labor ciclópea de Dagnino y sus colaboradores, hasta que al cabo de tres años de dinámicas gestiones, el Hospitalito abre sus puertas para cumplir una labor empeñosa y útil que desborda todos los calificativos.

El Hospitalito.

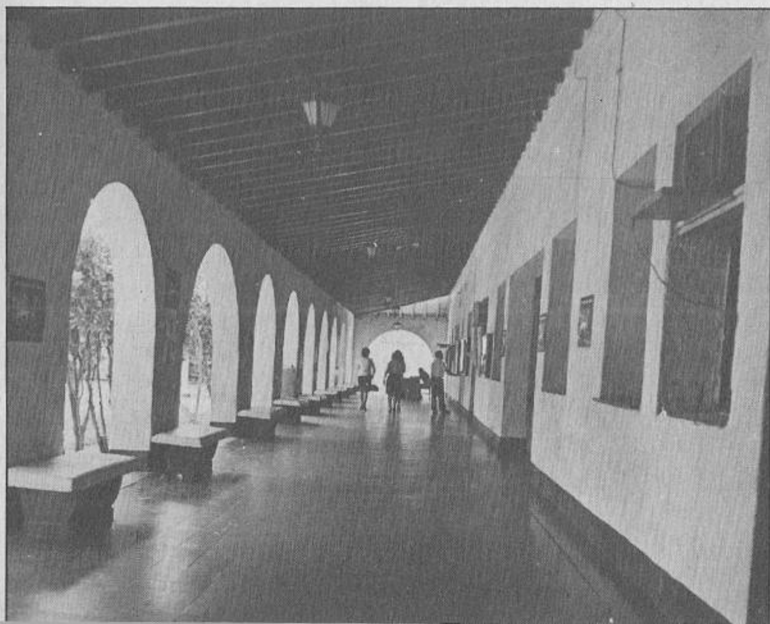


La Universidad

El 11 de setiembre de 1891 se instala en el templo de San Francisco la Universidad del Zulia. Creada por Decreto de Andueza Palacio, en el acto inaugural toman posesión de sus cargos de Rector y Vice-Rector los doctores Francisco Ochoa y Pedro Luengo. El Dr. Manuel Dagnino pronuncia el discurso de orden y entre los personajes que intervienen en la ceremonia figura el poeta Udón Pérez, quien acaba de cumplir 20 años y ha de iniciar estudios simultáneos de Derecho y Medicina. La Universidad comienza con 23 cátedras de estudios superiores y 187 alumnos, y por sus aulas han de desfilar, en el transcurso de los años, los hombres más ilustres de la región.

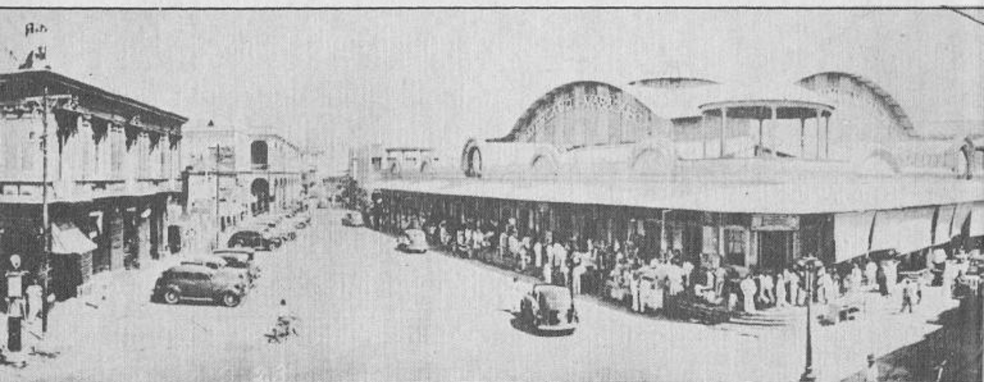
Hacia 1903, por un capricho de Cipriano Castro, la Universidad es clausurada. Se comentó entonces que la orden de cierre obedecía a que la Universidad había graduado a Antonio Quintero Rojas, Administrador de la Aduana y pariente del "Cabito" —un ignorante, según éste— pero el hecho es falso porque la disposición de Castro abarca también a la Universidad de Valencia y al Colegio de Guayana, y en la Memoria del Ministro Eduardo Blanco se trata de justificar después la clausura con el pretexto absurdo de que "el exceso de profesionales liberales podía conducir a la degeneración del carácter nacional". Pensaba Castro que el país necesitaba chafarotes y no doctores, hombres de pelo en pecho y no universitarios. Al cerrarse la elipse trágica de las dictaduras, se decidió restablecer la institución (en 1936), pero hubo que esperar hasta el 1° de octubre de 1946 para reinstalarla, bajo la rectoría de uno de los zulianos más notables de este siglo: el Dr. Jesús Enrique Lossada.

La Universidad en su viejo local de La Ciega.



Nuestro Mercado

Los primitivos ventorrillos del Siglo XIX



El mercado que se incendió en 1927.

El primer mercado público que tuvo Maracaibo fue construido en 1816 por el Gobernador Pedro González Villa, Coronel de los Reales Ejércitos y Teniente Coronel del Regimiento de Cazadores de Castilla, mejor conocido por ''El Tuerto'', ya que le faltaba un ojo. Tenía fama de malvado pero como no daba notaciones de tal, un día aparecieron en las paredes unos letreros que decían:

Este gallo que no canta
algo tiene en la garganta...

Entonces ''El Tuerto'' hizo escribir al pie:

Este gallo cantará
y a muchos les pesará...

En efecto, de inmediato se caló un guante de acero y comenzó a reprimir con energía a los vagos, rateros y mal entretenidos, a quienes utilizó para construir el mercado, logrando al mismo tiempo que los piragüeros contribuyeran con maderas. Unos ventorrillos se destinaron a la venta de víveres, otros a la venta de carnes y algunos a fondas y depósitos, mientras su renta de 600 bolívares mensuales fue cedida al Hospital de Caridad.

Con el tiempo, aquel mercado se hizo insuficiente, por lo cual fue demolido para edificar uno nuevo con 60 puestos para víveres, licores y mercancías y 198 para artículos de consumo diario, a un costo de 160.000 bolívares que fueron aportados en su mayor parte, por personas pudientes. Ese mercado duró hasta el 21 de julio de 1927, cuando fue destruido por uno de los incendios más voraces que han ocurrido en Maracaibo: el local ardió por sus cuatro costados, la ciudad quedó sin luz al quermarse los postes del alumbrado público y las pérdidas llegaron a calcularse en unos 20 millones de bolívares. Se asegura que el incendio fue provocado por manos criminales, e incluso se llegó a decir que fue obra de los propios gobernantes, que estaban interesados en construir uno nuevo.

En todos los tiempos nuestro Mercado Principal ha tenido fama por sus carnes: conejo, yaguaza, palomita, váquiro, venado, carnero, lapa, cachicamo, guacharaca, hicotea, iguana; y por sus pescados: lisa, doncella, bocachica, curbina, pámpano, carpeta, armadillo, palometa, manamana y jurel. Sin embargo, hubo épocas en que los maracaiberos tuvieron que apretarse el cinturón y repetir estos versos angustiosos:

La cosa está tan maluca
que hasta en el mercado viejo,
tres reales vale un conejo
y medio real una yuca...

La Plaza Bolívar

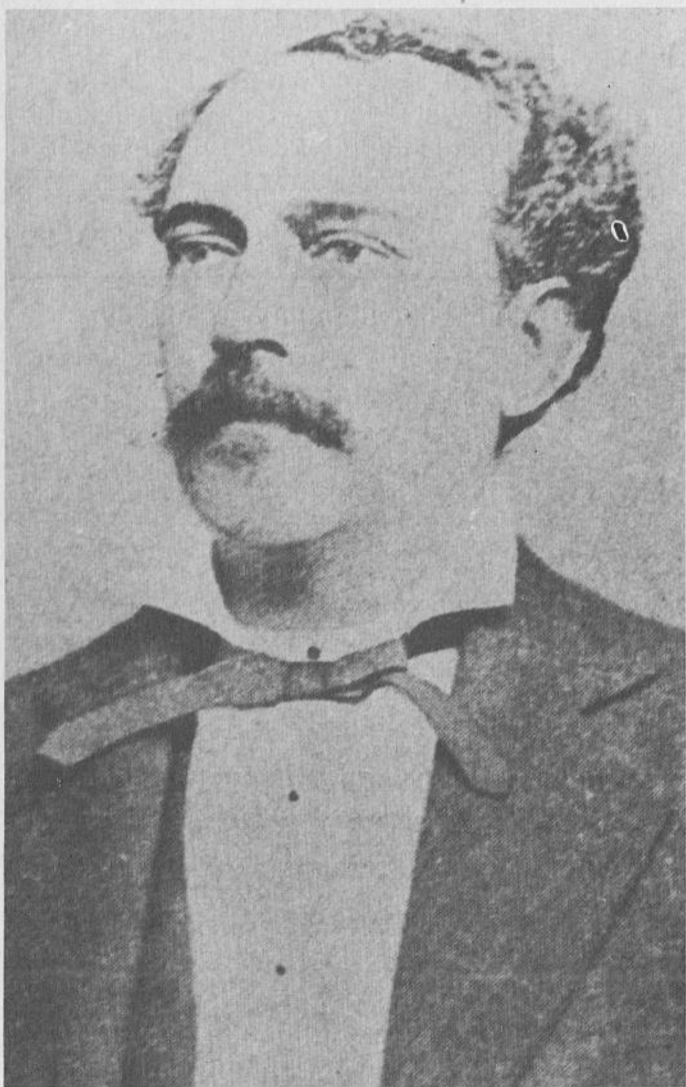


Al General Venancio Pulgar le cupo el honor de inaugurar lo que es hoy la Plaza Bolívar de Maracaibo, entonces denominada Plaza de la Concordia. El regio acto tuvo efecto el 6 de diciembre de 1873. Con el asesoramiento artístico del famoso pintor venezolano Carmelo Fernández, a quien Venancio envió a Europa con el fin de que observara las más modernas plazas, la nuestra constituyó en su época un orgullo para los maracaiberos, pues constaba de ocho hermosas avenidas, cuatro fuentes, una verja de hierro con ocho puertas y hasta 106 faroles de kerosene. Venancio Pulgar gozaba en ese tiempo de inmensa popularidad, pero los azares de la política le opacaron su luminosa estrella y apenas tres meses después de la inauguración de la plaza tuvo que huir hacia Caracas a bordo de su goleta "Virginia". El pueblo se amotinó, le lanzó "mueras" y no pudiendo impedir su partida, se dirigió hacia la Plaza de la Concordia, donde uno de los exaltados propuso eliminar a martillazos el letrero donde se dejaba constancia de que Venancio había sido el constructor. Carmelo Fernández, que vivía en sus alrededores, se enteró del asunto; entonces, enfrentándose a la multitud, le dijo a los amotinados:

—Señores, no es necesario que usen el martillo y la barra. Déjenme quitarles el letrero.

Y sacando un destornillador corriente, separó las letras:

—Yo lo hice construir así —explicó— porque sabía que el día menos pensado podía ocurrir esto...



General Venancio Pulgar.



General Jorge Sutherland,
quien otorgó la primera concesión.

Nuestro petróleo

La primera referencia sobre el petróleo venezolano se remonta al año de 1536, cuando la Reina Isabel se dirige a los oficiales reales de Nueva Cádiz, para decirles que ha recibido las muestras de petróleo enviadas de Cubagua. Cuatro años más tarde el cronista Fernández y Valdés se refiere a los ojos o manantiales de betún que los indios llaman mene y que se encuentran a unas 25 leguas de Maracaibo. Dice que el tal betún hierve con la fuerza del sol y que las personas o los animales se atollan al pisarlo. Es blando, pegajoso y a veces corre sobre la tierra. En 1579, Rodrigo de Argüelles y Gaspar de Párraga localizan una fuente de mene que mana como agua, salta en borbotones y cuaja en forma de pez, el cual aseguran que es usado por los naturales para calafatear embarcaciones y curar ciertas enfermedades.

A mediados del siglo XIX, cuando el Coronel Drake perfora el primer pozo de petróleo en Titusville (Estados Unidos), se inicia el surgimiento de esta nueva industria. En Venezuela hay un comienzo de interés por el petróleo hacia 1865, cuando el gobierno del Zulia presidido por el General Jorge Sutherland firma, con fecha 24 de agosto, un convenio con el empresario norteamericano Camilo Ferrand, a quien se le otorga el privilegio exclusivo de taladrar, sacar y extraer petróleo o nafta —o bajo cualquier denominación el aceite que existía en el subsuelo— por el término de diez años, pudiendo aumentarse este lapso por acuerdo entre las partes. Ferrand se comprometía a pagar al gobierno del Zulia la cantidad de 5 pesos por cada tonelada que exportara, como derecho municipal. Y eso no era todo: en caso de que el aceite que se extrajera resultara de inferior calidad y no fuera apto para la exportación, el señor Ferrand quedaría relevado de todo compromiso. Pese a todas esas ventajas, la primera concesión petrolera otorgada en el país quedó sin efecto antes de cumplirse el primer año del contrato, ya que Ferrand no contaba con suficientes recursos económicos, ni experiencia técnica, ni maquinaria para emprender la tarea de extraer nuestro petróleo del subsuelo.

Habrían de transcurrir casi cincuenta años para que se afianzase la exploración y descubrimiento de los grandes yacimientos del Zulia. En efecto, es sólo en 1914, al comenzar a producir el Zumaque N° 1 en Mene Grande, cuando se inicia de lleno la explotación industrial del petróleo venezolano.


El "reventón" del Barroso.

Una ciudad con sed

Durante más de cuatro siglos, a partir de su primera fundación por Alfinger, Maracaibo padeció del terrible problema de la falta de agua. Por eso desde muy temprano proliferaron los aljibes, de los cuales se surtía buena parte de la población. Esta penalidad fue planteada innumerables veces a los gobernantes de turno, al punto que en el término de 80 años se presentaron 14 proyectos para construir otros tantos acueductos. Se hicieron estudios en el río Socuy, tributario de El Limón, y en El Palmar, Distrito Perijá. Un ingeniero norteamericano, el Capitán Turner, ofreció construir un acueducto con capacidad de un millón de galones de agua diarios, por la insignificante suma de 700.000 pesos. Por decreto del Presidente Guzmán Blanco se construyó el de La Hoyada, en Bella Vista, que no dio resultado, y los maracaiberos tuvimos que esperar hasta 1938, cuando el actual acueducto fue inaugurado en su fase inicial.

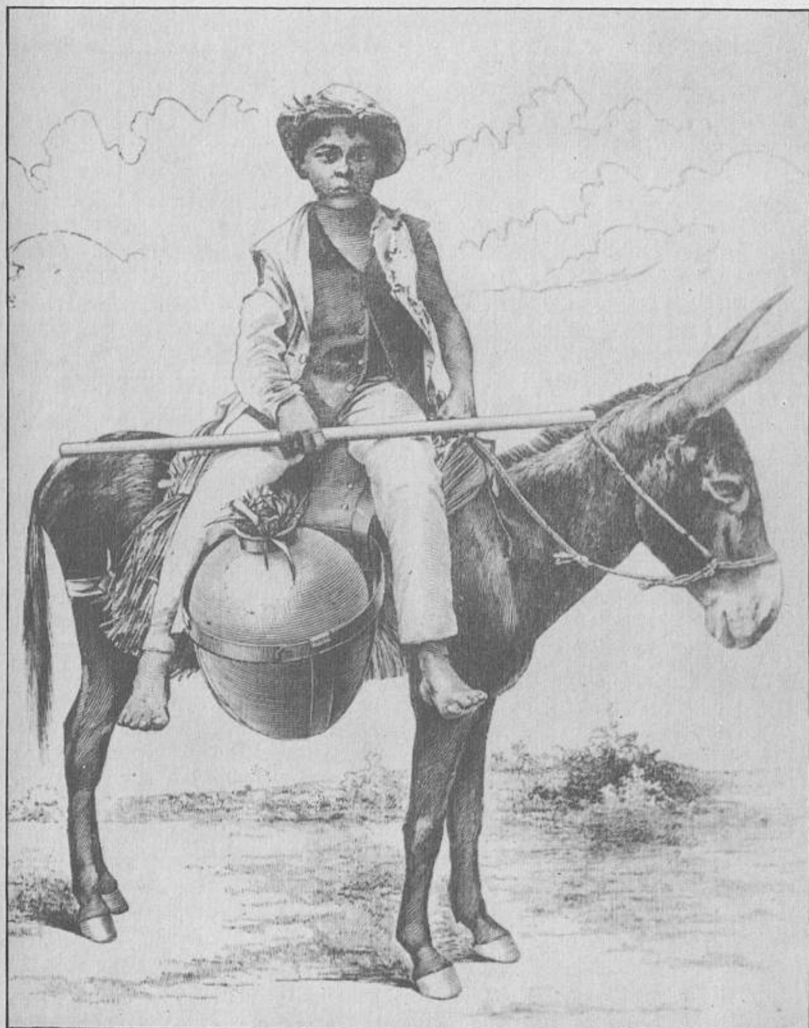
A través de esos largos años de sed se hizo popular en Maracaibo la figura del aguador, que iba y venía por las calles con su burro cargado de agua, la cual primero era salada y después dulce. Los populares vendedores usaban botijuelas, que cambiaron con el tiempo por latas de 25 litros. En los últimos años estuvo muy competido este negocio, pues incluso llegaron a usarse carros de mulas para el transporte del precioso líquido. De la lucha por la venta de agua en Maracaibo ha quedado el testimonio de nuestros poetas populares:

La competencia a Bartolo
se la hace María Boscán,
la que vende con afán
el agua de polo a polo.
Sus burros vienen y van
y tienen el rabo bolo
de los palos que le dan...

Los aljibes

Los maracaiberos que tramontan el medio siglo recuerdan aún que en la ciudad existían los famosos aljibes. Los había en todas partes: no sólo en las casas de familias acomodadas, sino también en la vieja Universidad, en la Casa de Gobierno, en la Beneficencia, en el llamado Cuartel de Veteranos y hasta en algunos templos como la Capilla de la Trinidad. Fue una costumbre establecida desde los tiempos coloniales para solucionar el problema del agua. Los aljibes se construían con una mezcla de cal, piedra de ojo y adobones; más tarde se usó el cemento, pero los planos interiores continuaron edificándose a base de los viejos materiales. Por canales de hojalata se recogían las aguas de los tejados cuando llovía, y así la población podía surtirse del líquido necesario para su subsistencia. La

gente pobre que no tenía aljibes en sus casas, compraba el agua a medio real la botijuela, hasta que fue perforado un pozo en Bella Vista y el acarreo comenzó a hacerse en burros. Es de suponer que la mayoría de los viejos aljibes con que contaba Maracaibo han sido cegados al levantar las nuevas construcciones, pero por allí deben quedar todavía, desafiando el tiempo, algunos de los que sirvieron de milagrosos depósitos de agua durante las largas y fatigantes etapas de sequía.



Creencias y supercherías

El pueblo zuliano es supersticioso, como lo son, en mayor o menor grado, otros pueblos de Venezuela o de cualquier región del mundo. El cultivo de la superstición nos ha llegado a través de la triple vertiente de nuestra formación étnica, por lo cual esos hábitos tradicionales no constituyen patrimonio de determinada clase social, o en concreto de la gente sin cultura, sino de todos los que llevamos en la sangre los pigmentos raciales del español, del indio y del negro.

Actualmente en Maracaibo no es difícil encontrar, detrás de las puertas de las casas, pencas de zábila para alejar la mala suerte. Cuando los niños nacen, nunca falta una persona amiga que recomiende colocarles en las muñecas brazaletes con corales o azabaches para ponerlos a salvo del "mal de ojo". La gente adulta suele usar aros con pepas de zamuro sobre bases de oro, o signos zodiacales, mientras los viejos profesionales de la Medicina y el Derecho siguen poniendo muñecos jorobados como dijes en sus ya desusadas leontinas. Producto de esa supervivencia fetichista es también la costumbre de nuestros choferes, de colocar postalitas, imágenes de santos y toda suerte de guilindajos en el interior de los vehículos. Nuestra gente tiene inclinación por las milagrerías y las cosas mágicas, y de allí el éxito que siempre alcanzan las "borras de café", e incluso los hábiles brujos que recetan pócimas vegetales o medicamentos patentados. En muchas zonas de nuestra población —y a menudo no sólo en aquellas donde reina la ignorancia— se cree fervorosamente en los buenos resultados de las llamadas "oraciones", como la del Justo Juez y la de San Marcos de León, lo mismo que en supercherías como el de La Funerala y el de los Siete Aceites, destinadas a afirmar la fortuna en el amor. Actualmente, con las revelaciones logradas a través de la Parasicología, se han esclarecido muchos enigmas, pero las supersticiones seguirán presentes en el ánimo del pueblo porque son expresiones de nuestra propia formación cultural.

"La Bélgica Alpina", raro nombre de una pulpería que existió en el Saladillo.



La V.O.C., sigla de una vieja compañía petrolera, era una tienda que todavía se recuerda.



El tranvía de mulas.



El tranvía eléctrico.

Los tranvías

El 5 de octubre de 1884 se inauguró en Maracaibo el primer tranvía de tracción a sangre, por contrato entre el Concejo y el señor Rafael Nones, representante de la empresa "El Cojo", cuyo principal accionista era el señor Manuel María Echezuría. Con 2 carros y 18 mulas comenzó a prestar servicios entre el Mercado y Los Haticos. Año y medio después se construyó otra sección en el trayecto de la Plaza Baralt a El Empedrado, y posteriormente la última que llegaba hasta el Bar Delicias, situado en la esquina de la Nueva Belloso. Esta línea, por cierto, era propiedad del Dr. Domingo Osorio, y el servicio que prestaba llegó a ser tan deficiente que la gente decía:

Ya la corneta no suena,
el tren es una matraca,
y la mula está tan flaca
que se le pintan las venas.

Un paso de gran progreso significó la inauguración, el 19 de setiembre de 1891, del ferrocarril a vapor de Bella Vista, construido por el Ing. Hermócrates Parra, quien cobró 10.000 pesos macuquinos por ejecutar la obra de 5 kilómetros de largo en un plazo récord de 10 meses. El ferrocarril poseía 4 locomotoras fabricadas en Filadelfia y 10 vagones para el servicio de carga y pasajeros. La carne del Matadero que funcionaba en Bella Vista era llevada en una "zorra" hasta el interior del Mercado, y los domingos las familias pudientes alquilaban los vagones para pasear de un extremo a otro del trayecto.

Las personalidades más importantes de la ciudad fueron invitadas por don Andrés Espina, gerente de la empresa, para un paseo desde la zona portuaria hasta el terminal de Bella Vista, donde hoy está situada la Plaza del Buen Maestro. Para ello habilitó dos de las locomotoras, cuyas calderas eran alimentadas con leña de mangle, y en tres flamantes vagones se acomodaron los funcionarios del gobierno y el resto de los invitados. La inauguración del ferrocarril fue un éxito cabal, a pesar de que uno de los vagones rozó un poste del alumbrado público y las chispas que salían de las chimeneas estuvieron a punto de incendiar algunas casas de enea de la calle Obispo Lazo. Desde ese día los muchachos comenzaron a repetir, al paso de las trepidantes locomotoras, un sonsonete que se hizo popular: "si te cojo-te apachurro... si te cojo-te apachurro", mientras los cantores populares decían la siguiente copla:

Poco a poco — don Andrés,
que se acaban — los carbones
y se viran — los vagones
al derecho — y al revés.



Nuestra primera huelga general

En 1886 ocurren hechos de cierta trascendencia en Maracaibo: se inaugura un nuevo Mercado; el Dr. Dagnino usa por primera vez la cocaína como analgésico local; comienza a funcionar un tranvía de mulas entre la Plaza Baralt y El Empedrado... Ese mismo año, el 15 de marzo, se produce por primera vez un paro general de las actividades en nuestra capital: los comercios cierran sus puertas y todos los maracaiberos, sin distinción de clases, se lanzan a las calles en manifestación, para protestar contra el establecimiento de impuestos derivados de la construcción del llamado "Muelle Artificial".

En efecto, el gobierno nacional había concedido a Emilio Conde un monopolio por 25 años sobre el tráfico en el Lago y el transporte de carga y pasajeros desde Maracaibo. Había que pagar 2 bolívares por cada 100 kilos de mercancías; los vapores 40; las canoas 1; las reses 2,50; los caballos y las mulas 3. Desde el día 14 de marzo comenzaron las protestas públicas y el 15 se produjo la huelga general. El General Blanco Uribe, representante del contratista, quien había llegado en un barco con tropas fletado por el Ejecutivo Nacional, salió a los balcones del Gran Hotel Italia, situado en la Plaza Baralt, y se dirigió a la multitud: "A mí no me amedrentan las manifestaciones —dijo— porque he tenido la desgracia de nacer valiente". La protesta arreció y a tiempo que el General Tinedo Velasco llegaba con un pelotón de soldados, el Cónsul de Estados Unidos sacaba escondido a Blanco Uribe por la parte trasera del Hotel, embarcándolo de nuevo para la capital. Se produjo una terrible balacera con saldo de 4 muertos y 15 heridos. Entre las víctimas figuró el señor Abraham Belloso, quien presenciaba los sucesos desde la puerta de la barbería de Braulio Marrero, situada cerca de la Plaza. La jornada fue, pese al saldo sangriento, una victoria para el pueblo zuliano, pues el contrato se anuló y los nuevos impuestos no llegaron a cobrarse.



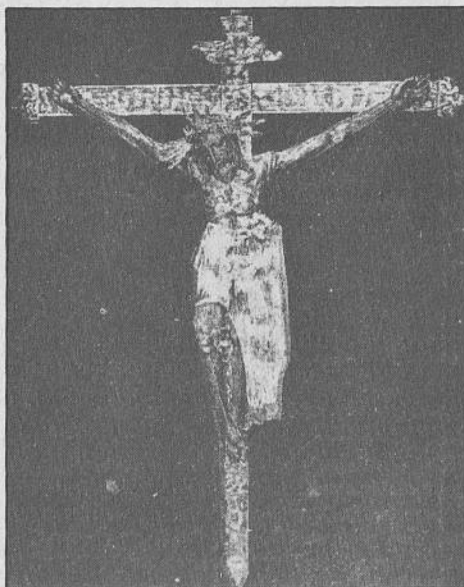
El hombre que nos trajo la luz

En los primeros tiempos de la Nueva Zamora —la Maracaibo refundada por Pedro Maldonado, que se extendía desde la Plaza de San Juan de Dios hasta la de Santa Bárbara— la gente se alumbraba con astillas resinosas a las cuales colocaban mechas de fibras vegetales impregnadas de grasa y las fijaban en estacas. Frente a las casas pajizas levantaban hogueras para alejar a las fieras. Después se usaron los candiles de barro, mientras en las casas acomodadas instalaban malolientes velas de sebo en ricos candelabros de plata. Posteriormente se popularizó el uso del aceite de coco, hasta que llegaron las lámparas de kerosene. Hasta 1848 no existió alumbrado público y la gente tenía la obligación de colocar faroles en puertas o ventanas, entre las 6 de la tarde y las 10 de la noche, previo bando de un funcionario conocido por ''Coquito Belzares'', quien recorría las destartaladas callejuelas al grito de ''Luces afueeeera''. Fue precisamente ese año cuando el gobierno ordenó la instalación de 14 faroles públicos de kerosene en las esquinas principales de la ciudad.

Bajo la Presidencia del Dr. Alejandro Andrade se hicieron gestiones para contratar el servicio de alumbrado eléctrico, que fue inaugurado en el centenario del natalicio del General Urdaneta. Consistía en 213 globos de cristal que se limpiaban diariamente y se les cambiaban los carbones. En el año 1889 comenzó el servicio doméstico con 3200 lámparas incandescentes. Como hecho curioso puede señalarse que antes de que hubiera luz eléctrica en las casas, funcionaron los teléfonos: unos 275 aparatos que costaban a los suscriptores 16 bolívares mensuales. Por cierto, el Gerente de la empresa de luz, Jaime Carrillo, se hizo sumamente popular por los esfuerzos que realizó en favor de la instalación del alumbrado y su nombre fue ligado a las penalidades que pasaban las amas de casa a causa del alto costo de los comestibles. Así lo expresaba una de ellas en esta estrofa elaborada por uno de nuestros poetas populares:

Con real y medio y cuartillo
que me pasáis de ración,
queréis que tenga el fogón
como la luz de Carrillo...

Las Macanas del Cristo



Las creencias fanáticas han desaparecido en Maracaibo, e incluso muchas prácticas religiosas que en otros tiempos tuvieron validez se observan hoy con cierto escepticismo. Esto se debe, por supuesto, a que se han superado los seculares niveles de la ignorancia en esta materia y a que las cosas de la Iglesia son interpretadas en la actualidad con un criterio más lúcido. Un viejo cronista de la pequeña historia zuliana decía, por ejemplo, que hace unos cien años ya la gente se sentía remolona frente a los milagros y que si un sacristán recibía la noticia de que un santo sudaba, en seguida levantaba la vista hacia el techo para buscar el lugar de la gotera.

Hubo entre nosotros un sacerdote muy meritorio y muy querido, el Padre Angulo, que solía burlarse de las supersticiones de los fieles. Durante muchos años fue párroco de Catedral, donde se conserva la Sagrada Reliquia, y en más de una ocasión tuvo que poner en claro la leyenda del Cristo de Gibraltar, llevada a los mayores extremos de exageración por ciertos creyentes fanáticos. Según parece, antes de que los indios saquearan y destruyeran esa población de la Costa, habían robado varios paquetes de leznas de zapatería que colocaron en las puntas de sus flechas, al punto de que algunas se encuentran rotas o dobladas en la ma-

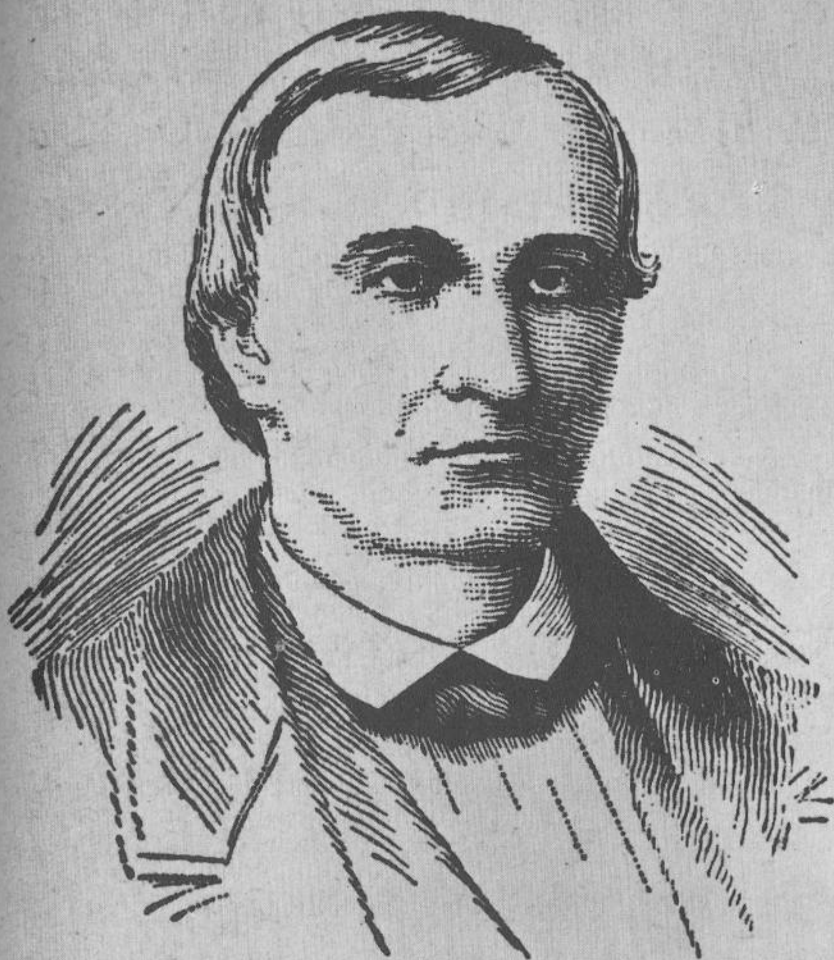
dera de la Santa Reliquia. Sin embargo, la gente decía que se trataba de macanas que crecían durante el año por obra de un milagro. Un día en que se preparaba la procesión, el público se mostraba impaciente porque se retardaba demasiado; entonces el Padre Angulo, que tenía chispeantes salidas de buen humor, dijo en voz alta para tranquilizar a los fieles:

—Señores, por favor, esperen un poquito. ¿No ven que le estamos recortando las macanas al Cristo?



Boticas y médicos

En las primeras décadas del pasado siglo, la atención a los enfermos y la lucha contra las enfermedades se hallaban en un estado de completo atraso en Maracaibo. Hacia 1814, José Simón Peña instaló, en la esquina de las calles Bustamante y Aurora, la primera botica con las medicinas que encontrara en el interior de un San Felipe de madera adquirido en Jamaica. Dos años antes había llegado a la ciudad un médico inglés, expresamente a practicarle una operación en la cabeza a una parienta del Gobernador. Aunque se trataba de una intervención sencilla —un tumor benigno en el cuero cabelludo— la actuación de este galeno tuvo extraordinaria resonancia. Luego llegaron otros médicos: Lima, Muñoz, Guzmán, Fernández, Valderrama y Sierra. Este último, por cierto, se hizo famoso por un depurativo que preparaba a base de zarzaparrilla y guayacol y que contrastaba con los remedios de la época, consistentes en emplastos, bálsamos, purgantes, jarabes y fricciones. En 1825 arribó a la ciudad el médico español Manuel de Arocha, quien había sido asignado al ejército de Canterac. Era un hombre liberal que luego adquirió nuestra nacionalidad, contrajo matrimonio en Maracaibo, tuvo 14 hijos y contribuyó notablemente en favor de la salud pública. El Dr. Wells, norteamericano, fundó la Botica Inglesa en 1825. Era cirujano y obstetra y a él se debió prácticamente el desarrollo que adquirió la importación de medicinas. El doctor Wells divulgó la aplicación de los polvos de soda y los calomelanos de ruibarbo. La tercera farmacia fue establecida posteriormente por Laureano León. Y poco a poco se fueron logrando avances en este aspecto, hasta que se redujo a su mínima expresión el predominio de los curanderos cuyo papel, después de todo, no puede ser menospreciado porque en sus manos estuvo, durante un larguísimo período, la salud del pueblo.



Doctor Manuel de Arocha, médico y filántropo español.

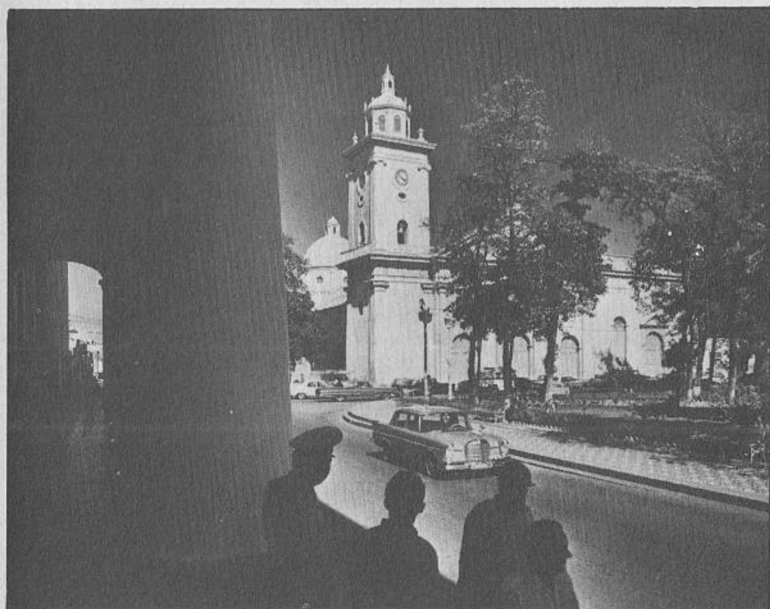


Obispo Rafael Lazo de la Vega.

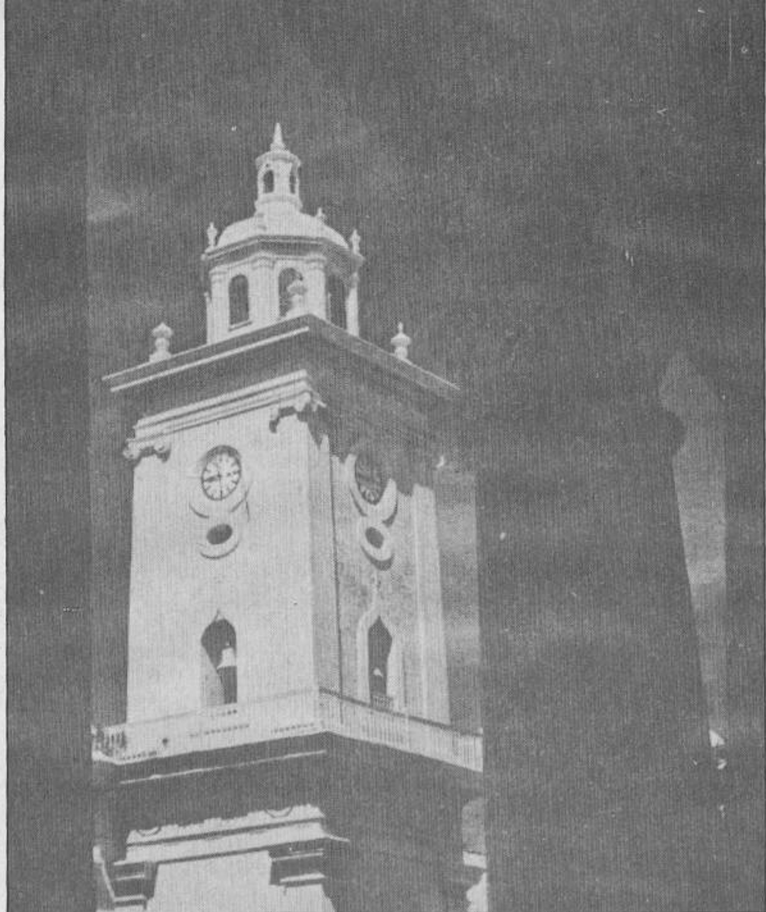
Los milagros del Obispo Lazo

La Iglesia Matriz de Maracaibo fue la primera construida por los conquistadores. La primitiva Nueva Zamora de la Laguna era una aldea de chozas pajizas y la incipiente Iglesia, para cuya construcción donó 200 pesos Su Majestad el Rey, lucía sus techos de enea y sus paredes de frágil bahareque, pero poco a poco fue modernizándose, hasta el punto de que en 1774, cuando fue visitada por el Obispo Martí, contaba con tres naves con paredes de mampostería, columnas de maderas fuertes, techos de tablas cubiertos de tejas, nueve altares, y a su servicio, dos curas rectores y un sacristán mayor.

Alrededor de 1800, la Iglesia es elevada a Catedral. En 1858 se le reconstruye la torre y se le instala un reloj. Entre los que se preocuparon más por su enbellecimiento estuvo el Obispo Rafael Lazo de la Vega, en honor del cual fue bautizada (con su ilustre apellido) una de nuestras calles céntricas. Justamente en relación con los trabajos que el Obispo ordenó hacerle a la Iglesia Matriz, ha sido recogida una leyenda: los carpinteros trataban de instalar una solera, pero esta resultaba muy pequeña y era necesario adquirir otra. En ese momento llegó Monseñor Lazo. Le explicaron lo que ocurría, y entonces él se puso de rodillas, en actitud piadosa, y elevó una oración a los cielos. Luego, ganado por una beatífica serenidad, pidió a los carpinteros que trataran de colocar nuevamente la solera, y ante el asombro de todos, ésta apareció con su tamaño exacto.



La Catedral, desde el Palacio de las Aguilas.



Catedral vs.

Aunque el fervor religioso no se ha opacado entre nosotros, es indudable que la manera de celebrar las fiestas parroquiales ha cambiado sensiblemente, de ayer a hoy, en Maracaibo.

En el pasado, por ejemplo, se mantuvo una tremenda rivalidad entre Catedral y Santa Bárbara, en torno a la mayor brillantez de sus festividades respectivas. Hay una anécdota que exhibe cabalmente este espíritu de emulación entre las dos parroquias, y de la cual son protagonistas dos ilustres personajes de la época: el Padre Piña, párroco de Santa Bárbara, fundador con el Dr. Dagnino del Hospital Chiquinquirá, quien convirtió en una tacita de oro su templo y exaltó la devoción del pueblo por la Inmaculada Concepción; y el Dr. Pedro Luengo, educador insigne, Rector y Vice-Rector del Colegio Nacional, Secretario varias veces de la vieja Universidad del Zulia y uno de sus principales impulsores.

Pues bien, entre el Dr. Luengo y el Padre Piña llegó a suscitarse un tradicional antagonismo, ya que el primero tenía bajo su responsabilidad la organización de la fiesta del Corazón de Jesús en Catedral y el segundo se



Santa Bárbara

ocupaba de promover la de la Inmaculada Concepción en Santa Bárbara. Todos los años ideaban cosas nuevas, atracciones espectaculares, de modo que la feligresía siempre estaba pendiente por saber si la celebración del Dr. Luengo resultaba mejor que la del Padre Piña, o viceversa. En aras de esta pugna ambos llegaban a extremos increíbles, al punto que una vez el Dr. Luengo consiguió, no se sabe cómo, un pequeño cañón que colocó en la esquina del Teatro Baralt, con la boca apuntando hacia el Templo de Santa Bárbara. El serio profesor, propagandista del Corazón de Jesús, ataviado con levita y pumpá, parecía más bien un General en trance de ametrallar a su enemigo, cuando daba sus órdenes marciales:

—¡A la carga, muchachos! —gritaba a sus compañeros de faena, y en el momento de salir el tiro de inofensiva pólvora, pero de efecto impresionante, se lanzaba al centro de la calle y gritaba dando saltos de emoción:

—¡Cogé, Inmaculada Concepción! ¡Y vos también, Padre Piña, cogé y vení por más!...

Curiosidades

Hay hechos vinculados al viejo Maracaibo que se desconocen o se recuerdan poco. Por ejemplo, los nombres de nuestras principales plazas. La Bolívar se llamó Plaza de San Sebastián y La Concordia; la Baralt, Plaza de la Convención; la de San Juan de Dios, Plaza de la Libertad.

Es bueno saber que la ciudad empezó a edificarse de oeste a este y que el primitivo Matadero Público estaba situado al final de la calle Páez, en su parte Norte.

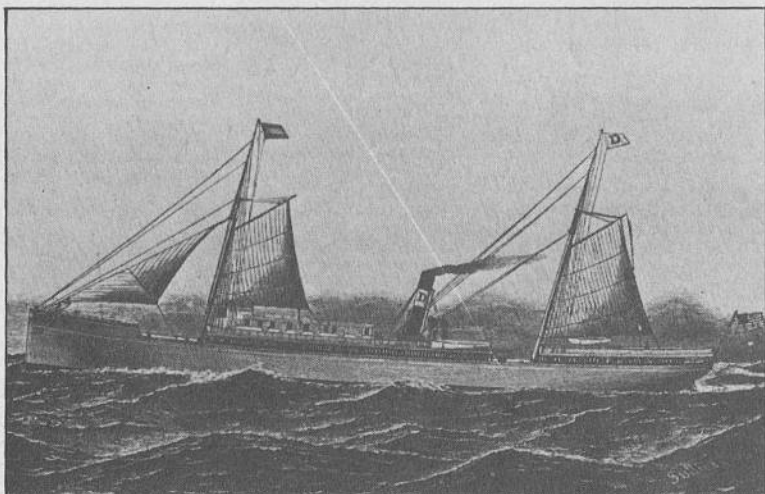
El edificio del Hospital Chiquinquirá tuvo un costo total de 301 pesos: 300 correspondientes al valor de la casa de enea comprada a la señora Josefa Mavares, donde se levantaron las primeras construcciones y un peso que se pagó por la escritura.

Manuel Antonio Chávez se llamaba el bedel del Colegio Federal en setiembre de 1886; un bedel distinto a los bedeles ordinarios, ya que era políglota y llegó a ser profesor de alemán y otros idiomas en el Instituto.

Un mes después de haberse instalado solemnemente la Universidad del Zulia, a fines de 1891, fue inaugurado en Maracaibo el servicio de teléfonos con 400 suscriptores. El alumbrado eléctrico vino después.

La primera línea regular de vapores que comunicó a Maracaibo con el extranjero fue la D Roja, establecida por la Casa Boulton.

Antes en Maracaibo se celebraban velorios por alumbramientos, es decir,veladas nocturnas para festejar el nacimiento de los niños, con asistencia de familiares y amigos íntimos. Los invitados se instalaban en taburetes colocados en la acera de la calle y, aparte de los tragos y la cena de rigor, los jóvenes se entretenían con los ''juegos de prendas'', mientras en el interior de la casa, la madre jubilosa no podía reposar a causa del bullicio provocado por su propio alumbramiento.



El vapor "Maracaibo", de la Red D Line.

Aunque parezca raro, Encontrados, Sinamaica y La Guajira fueron durante muchos años, parroquias del Distrito Maracaibo. El Distrito Mara se llamó Distrito Pulgar; el Distrito Colón, Cantón Zulia y Cantón Fraternidad; el Distrito Perijá fue denominado Guzmán Blanco, mientras el Distrito Urdaneta, con el nombre de La Cañada, fue una dependencia del Cantón Maracaibo hasta que lo erigieron en Distrito Bolívar y posteriormente recibió el nombre que ostenta hoy.

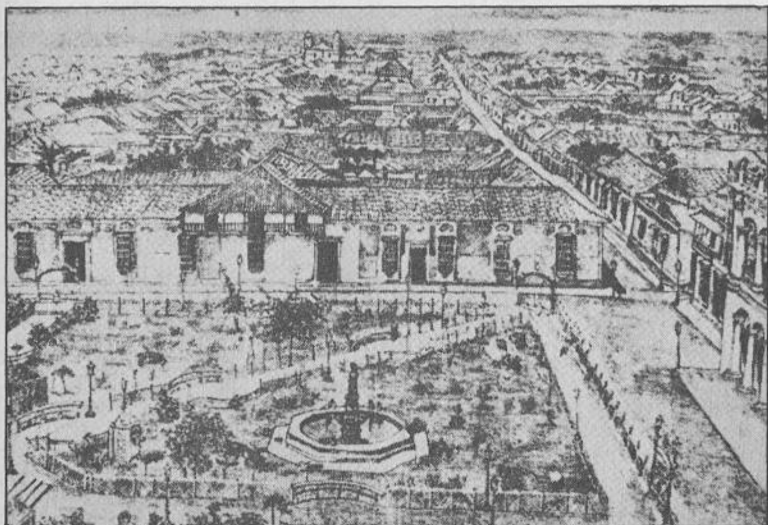
En cuanto a las parroquias del Distrito capital, Cristo de Aranza fue conocida como parroquia de El Rosario, y Chiquinquirá como San Juan de Dios, por cierto dividida en dos circuitos: uno que estaba a cargo del Jefe Civil y otro bajo la jurisdicción de un Comisario Mayor.

Un ciudadano francés llamado Pedro Comentans estableció en Maracaibo la primera escuela pública para varones, en 1824. El primer plantel para hembras lo dirigió dos años más tarde la señora Josefa Grajal de Dupuy.

En 1838, el Gobernador de la Provincia, Licenciado Juan José Romero, construyó el enlosado de algunas calles. Comenzó por la de Ciencias.

En 1869, las autoridades de Maracaibo celebraron un contrato con el ciudadano Manuel Núñez, para fijar los nombres de las calles y los números de las casas. Las primeras placas se fijaron en la calle Bolívar.

El viejo muelle de nuestro puerto fue construido por unos norteamericanos en 1841, bajo la administración del General José Escolástico Andrade. Reconstruido en 1871 por el General Venancio Pulgar, fue ampliado y mejorado en 1880 por el Gobernador José Victoriano Guevara a un costo de 80.000 bolívares.



Plaza de la Concordia, hoy Bolívar.

El Zambullajúa

Tal vez sean muchos los maracaiberos, principalmente de las últimas generaciones, que desconozcan el tradicional símbolo del Zambullajúa. Lo identificarán, sin embargo, al advertirles que se trata del mismo Judas que suele ser quemado en sitios públicos en Semana Santa, aquí y en muchas ciudades del país, en ceremonias de intención política, o con el propósito de protestar contra alguien que se ha hecho acreedor a la repulsa general.

Pero el tradicional Zambullajúa zuliano tiene sus características propias: como el Judas, consiste en un muñeco de trapo de tamaño natural, pero en vez de quemársele en los barrios, se le coloca en el palo mayor de las embarcaciones y se le sumerge en el agua, en medio de los gritos de la multitud que se reune en los muelles con tal fin. Actualmente no se efectúa este rito del Zambullajúa, cuyo nombre deriva del verbo zambullir, el cual, a tono con el tiempo, ha abandonado su ambiente lacustre para irse a tierra en forma de grotesco maniquí de trapo, que la gente cuelga de los postes para apostrofarlo y sacudirlo a golpes con un palo. Luego se lee una sentencia contra el personaje que se ha querido representar, y la solemne celebración concluye con su quema, en la que participan los vecinos del barrio.

Esta costumbre, heredada de los colonizadores españoles, como tantas otras, debe ser mantenida en su forma original, porque ella representa algo así como una válvula de escape para expresar los sentimientos del hombre común, y siempre hay algún Zambullajúa a quien hacer objeto de repudio por su conducta reprochable contra el pueblo.

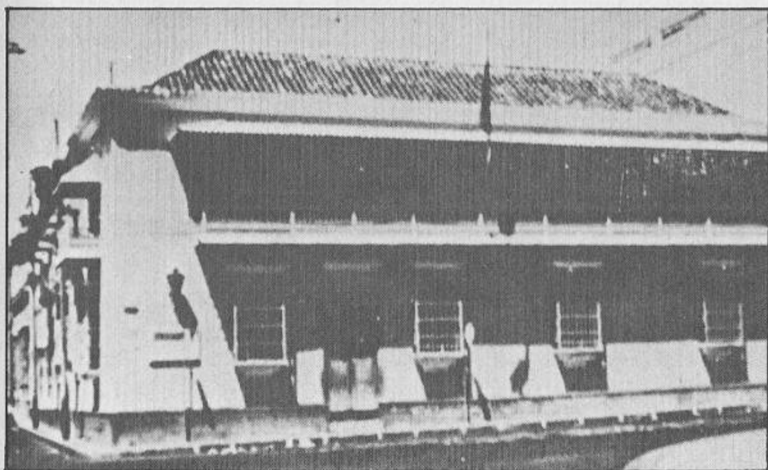


Judas Iscariote

El crimen de La Caballero

La llamada Casa de Morales, situada en la esquina de las calles Venezuela y Urdaneta, donde estuvo residenciado el General realista Francisco Tomás Morales y en la cual se ratificó la Capitulación de 1823, fue escenario de un crimen que produjo sensación en Maracaibo y que se mantuvo en el misterio, a pesar de las investigaciones que efectuaron los tribunales de justicia.

Se trata del Crimen de la Caballero, cometido alrededor de 1890, no se sabe si por causas pasionales o por una oscura venganza personal. Lo cierto es que una noche fue narcotizada y luego acribillada a puñaladas, una mujer llamada Francisca Caballero, originaria de Cúcuta y quien trabajaba al servicio de una rica familia que vivía en la colonial Casa de Morales. Con la complicidad de una lavandera de nombre María Jesús, los asesinos envolvieron en una cobija el cadáver de la doméstica, lo metieron en un coche y fueron a depositarlo en un descampado, por los lados de la Cañada Morillo. Unos vecinos trasnochadores, sin embargo, observaron el paso del coche y su regreso rápido. Esto despertó sus dudas, por lo cual se dirigieron al sitio sospechoso, donde hicieron el hallazgo del cuerpo de la cucuteña que estaba aún con vida. En seguida la llevaron hasta el Hospitalito, pero a causa de las dificultades del transporte y de la poca energía de las autoridades, cuado éstas llegaron la mujer estaba muerta. El gobierno confió a un tribunal la averiguación del hecho que no dio, por cierto, resultados positivos. Al día siguiente comenzaron a hacerse en la ciudad comentarios alarmantes, e incluso a señalarse los presuntos autores del crimen. Junto con el recuerdo del absurdo asesinato quedó en Maracaibo la leyenda de la Caballero ligada a la Casa de Morales. Pero de fijo se sabe únicamente que el cuarto del crimen, en cuyas paredes quedaron estampadas huellas de sangre, fue cerrado para que nadie volviera a vivir allí.



La Casa de Morales.



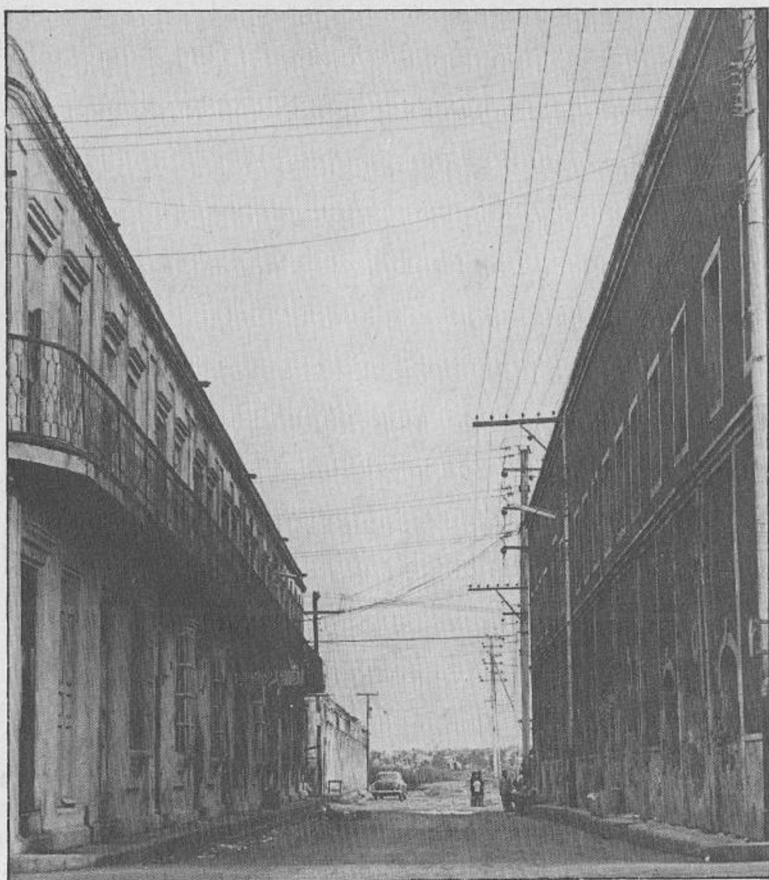
Las viejas calles

Muchas de nuestras viejas calles han perdido sus nombres o desaparecido, pero de todas ellas se conservan recuerdos imborrables. Ni el acero, ni el hierro, ni el cemento, ni las nomenclaturas han podido hacerlas olvidar. Por ello es imposible que los legítimos maracaiberos no sepan que la calle Arismendi se llamaba, hace muchos años, **Calle de la Perdición,** porque allí vivían mujeres de vida licenciosa y constantemente se originaban grandes tánganas. **La Mala Ley,** conocida actualmente como calle Amparo, debió su nombre al hecho de que en ella se escenificaban batallas campales a puñal y verduguillo. **La Calle de Los Locos** estaba ubicada en la cercanía de la Plaza Urdaneta y fue bautizada de esa forma porque efectivamente allí vivían varios enajenados, sometidos a la burla de los jóvenes del barrio. Una laboriosa mujer dio motivo para que un pequeño tramo entre Padilla y Carabobo fuese denominado **Calle de los Bollos,** pues los que elaboraba gozaban de gran prestigio en la ciudad. En El Milagro, por los lados de la Cañada Brasil, en un sector donde merodeaban "aparecidos" y difuntos, estuvo situada la **Calle de los Muertos.** La calle Federación se llamó en un tiempo **Calle de los Santos,** mientras en El Empedrado y El Saladillo existieron dos calles **El Silencio,** debido a que nadie daba allí pistas a las autoridades cuando se cometían crímenes o se formaban trifulcas. La **Calle El Tapón,** cerca de San Felipe, tomó su nombre de una casa que impedía el tráfico de los ciudadanos, en tanto la del **Jabón** señalaba las dificultades creadas por los aguaceros al paso de carretas, coches, caballos y personas. Por último, la **Calle de los Cachos** no recibió su nombre de ninguna maliciosa circunstancia relacionada con la honestidad de las señoras, sino del hecho muy sencillo de que los matarifes de Bella Vista que habitaban en ella, botaban entre sus arenas y basuras los cuernos de las reses que beneficiaban por las noches.



Las viejas esquinas

Sitios poco recomendables para el tránsito nocturno eran las oscuras callejuelas de El Saladillo, cuando en este barrio popular tenían obligado exilio los delincuentes que, originarios o no de ese sector, mantenían en jaque a la ciudad. Entre los sitios más peligrosos figuraba **El Fuego Vivo**, donde imperaba un bandido conocido como **El Turco Telémaco**, que usaba una peinilla ''chiquinquireña'' de 14 pulgadas y ''despachaba'' a sus enemigos con lo que entonces se llamaba ''puñalada de albañal'', en el costado izquierdo y sobre el hígado... **El Mosquito** fue también una zona de pendencias, célebre por los ''tiros de cachito'' que allí se daban, ante el permanente desconcierto de la policía... Igualmente se recuerda el sitio denominado **Los Tres Cujíes**, bajo los cuales se reunían en horas de la noche los guapetones de la cuadra, para armar camorra a sus vecinos de **Los Biombos** y **El Alto de la Mina**... Y qué decir de la esquina de **Pele el Ojo**, donde se acechaba al transeúnte para desvalijarlo, cuando aún no existía luz eléctrica sino opacos faroles de kerosene... En otras latitudes de la ciudad habían también lugares pintorescos, como la **Esquina del Brinco** en la confluencia de la calles Padilla y Boyacá, cerca de La Cañada Nueva, y que debió su nombre a que una tarde un titiritero que trabajaba en un circo, saltó con una especie de garrocha de un extremo al otro de la cañada sin que nada le ocurriera. El tipo estaba vestido de payaso, y a los compases de una banda de música se dedicaba a hacerle propaganda al espectáculo. Y por supuesto, aquella agilísima maniobra tenía que producir sensación en Maracaibo...



Una estampa del viejo Maracaibo.

Las antiguas tiendas

En Venezuela, la tienda o pulpería ha sido base de una organización tradicional y centro nervioso de las actividades del barrio o la parroquia. El tendero tuvo siempre en Maracaibo una categoría tan alta como la del boticario y el barbero. Pero las viejas tiendas han ido desapareciendo con los soplos del progreso, y aunque hoy muchas de ellas siguen funcionando, ya no poseen las características que las definían como lugar de citas para tertulias vespertinas y nocturnas entre los vecinos, lo mismo que como negocio múltiple donde podían adquirirse desde una libra de carne y una vara de zaraza, hasta un saco de carbón, una aspirina o unas bolitas del más puro cacao criollo.

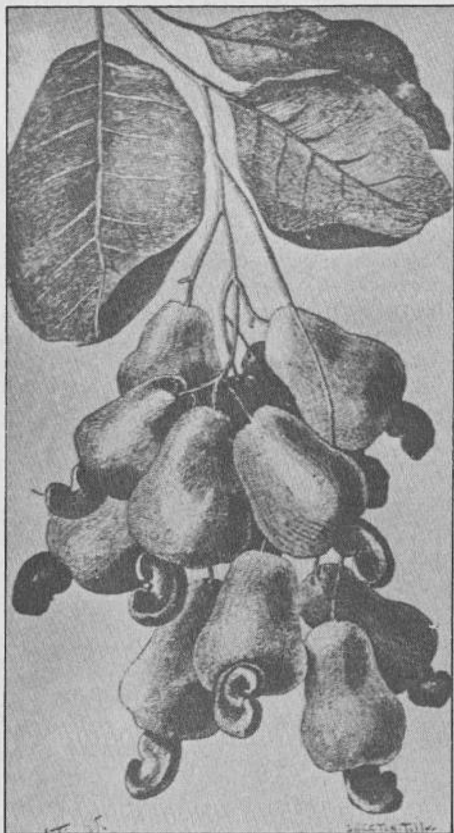
Nuestras tiendas estaban ubicadas generalmente en las esquinas y se dividían en dos partes: en el negocio propiamente dicho, al frente, y en la vivienda de su dueño, situada en el interior. En la parte principal de la tienda sobresalía el largo mostrador de madera, que no era propiamente un dechado de limpieza, con su vitrina para los dulces en un lado, el papel de estraza para envolver las mercancías, y junto a los rústicos estantes, los sacos o cajones con toda clase de granos, panelas, papas, racimos de guineos, artículos de quincallería, abanicos de paja, carbón, leña de mangle, licores baratos, cohetes, volantines, trompos, emboques, perinolas y hasta medicinas corrientes expedidas al menudeo, por cobres y cuartillos.

A pesar de que ya regía en el país el sistema métrico decimal, en las tiendas se hacían las ventas por libras, onzas, varas y botellas. El dueño tenía siempre un burro a su servicio, y en él se dirigía diariamente, en horas de la madrugada, hacia La Plazuela en busca de su múltiple surtido. Para los muchachos mandaderos existía el incentivo de las ñapas, aparte de los famosos frascos con granos de maíz o caraotas que servían para registrar sus compras diarias y que el tendero les cambiaba por chucherías en el final de la semana. Para los adultos, el mayor atractivo consistía en las dos o tres mesitas colocadas en el interior de la tienda, donde se echaban sus tragos y jugaban dominó.

Nuestros nombres raros

Para los venezolanos del resto del país, lo que más pone de relieve la idiosincracia del maracaibero es la manía de bautizar a la gente con nombres raros. En efecto, desde tiempos muy remotos venimos hurgando los recovecos más recónditos del santoral cristiano, lo mismo que las fuentes de la mitología griega y romana, y hasta los infolios árabes y asirios, para sacar de allí nombres en verdad extravagantes, aunque a veces preferimos hacer combinaciones originales para estructurar así por nuestra cuenta los apelativos más curiosos. Pero esa costumbre no se refiere solamente a los nombres de las personas, porque si damos un vistazo a nuestra geografía encontraremos también nombres de pueblos, aldeas y caseríos capaces de asombrar a quienes no han nacido en esta tierra. En el Zulia tenemos, por ejemplo, localidades que se llaman Berlín, Cienfuegos, Buenos Aires, Chicago, Guayaquil, Jericó, Los Angeles, Moscú, Palmira y Tokio. Pueblos y lugares con nombres de países y regiones extranjeras como El Perú, Inglaterra, Junín, Siberia, Congo, Curazao y Zanzíbar; con nombres de otros pueblos venezolanos como El Tigre, Irapa, Maracay, Maturín, Trujillo, Valencia y Urachiche; con nombres de personas como Don Alonso, Bernardino, Julián, Pantaleón, Raúl Martínez, Tío Pancho, Tío Viejo, Juan de los Ríos, Juan Pedrito y Juan El Negro; Angela, Candelaria, Dolores, Concha, Leticia, María Castillo, María Nava, La Pacheca; con apellidos como Bernal, Guillén, Mejía, Monteverde, Moralitos, Peña, Pino, Rivas Dávila, Sucre; con nombres de animales como El Bachaco, El Caimán, Cangrejo, El Guaco, El Mono, El Sapo, Los Alcaravanes, Guabina, Iguana, La Burra, La Cataneja, La Guacharaca, La Paloma, Las Garzas; con nombres de flores y árboles como La Rosa, La Rosita, Los Lirios, El Junco, El Mamón, El Matapalo, Los Cerezos, Los Melones, y hasta con nombres creados por la imaginación de la gente, como Aguanta Callado, Amarra La Perra, Estoraque, Mamón Herrao, Mete Miedo, Miscelánea, Paráte Ahí, Piedras Levantadas, Pele El Ojo, Queseras del Medio y La Porra.... En realidad, son peculiaridades que definen el carácer zuliano, y de lo cual todos parece que nos sentimos orgullosos.

El dulce de caujil



Tan famoso y exquisito como el dulce de icacos y los huevos chimbos, típicos de la región zuliana, era en otros tiempos el dulce de caujil, hoy casi desaparecido en nuestro medio. Llenas de matas de caujil estaban siempre los anchos patios de las viejas casonas, los huertos familiares y los hatos a la playa desde El Milagro a San Francisco. Los árboles de ramos tortuosos, con extraños nudos, verde follaje, flores color púrpura con líneas blancas, se mostraban colmados de caujiles que los muchachos desprendían para su deleite. En el mercado se vendían a precios bajos junto con el níspero, la chirimoya, el dato, el limonzón. En otras partes al caujil se le denomina merey o marañón, y se le estima no sólo porque con él se elabora una golosina de sabor excepcional, sino porque también se utiliza su almendra, tan sabrosa como la castaña y la cual entre nosotros se come después de ponerla a asar sobre un brasero.

Aseguran los expertos que de la semilla del caujil se saca un jugo acre, bueno para marcar la ropa y destruir callos y verrugas, mientras que del tronco del árbol puede extraerse una goma apta para la fabricación de barnices. Lamentablemente el caujil no puede catalogarse hoy como fruta popular maracaibera, porque nuestra indolencia, y por qué no, el sacrificio del buen gusto en aras de otras frutas extranjeras, lo ha reducido a un injusto plano subalterno.

EL FONOGRAFO.

DIARIO DE LA TARDE

DIRECTOR Y EDITOR PROPIETARIO... E. LOPEZ RIVAS.

AÑO II | MARACAIBO, MARZO 6 DE 1886 | Nº 1267

LA

BOTICA INGLESA

¡como siempre adelante!

¡FUEGO A PIE FIRME!

¡ UNO Y CATORCE !

Carnaval y Piñata de 1886

ESPLENDIDO! MONUMENTAL !! GRANDIOSO SURTIDO !!!

Satisfará todos los gustos, todos los caprichos, todas las aspiraciones

INDISCUTIBLEMENTE

EL SURTIDO DE MAS GUSTO QUE HA LLEGADO A LA PLAZA

¡NADA FALTA!

¡Cofres, Extractos, Polvos, Cestas Caprichosas, Pomos, Sachets!

Bouquets elegantes, Frutas de dulce
Jabones, Grageas, etc, etc.

¡¡ LOS AFAMADOS PERFUMADORES DAVIDSON A 20 REALES UNO !!
Estatua de granito sería quien no se animara á entrar en lucha con tal armamento! Véase, aunque sea de paso! Una sola mirada á nuestro parque bastará.

C. COOK E HIJOS.

Nuestro Lenguaje

Los tiempos pasan, las modas se renuevan, cambiamos las brecas por los mocasines, la falda larga por la falda corta, y viceversa, el tacón alto por el tacón bajo, la silla de Viena por el incómodo y elegante "puff", dejamos a Verne y a Salgari por la ciencia-ficción, pero no hay manera de que los maracaiberos arrinconemos, por obsoletos y periclitados, nuestros términos, refranes y modismos, porque ellos son la esencia de nuestra personalidad.

Por mucho que hurguemos en el diccionario no podremos hallar mejores adjetivos que los que usa nuestra gente: **arbolario, farfullo, lambucio, tribilinero, mapleto, persuadido**; ni formas verbales tan llenas de vida como **engurruñarse, curucutear, esgreñarse** o **margüir**; ni modo de rechazar a alguien como mandarlo al **cipote** o al **cimborrio**; ni de calificar una reunión desordenada con palabras tan gráficas como **foleo, gorogoro** y **fochera**... Cuando queremos indicar que una persona atraviesa por una mala situación decimos que se encuentra **en la inciforia.** A un tipo presumido lo llamamos **jochado.** A un muchacho con la cara sucia, **pericudo. Curtido** a quien ha perdido la vergüenza. **Carranclón** a un viejo. **Maneto** a un zurdo y **ñoco** al que carece de una mano. De un muchacho tremendo decimos que es **la muerte en coco**; al enfermo le ponemos una **aguja**; al ventilador lo llamamos **abanico**; al avispero, **memerea**, y cuando una persona nos fastidia le manifestamos que **nos tiene hasta la hoyita.** A nuestros pájaros los identificamos con nombres peculiares: **chirito, zancalargo, tintojea, pitirrí, chocorocoy.** Llamamos **arpa** al alfiler de gancho; **lucia** a la moneda desgastada; **mingoña** a una cosa pequeñita y **venada** al vuelto que cogemos al hacer un mandado. En fin, aseguramos con toda convicción que el lenguaje maracaibero tiene ángel, y el que no lo crea es porque nos menosprecia o carece de imaginación...

II

Nuestra manera de expresarnos provoca a menudo la admiración del forastero, por la firmeza que demostramos al conservar a todo trance tradiciones que tienen muchos siglos. Nuestros viejos refranes e incluso los términos originales que hemos creado a fuerza de ingenio y sensibilidad, lejos de olvidarlos o cambiarlos por aquellos que establece la rutina, los seguimos repitiendo porque tienen extraordinaria vigencia gráfica. Cuando decimos "**Si en el cielo pilan**", "**A las dos pasadas**", "**Te queda yeyo**" o '**No hay tutía**", estamos diciendo cosas que no podrían expresarse en otra forma con mayor fuerza descriptiva. Por eso rendimos culto a esos giros idiomáticos ante propios y extraños y sabemos que las raras palabras nos dan un perfil distinto en Venezuela.

La verdad es que, dígase lo que se diga, para nosotros no hay manera de llamar las cosas de otro modo, y por eso decimos **cascarrañoso** en vez de áspero, **brollero** por chismoso, **curtido** por desvergonzado y **bocoy** por hablador de tonterías. El compatriota de otras regiones que nos oye puede aparentemente confundirse, pero a la larga entenderá lo que queremos manifestar con nuestras expresiones, como **a medio freo, como hicieras vos, chan con chan, nó, si así es** o **estar hecho leña.** Incluso mirará con tolerancia al hombre del pueblo que dice **pleitisto** y **sinvergüenzo** y llama **cubierto** al tenedor. Todo en reconocimiento del empeño de defender lo que es nuestro, de conservar lo que nos pertenece y de renovar con la práctica diaria ese hermoso lenguaje que nos llega de un pasado lejano.

III

Cuentan nuestros viejos cronistas que en el transcurso del pasado siglo existían ciertos procedimientos —que por cierto no han sido totalmente erradicados— como el de reclutar cuando llegaba el momento de renovar el material humano de los cuarteles. Lo primero que entonces se hacía en Maracaibo era rodear con fuerza armada el Mercado Público en las horas de mayor concurrencia, para hacer "redadas". La gente comentaba: "**Están cogiendo**", y cuando las detenciones eran masivas, se decía: "**Están arrebatando**". Desde luego, estos términos no se usan sino en el medio zuliano, como tantos otros inventados, adaptados o creados por nosotros.

Muchos forasteros se quedan en la luna cuando los amenazamos con un "**dejáte estar**"; cuando les preguntamos si les gustan las **paledoñas;** o los invitamos a elevar un **volantín** o una **petaca**; o les manifestamos que

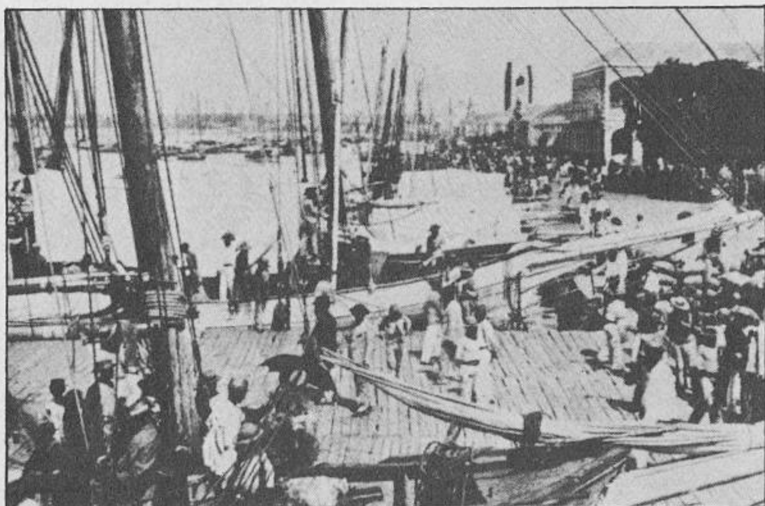


"**fulano está pelando una lata**"; o nos despedimos porque es hora de "**echarnos los cocíos**". Los recién llegados no suelen entender nuestro lenguaje, a pesar de su vigor expresivo y también a veces de su justificación gramatical, pero seguimos diciendo **candelero** por clavícula; **foco** por linterna; **canastilla** por negocio pequeño; **derramar** por sacar sangre; **cabito** por colilla; **enlosado** por acera; **incontrastable** por testarudo; **maluca** por mujer de vida airada; **rebuscos** por plátanos de segunda clase; **rechola** por rochela; **cambullón** por cambalache, y **boliaco** por un golpe certero dado con el trompo.

Esa es nuestra forma original y estupenda de decir las cosas.

IV

A pesar de que la moneda de 5 céntimos ya no vale nada, y ni siquiera sirve para dársela a quien viene a pedirnos "una limosna por amor de Dios", los maracaiberos seguimos proclamando que "fulano tiene muchos **cobres**" cuando queremos expresar que es rico. Y usamos el término sin discriminaciones, en todos los niveles, porque lejos de ser vulgar tiene un tremendo carácter expresivo. Lo mismo podemos decir de la palabra **tarita**: un maracaibero que se estime no la cambia jamás por mariposa, que resulta demasiado académica y propia de poetas cursilones. Se expondría a todo género de burlas el muchacho que dijese a un amigo: "vamos a cazar mariposas", en vez de "vamos a matar **taritas**"... En cambio, aquí usamos más el **cuartillo** que la locha y en esto somos formalistas porque el resto de los venezolanos opinan lo contrario. Antes (y tam-



El malecón con sus piraguas plataneras
y sus gentes que compran a 2 para vender a 4

bién ahora, cuando pueden), las amas de cada compraban ''un **cuartillo** de queso'' o ''un **cuartillo** de panela'', y los maracaiberos recitaban una estrofa muy popular que decía:

Un cuartillo es un cuartillo,
dos cuartillos, medio real,
tres cuartillos, tres cuartillos,
cuatro cuartillos, un real.

También la gente, liberada de complicaciones gramaticales, suele afirmar que alguien pasa **crujías**, por apuros económicos, sin hacer caso a los sabihondos que hablan de **crujidas**, como si esta palabra fuese la correcta... Otra palabra, que hoy no usamos mucho, pero que tiene auténtica extracción maracaibera, es **foche**, por estómago, de la que se deriva **fochera.** En ciertos medios populares tiene tanta vigencia el **foche**, que el escritor Díaz Sánchez lo recoge en su novela ''Mene'':

Este maldito paujil
que nos comimos anoche,
me ha puesto en más fiesta el **foche**
que un 19 de abril.

V

Nuestros modismos y refranes, creados por el ingenio del pueblo en fechas que no podrían precisarse, cada día adquieren más vigor. Podemos crear otros, a tono con los nuevos tiempos, pero los que nos llegan por la vía de la tradición los conservamos con devoción ritual. Por eso no es raro oir a cada rato nuestras viejas alocuciones zulianas tan significativas: **''Estoy más corto que las mangas de un chaleco''**, **''Fulano habla más que un Libro Primario''**, o **''Zutano tiene la cara como palo de chupachupa''**... Cuando queremos señalar que alguien está agobiado por pequeñas deudas, decimos que **''tiene más picos que una arepa de coco''**.

Por lo demás, nadie como el maracaibero puede hacer descripciones con más exactitud, en base a la simple combinación de las palabras. Cuando decimos, por ejemplo, que fulano **''tiene pelo de pan viejo''**; o que **''papá salió a buscar a Dios''**; o **''voy a echarme los troncos''**; o que el vestuario del vecino consiste en **''marta y conga''**, estamos haciendo manifestaciones tan diáfanas que no pueden dar lugar a confusión. Del mismo modo inventamos palabras que en seguida adquieren categoría popular y luego las adoptamos con calor. Por eso llamamos **buchito** al curazoleño negro y **macambo** al curazoleño blanco. Por eso decimos **pocillo** en vez de taza; **cepillar** por adular, y **ñereñere** por menudo. Esa misma pasión por nuestras cosas es lo que nos lleva a preguntar **''¿Cómo es el golpe?''** o **''¿Cómo es el maní?''**, en la confianza de que habremos de obtener una respuesta rápida.

VI

Una de las cosas que más llama la atención de quienes vienen por primera vez a Maracaibo, es la venta pública y a domicilio de café negro. Suponen que mejor negocio sería vender bebidas frías —helados, cepillados o refrescos— dado el intenso calor de la ciudad; pero olvidan sin duda que el maracaibero sabe domar su clima y ha convertido el cafecito callejero en un refrigerio de consumo rutinario. Parecida admiración experimenta también el visitante cuando es llevado a los expendios nocturnos de arepas, mandocas y empanadas, o se le hace probar el majarete, la alfandoca, el batido y el dulce de caujil, y al final se le banquetea con una abundante ración de pescado frito en Cabeza de Toro.

En Venezuela han alcanzado justa fama nuestros platos típicos, como el conejo en coco, los huevos chimbos y los dulces de icaco y limonzón. Pero no son solamente esos detalles singulares los que perfilan a este pueblo, que ejerce la hospitalidad como una de sus virtudes esenciales y abre el horizonte de su confianza a quien se acerca a él, sin indagaciones egoístas ni reservas. El hecho de que hasta los zulianos más cultos sean capaces de relegar sus conocimientos académicos para hablar como el más sencillo de sus conterráneos,tremolando el **vos** y repitiendo las palabras y giros pecualiares, es un signo del arraigo que sentimos por nuestra tradición. Por eso decimos **va pues, qué jaiba, estáis aviáo, dejá la lidia,** o **la matanza,** y al viejo lo llamamos **mayor,** y no encontramos palabras más descriptivas que **guachafa, echar jareta, esfloretar, pajero, galillera** o **cogotazo.** El uso de estos términos y la pizca de pegajosa melodía con que habla el buen maracaibero, es lo que nos hace inconfundibles y lo que, por otra parte, colma nuestro orgullo.

San Benito el Parrandero

Una de las manifestaciones típicas que han conservado su vigencia en el Estado Zulia, a despecho de las innovaciones que han penetrado en el campo de nuestras tradiciones, es la excitante y hermosa devoción por San Benito. Su fiesta se celebra especialmente en los pueblos de la Costa Sur, poblada por gente de color. En Bobures, por ejemplo, se mantienen intactos los ritos pintorescos, constituyendo sus Choclos o Chimbángueles una expresión, entre pagana y religiosa, pero con profundo sabor popular, del sentimiento de la gente humilde.

Existe una leyenda, ingenua y picaresca, sobre el origen de la festividad, que los ''vasallos'' de la Costa condensan en un diálogo entre Jesucristo y San Benito. En efecto, cuando Jesús resolvió asignar un día a cada santo para que celebrasen su fiesta anual, eligió para San Benito el Viernes Santo. Eso no le cayó bien al Santo negro, quien el Sábado de Gloria, muy temprano, se fue donde Jesucristo para manifestarle su disgusto. Entre ellos se entabló el siguiente diálogo:

—Buenos días, Divino Maestro.

—Qué tal, Benito. ¿Cómo te fue en tu día?

—Solamente regular, Maestro, y por eso vengo para que me hagáis el servicio de cambiarme el día porque no me gusta.

—¿Cuál queréis que te de?

—Vos veréis, Maestro. Lo que yo deseo es un día alegre, con muchos perolitos por la calle.

—Bueno, Benito, entonces te daré el día 27 y dejaré para mi el que no queréis vos.

El 27 salió San Benito a la calle seguido por todos sus ''vasallos'' y tres días después se encontró de nuevo con Jesucristo.

—Hola, Benito, ¿cómo te fue en tu nuevo día?

—Me fue bien, Maestro, pero vengo a hacerte otra pequeña exigencia. Yo quiero saber si me podéis dar una semana de fiesta; un día es muy poquito...

Entonces Jesucristo le contestó, con una sonrisa pícara:

—Cónchale, Benito, eso no se puede. Es mucho tiempo. Un día se te van a rascar unos; otro día van a formar peleas; los demás van a cansarse de tanto bochinche y a la larga quedaréis sin ''vasallos''...

San Benito se mostró comprensivo y, bajando la cabeza, se limitó a responder:

—Bueno, Maestro, me resigno. Bendito y alabado sea el nombre de Dios...





“El Cabito” Castro

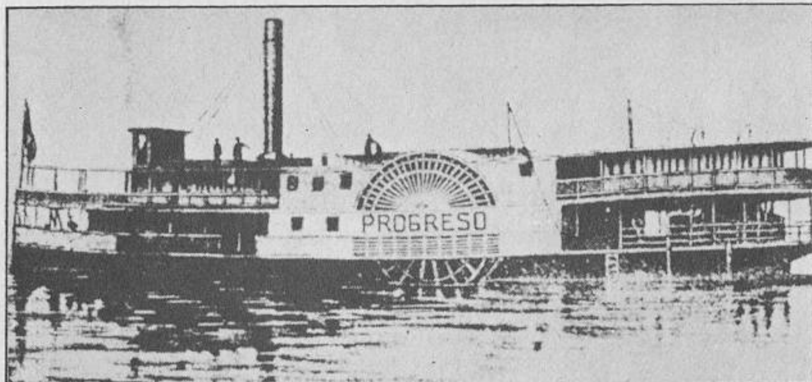
La malquerencia que le tuvo el General Cipriano Castro al Zulia, por haber sido detenido en Maracaibo cuando regresaba de su exilio en Curazao, tras haber hecho las paces con el Presidente Joaquín Crespo, se reflejó en la clausura de nuestra Universidad, en el despojo de la población de Palmarito, en el nombramiento del aventurero Benjamín Ruiz como Presidente del Estado y en la ruina de la próspera industria cigarrillera que existía en Maracaibo y de la cual vivían millares de trabajadores. Se recuerda, en efecto, que en 1906 celebró Castro un contrato exclusivo para la fabricación de cigarrillos, con una empresa integrada por los propietarios de las industrias caraqueñas, que disponían de un capital conjunto de veinte millones de bolívares y se comprometían a pagarle al Gobierno unos 800.000 bolívares anuales. ''El Cabito'', como se comprenderá, era socio principal del monopolio y al firmar el acuerdo decretó automáticamente la desaparición de las fábricas zulianas. En Maracaibo venían funcionando desde hacía más de quince años varias empresas cigarrilleras, como ''La Flor de La Habana'', ''La Sin Marca'', ''El Peral'', ''Mi Cigarro'' y muchas más, a las cuales los compositores populares dedicaban gaitas promocionales, como la siguiente compuesta por Eduardo Perich:

La Flor de La Habana,
marquilla preciosa,
donde quiera goza
por su nombre y fama.

A consecuencia de la actitud antizuliana de ''El Cabito'', que tuvo también origen en el movimiento ''mochista'' encabezado por el Dr. Helímenas Finol en los albores del régimen ''regenerador'', los maracaiberos le cantaron, con fervor desafiante, una gaita que decía en su estribillo:

Virgen de Chiquinquirá,
dále la muerte a Cipriano
que el pobre pueblo zuliano
muere de necesidá...

Las hazañas del vapor "Progreso"



La navegación de vapores en el Zulia comenzó en 1826, cuando Samuel Glóber trajo un buque conocido popularmente como "El Estimbote", y en el cual viajó el Libertador a Maracaibo por el río Escalante cuando vino de Cúcuta. Este barco, que era comandado por el Teniente de Fragata Tomás Vega, se hundió después en el puerto de La Ceiba. Entre los otros que se importaron figuró el primitivo "Progreso", un remolcador que se perdió en El Saco mientras prestaba auxilio en un naufragio. El segundo "Progreso" fue traído por la Casa Boulton y estuvo en servicio durante más de sesenta años.

En torno a este vapor se recuerdan dos interesantes episodios. Una vez en Encontrados fue tomado por revolucionarios, quienes obligaron a su Capitán a que los transportara a La Cañada, de donde siguieron por tierra a Maracaibo, dejando el barco fondeado y aparentemente inutilizado porque le habían quitado una pieza de la máquina. Sin embargo, el "Progreso" pudo levar anclas y llegar a puerto con banderas blancas desplegadas a proa y popa para que no lo tirotearan. En otra oportunidad fue habilitado por el Comandante de Armas de la región para salir en busca del "Mara", otro barco de la misma empresa que había sido capturado por fuerzas revolucionarias. En el "Progreso" embarcaron un cañón, y al divisar la otra nave le ordenaron al Capitán que maniobrara para poderle disparar, cosa que el jefe gobiernista no pudo conseguir, pues el Ingeniero de máquinas se las ingenió para que el buque se mantuviera dando vueltas.

—Si le dan un cañonazo, lo hunden —dijo el Capitán— y no podemos hacer eso con una nave de la misma empresa.

Total, que el "Progreso" tuvo que regresar a Maracaibo sin haber dado caza a su compañero, que logró alejarse ante la furia del jefe militar que deseaba echarlo a pique.



Nuestro primer edificio moderno

Todo se transformó en el Zulia al iniciarse la etapa del petróleo, y entre las innovaciones progresistas derivadas de este hecho hay que mencionar la construcción de edificios modernos en nuestra capital. En este sentido, fue 1924 el año de arranque en el campo de la construcción, pues en esa fecha comenzó a levantarse el primer ''rascacielos'' que tuvo Maracaibo. Se trata de la Botica Nueva de los Hermanos Belloso, situada en la Plaza Baralt. En el mismo sitio había existido la Casa del Registro, de dos pisos y ventanas con romanillas, adjudicada junto con otra al General Rafael Urdaneta, quien debido a aprietos económicos tuvo que venderla. La Casa del Registro, ubicada entre las calles Registro (Bustamante) y Sosiego (Bolívar), fue negociada por 8.000 pesos. Después pasó de mano en mano, figurando entre sus propietarios el Marqués de Perijá. Durante muchos años funcionó allí el Gran Hotel Italia. Los Hermanos Belloso la adquirieron en 1923 y luego la demolieron para construir la sede de la Botica Nueva, que fue terminada en 1925. La construcción, que duró 18 meses, fue de concreto armado sobre estructuras de acero, con 4 pisos y 20 metros de altura. Se utilizaron 140 toneladas de acero y 2.500 barriles de cemento y en el frontis fueron colocados, como un símbolo tal vez de aquel esfuerzo progresista, dos atlantes de mármol de Carrara, con un peso de 2.500 kilos cada uno.



Pbro. José María Angulo, virtuoso sacerdote y hombre de agudo ingenio, a quien se atribuyen pintorescas anécdotas.

El reparto del Padre Angulo

Del Pbro. Dr. José María Angulo se conocen numerosas anécdotas. Por muchos años fue Vicario de la Iglesia Matriz y es fama que se preocupaba por imprimirle brillantez a los actos religiosos, principalmente en la Cuaresma. Una vez extremó en tal forma su entusiasmo, que hizo de todo, tal como recuerdan los cronistas de la época: rezó el Vía Crucis, hizo bautizos, oyó confesiones y atendió devotamente a su feligresía. Otro sacerdote iba a decir el sermón en horas de la noche, pero por alguna circunstancia imprevista no se presentó, por lo cual el Padre Angulo se caló su bonete y se dirigió hacia el púlpito. El ilustre levita, que era bastante tartamudo, habló del paso de Jesús por el mundo: recordó que había curado enfermos, resucitado muertos, levantado paralíticos, dado vista a los ciegos, convertido el agua en vino en las bodas de Caná, apagado la tempestad que azotaba la barca donde navegaba con sus discípulos y, finalmente, multiplicado los panes y los peces. Al llegar a este punto dijo emocionado:

—Con cinco... cinco mil panes y tres... tres mil peces, dio de comer a cinco... cinco mil personas.

Un oyente que estaba cerca del púlpito, tuerto del ojo derecho y que trataba de disimular una tremenda borrachera, le interrumpió el sermón:

—Eso lo hago yo también...

El sacerdote se dio cuenta de su error y entonces dijo:

—Hermanos, perdonadme la equivocación. Jesús, con cinco... cinco panes y cinco... cinco peces, dio de comer a cinco mil personas.

Y dirigiéndose al que lo había interrumpido, lo retó:

—Vay, hacélo vos ahora, tuerto 'el diablo.

Y el tipo aún tuvo ánimo para responderle:

—Sí lo hago, padre, con lo que le sobró del primer reparto de la equivocación...

Estampa Maracaibera

Desde la madrugada comenzaba el bullicio. Los muelles aparecían rebosantes de piraguas, canoas y cayucos. Se vendía todo al por mayor y al detal: plátanos traídos de las haciendas del Distrito Colón, panelas de La Costa, esteras de Lagunillas, bojotes de enea de Sinamaica, cochinos, chivos, gallinas, hortalizas de todos los puntos del litoral lacustre. Los cayuqueros se disputaban la clientela a base de una competencia que llegaba a increíbles extremos: plátanos a 20 por medio, naranjas a tres reales el ciento, mangos a cuatro por un cobre... Los dueños de pulperías llegaban en sus burros para surtirse de productos, otros lo hacían con carretillas y carros de mulas, mientras por su lado los campesinos procedentes de los hatos cercanos de Jagüey Sabana, Ancón Alto, El Jabillar y El Aceituno, voceaban sus apetitosas variedades para permutarlas o venderlas a precios irrisorios.

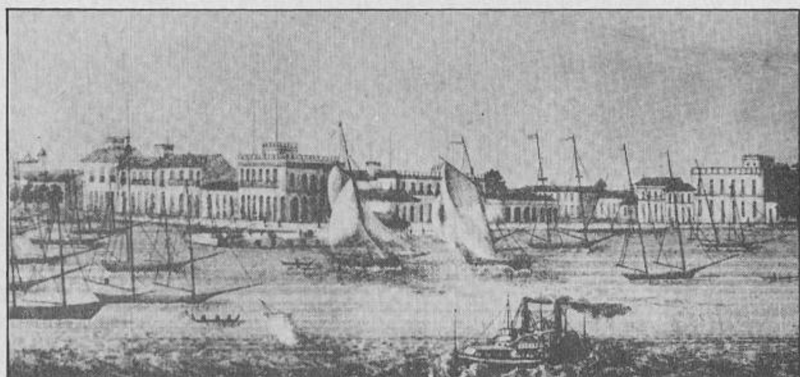
En tanto, por las calles céntricas de la ciudad se escenificaba también el pintoresco desfile del panadero a lomo de burro que en las árganas llevaba deliciosos bizcochos y bollos de pan a cobre; el vendedor de escobas a bolívar, el lechero con sus grandes envases metálicos, el pescadero con su miscelánea de jureles, palometas, pámpanos, manamanas y curvinas, y el alegre montuno con su carga de palomitas y conejos cazados en los peladeros de La Cañada o de Los Puertos.

Por su lado, en los alrededores de la Plaza Baralt, aún de madrugada, se gritaban los periódicos, a tiempo que los cafeceros colmaban la ansiedad de los transeúntes que se dirigían a los muelles o a sus sitios de trabajo. En medio del bullicio, como la más alta nota cómica, se oía la voz disonante y persistente de un conocido vendedor de lotería, tremendamente feo, que gritaba:

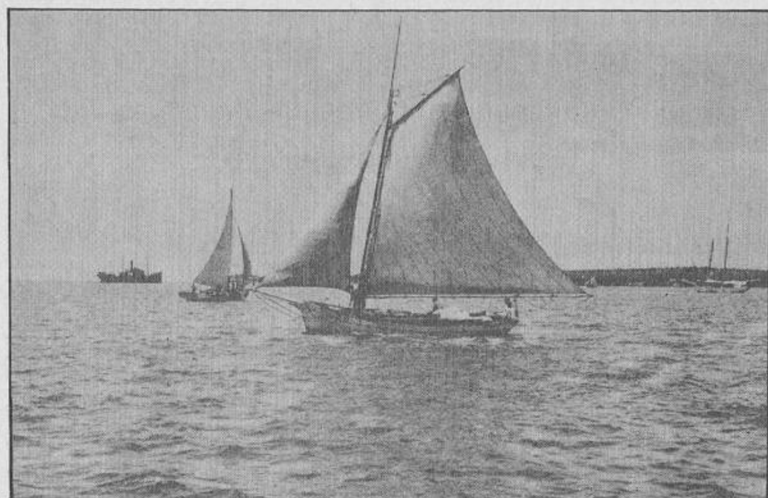
Al que me compre un billete
le regalo mi retrato...

Y la gente, con humor muy maracaibero, le completaba así la estrofa:

Tendrá que ser bien zoquete
el que te acepte ese trato...



El puerto, a comienzos del presente siglo.



Una lancha de vela sale de la bahía.

El Cristo Aparecido

Por allá en 1938, una modesta y católica familia maracaibera vivía en una casita de la calle Pacheco. Un día la señora le rogó a su amigo el albañil Guillermo García que le consiguiera un pedazo de cartón para tapar el sol que penetraba por la ventana de la calle. García, que tenía en su casa muchos pedazos de cartones viejos, complació a la dama amiga y esta en el acto colocó el que le trajo después de cortarlo adecuadamente con unas tijeras.

Pocos días más tarde pasó frente a la humilde residencia de la calle Pacheco el conocido sacerdote Carlos J. Fonseca y con gran curiosidad vio que en el cartón de la ventana se esbozaba algo así como una cabeza de Cristo. Tocó la puerta, verificó su primera impresión, lleno de asombro y sugirió a la dueña de la casa que quitara el cartón de allí para evitar que se originaran conjeturas y especulaciones. Efectivamente, el cartón fue mudado de su sitio, pero los sencillos moradores de la casa pudieron comprobar que día a día se iba aclarando más y más el Cristo con la cruz a cuestas y entonces decidieron ponerse de nuevo en contacto con el sacerdote.

Mientras tanto, la noticia del milagro se extendió por todo el sector y los curiosos comenzaron a invadir la casita de la calle Pacheco. El Cristo fue finalmente colocado en un sencillo altar, y desde entonces los católicos de Maracaibo lo conocieron con el nombre de Cristo Aparecido.



Una calle céntrica, hoy prácticamente desaparecida.

Un pintoresco Jefe Civil

En la época en que la parroquia Santa Lucía estaba dominada por los guapetones, fue designado como Jefe Civil un ciudadano llamado José de Jesús Paz, a quien todo el mundo conocía por el apodo de ''El Judío de la Maceta''. Era un tipo corpulento, de color moreno quemado y fisonomía impresionante, que puso fin al bandolerismo en el sector de El Empedrado. Un poeta popular lo describía así:

''El Judío de la Maceta''
sentado en la Jefatura,
hace tan fea figura
que hasta el diablo lo respeta.

Calzaba brodequines de orejita, llevaba pantalón de dril, chamarra de ''pan del pobre'' y sombrero de anchas alas. Su imagen de montuno analfabeto ha quedado reflejada en muchas anécdotas, como la siguiente: un día lo llamaron por teléfono.

—¿Quién es? —preguntó con voz severa.

—El General Tinedo Velasco —le respondieron.

—Un momentico, mi General —dijo el ''Judío'', nervioso— déjeme poner primero el saco porque estoy en cuerpo de franela...

Los vecinos solían burlarse de él, pese al respeto que le tenían, y llegaron a ligarlo con una pobre mujer extravagante llamada Conchita, que era coja de un pie y andaba por las calles pintarrajeada y con la cabeza cubierta de colores y flores de berbería. Un vecino echador de bromas le escribió unos versos que decían:

Conchita la patuleta
ya se quiere enderezar,
para invitar a bailar
al ''Judío de la Maceta''

En una oportunidad salió de ronda con un grupo de serenos y se dirigió a Las Cuatro Esquinas, donde se reunían tipos peligrosos. Al pasar por allí le salió al frente el conocido improvisador Pablo Rondón, quien dirigiéndose a uno de sus amigotes expresó:

Decíle al Padre Zuleta
que si se va pa Trujillo
se lleve de monaguillo
al ''Judío de la Maceta''...

Al oirlo el funcionario, le gritó con energía:

—Dese preso por falta de respeto a la autoridad.

En seguida se lo llevó con él hasta el final de Bella Vista. Allí, ''El Judío'' tomó un coche y regresó a su Jefatura, pero Rondón, como castigo, tuvo que devolverse a pie, custodiado por un par de agentes. Después de semejante caminata a medianoche no le quedaron ganas de seguir mofándose del Jefe Civil...



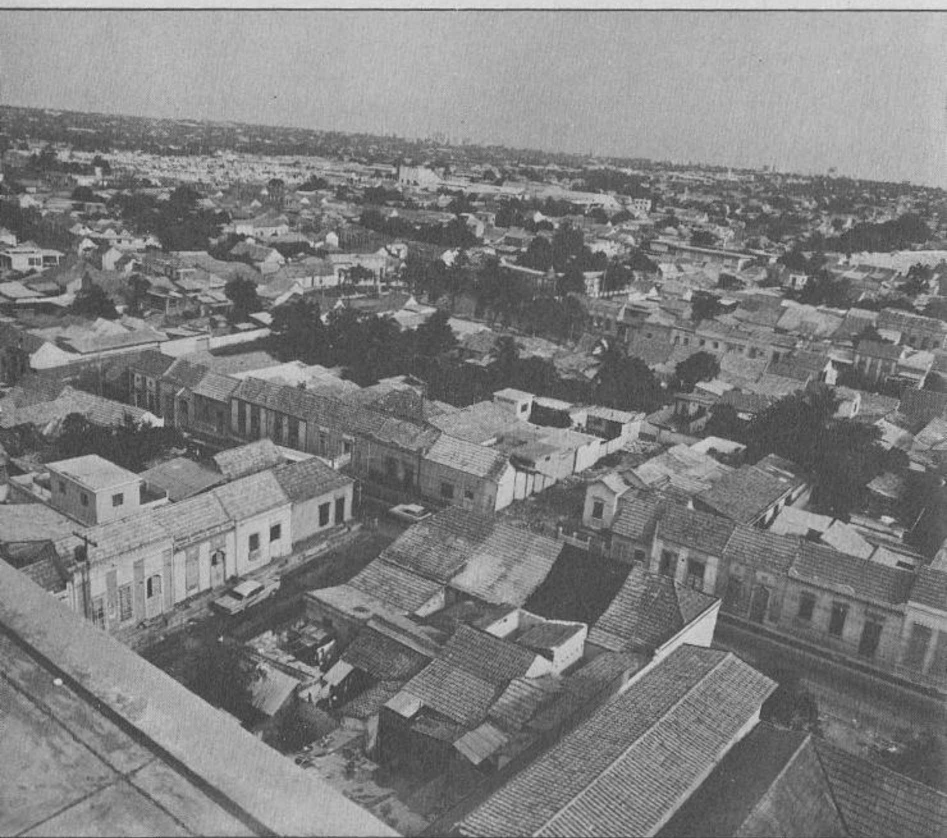
La hazaña de "El Judío"

En 1911 aterrizó el primer avión en Maracaibo. Era un biplano ''Junker'', con alas de madera, piloteado por un aviador norteamericano de apellido Boland, que procedía de Puerto España (Trinidad). Aunque se trataba de un aparato pequeño, todavía hoy puede considerarse como una gran hazaña que hubiese podido aterrizar sin novedad alguna en un terreno situado cerca del Lago, entre las calles Comercio y La Marina.

Transcurrieron varios años antes de que nos visitaran otros aparatos, y sólo fue al término de la Primera Guerra Mundial, en 1919, cuando llegó un avión perteneciente a la Compañía Skadta, que realizó vuelos regulares entre Maracaibo y Miami y se ocupaba al mismo tiempo de hacer viajes turísticos de media hora sobre el Lago, por la módica suma de 60 bolívares por cada pasajero. Fue este el famoso hidroavión cantado por los gaiteros de la época, cuando el pueblo maracaibero era víctima de la ''gripe española'' que produjo millares de víctimas:

Allá viene el hidroavión
que es el que nos va a llevar
la gripe que va a acabar
con toda la población...

En relación con los vuelos que realizaba el aparato de la Skadta se recuerda la temeraria hazaña acometida por el mecánico maracaibero Hermágoras Marthein, popularmente conocido por el apodo de ''El Judío'', quien había estudiado en la Escuela de Aviación de Maracay y aunque no llegó a obtener título de piloto, poseía conocimientos sobre la materia y, desde luego, una audacia incomparable. ''El Judío'' se metió una tarde, clandestinamente, en el fuselaje del hidroavión momentos antes de que despegara de su terminal de Bella Vista, en las cercanías de la Plaza del Buen Maestro. Durante 30 minutos se mantuvo agarrado de la armadura férrea y cuando el piloto de la frágil nave decidió acuatizar porque sentía que se le iba de un lado, Hermágoras, jugándose el todo por el todo, se lanzó al Lago antes de que los ''cayuquitos'' del avión se deslizaran sobre el agua. ''El Judío'' se dio un tremendo chapuzón, pero resultó sin un rasguño. Cuando las autoridades descubrieron lo que había hecho, ordenaron arrestarlo, pero el propio piloto intervino en su favor y logró que pocos días después quedara en libertad.



Los anuncios de la "época del chorro"

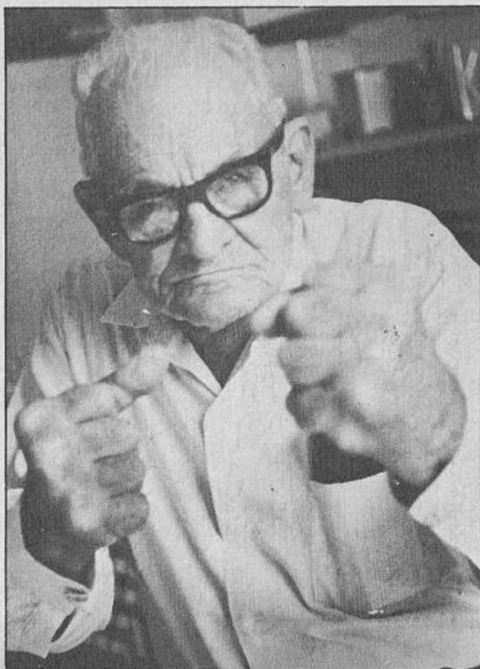
¿Cómo era Maracaibo en 1923? ¿Cómo funcionaba su comercio en el comienzo de la llamada ''época del chorro'', originada por el reventón del Barroso que aventó a todas las latitudes el nombre de Venezuela y convirtió la región zuliana en paraíso de forasteros, que llegaban en busca de las ''aguilitas''' y las ''morocotas'' con que las compañías petroleras pagaban a sus trabajadores?

La imagen más aproximada de aquella situación podemos descubrirla a través de los anuncios publicados por la prensa, porque entonces los comerciantes de Maracaibo se entregaron a una competencia frenética y el índice de la importación de mercancías subió de manera escandalosa. En una edición especial de ''Panorama'' correspondiente a 1923 se recogen, al lado de sonetos de Udón Pérez e Ildefonso Vásquez y artículos de Marcial Hernández y Víctor Raúl Sandoval, entre otros, avisos comerciales de los negocios más importantes de la época. Veamos algunos: la Botica Nueva anuncia el Moscatel Villarán como el vino más puro y más sabroso; Numa P. León, sus novedades: coronas, azahares y velos para novias; sombrillas y paraguas, cintas anchas, bolsas de mostacillas, cortes para chalecos, pajillas y pumpás; Julián Ferris y Compañía, juegos de loza para aguamaniles, algodón absorbente y loneta de 72 pulgadas; J. Boccardo & Co., sombreros Borsalino; la Sastrería de Joaquín Acosta, un novedoso club de vestidos a 3 y 5 bolívares semanales; la Farmacia Central de Francisco Ochoa Castillo, el Cholagogue Universal y la poción antiasmática del Dr. Oka; la Femme Chic y la Derniere Mode de Guillermina de Flores, los últimos modelos de París; Firnhaber & Co., mercancías finas y ordinarias en su Mayor de la calle Industria y su Detal de la avenida Gómez. Al mismo tiempo, Francisco A. Galué participa que ha recibido del Táchira, por el último vapor llegado de Encontrados, 600.000 tabacos de distintas vitolas, ofrece cigarrillos ''Mara'', ''La India'' y ''Occidente'' producidos en el Zulia y avisa que las cajas de cigarrillos vacías se cambian por billetes de lotería. Por último, el Almacén Americano informa al público que tiene en venta pianolas pagaderas por cuotas y el nuevo Ford de moderno capacete y elegante parabrisas, para cinco pasajeros, con arranque eléctrico y ruedas desmontables, por el precio de ganga de 3.690 bolívares, ''al brinco rabioso''.

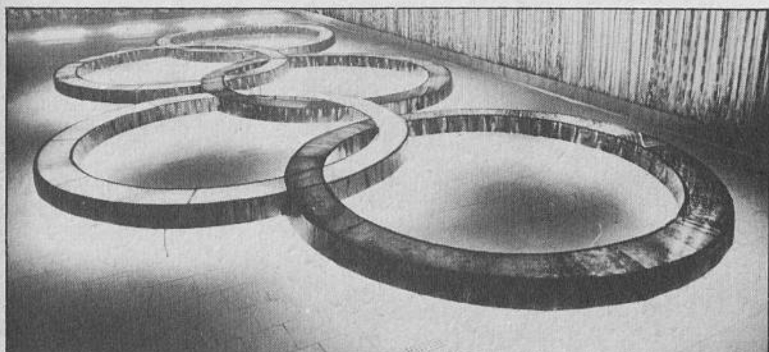
Daniel Alvarado

A fines de 1921 se iniciaron formalmente las actividades pugilísticas en Maracaibo. Una empresa local contrató a un boxeador de origen norteamericano (o alemán) de apellido Swanberg y a otro de nacionalidad argentina conocido por Passeiro. Los presentaron en el Circo Variedades con gran éxito, junto con otros peleadores de menor cartel.

En nuestro medio había cobrado entonces extraordinaria fama por su fuerza hercúlea un trabajador portuario que se echaba encima varios sacos de café sin doblar las rodillas y destrozaba un coco de un solo puñetazo. Se llamaba Daniel Alvarado y le decían ''El Caballo''. Desde luego, no tenía nociones de boxeo, pero sus amigos pensaron que podía derrotar a Swanberg y no vacilaron en solicitar ante la empresa la celebración de un combate entre ellos. Alvarado fue entrenado por Aniceto López, un célebre jugador de palos, a fin de adiestrarlo en los trucos de la defensa y el ataque, y la pelea se montó el 24 de enero de 1922, actuando como jueces el Dr. Héctor Quintero y el señor Esteban Ramón París. Al encuentro asistieron millares de fanáticos y prácticamente todos quedaron defraudados porque terminó en el primer round, con ''El Caballo'' tendido sobre la tarima con los brazos abiertos. Hubo sólo dos golpes: uno que descargó el extranjero sobre la barbilla del criollo y otro, brutal, que soltó éste contra la línea media de su contrincante. Las crónicas registraron una escena singular: Alvarado inconsciente sobre la lona y Swanberg camino del hospital. Cuando el musiú se sintió recuperado viajó hasta Curazao, donde falleció a consecuencia del terrible impacto. Daniel Alvarado, bautizado luego como ''El Relámpago del Catatumbo'', le había destrozado el hígado.



Daniel Alvarado,
el "Relámpago del Catatumbo".



Olimpíadas en 1921

El interés de los zulianos por las actividades deportivas arranca en la primera década del siglo, cuando es introducido el beisbol en nuestro medio. Pero esta condición de pioneros culmina maravillosamente en 1921, cuando un grupo de deportistas maracaiberos, con el asesoramiento de activistas foráneos, organizan lo que entonces se llamó Primeros Juegos Olímpicos de Venezuela. No hay duda que el nombre era pomposo, pero la competencia representó un esfuerzo extraordinario dentro del programa elaborado para conmemorar el centenario de la Batalla de Ayacucho.

En aquel sencillo torneo con etiqueta de Olimpíada, hubo carreras de 100, 200, 400, 500, 2.500 y 6.000 metros planos; Salto Largo, con vuelo y sin vuelo; Lanzamiento de Peso, de Martillo, Disco y Jabalina; Salto de Garrocha; carreras de 100 metros con vallas; competencias de natación, ciclismo, fútbol y beisbol. Entre los atletas más destacados se recuerda a Ely Saúl Montiel, Roque Medina, Enrique Bello hijo, Vidal Rubio, Rafael París (uno de los más dinámicos organizadores de los Juegos Olímpicos), y los extranjeros McLeed, Robert Gill, J. J. Learmont y Van Hayk. Por cierto, en la misma oportunidad, el equipo ''Santa Marta'', de La Guaira, resultó triunfador en el torneo de pelota.

“Pachencho” Romero

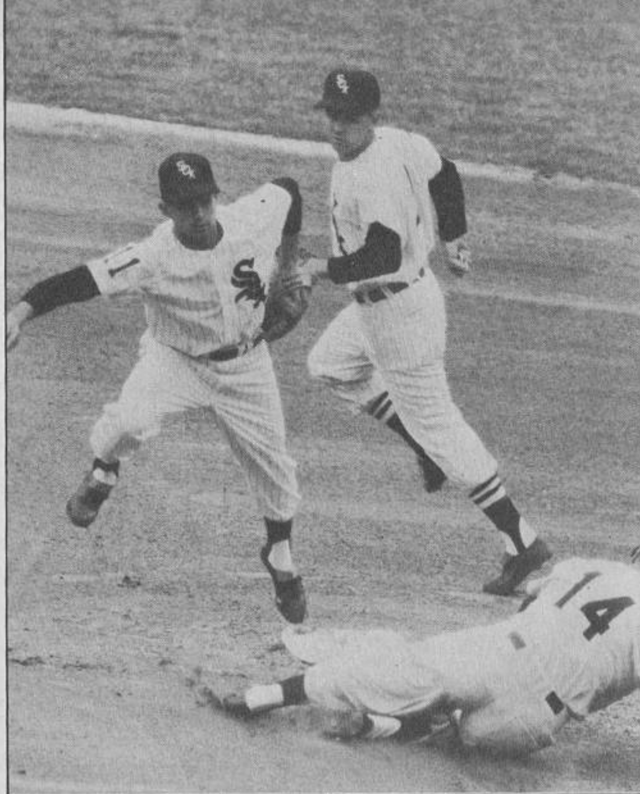
Las prácticas atléticas comenzaron en Maracaibo en la década del 20, pero fue en 1930 cuando surgió entre nosotros el primer atleta de categoría, que no fue otro que José Encarnación Romero, mejor conocido por ''Pachencho'', pariente de los Aparicio y fundador con ellos del equipo ''Gavilanes''. ''Pachencho'' fue estimulado en sus aspiraciones atléticas por dos deportistas extranjeros: Narciso Villanova, puertorriqueño, y ''Tingo'' Daviú, norteamericano, ambos importados como refuerzos del club ''Panamerican'' que intervino en el campeonato regional de beisbol. Sus prácticas las efectuaba en el Estadio del Lago, sobre pista de arena, y llegó a adquirir tal dominio como jabalinista, que en los Primeros Juegos Deportivos Nacionales celebrados en Caracas en 1934, ''Pachencho'' fue el mejor lanzador con marca sobre los 46 metros. Cuatro años después fue seleccionado para participar en los IV Juegos Centroamericanos y del Caribe, en Panamá, donde obtuvo el 6° lugar, ganando luego una Medalla de Oro para Venezuela en los II Juegos Bolivarianos celebrados en Lima.

Tras conservarse durante veinte años como un atleta excepcional, ''Pachencho'' se dedicó a entrenar y preparar jóvenes prospectos que con el tiempo fueron grandes figuras del atletismo nacional, como Asnoldo Devonish, Evaristo Eddie, Jimmy Maldonado, Clide Bonas y su propio hijo Rafael Romero, durante años recordman nacional de los 200 metros.

El viejo “Pachencho” enciende el fuego olímpico, 50 años después de haberse iniciado como atleta en los peladeros del estadio del Lago.







Luis Aparicio,
gran figura
de los Medias Blancas.

Beisbol en Maracaibo

Hacia 1897 comenzaron a practicarse los deportes modernos en Maracaibo, gracias a la preocupación de algunos jóvenes que estudiaban en universidades de Estados Unidos y traían implementos deportivos en sus vacaciones. Por esa fecha se fundaron dos equipos de beisbol, el ''Maracaibo'' y el ''Unión'', que efectuaban sus prácticas en terrenos pelados cerca del Cementerio o por los lados de Cotorrera.

La pelota, sin embargo, no se constituyó en un deporte popular sino al finalizar la primera década del presente siglo, cuando llegó de Caracas, cargado de bates y pelotas, un musiú de extraordinarias iniciativas llamado William H. Phelps, quien trajo también al país los primeros automóviles y con el tiempo instaló la primera estación de radio en la capital de la República.

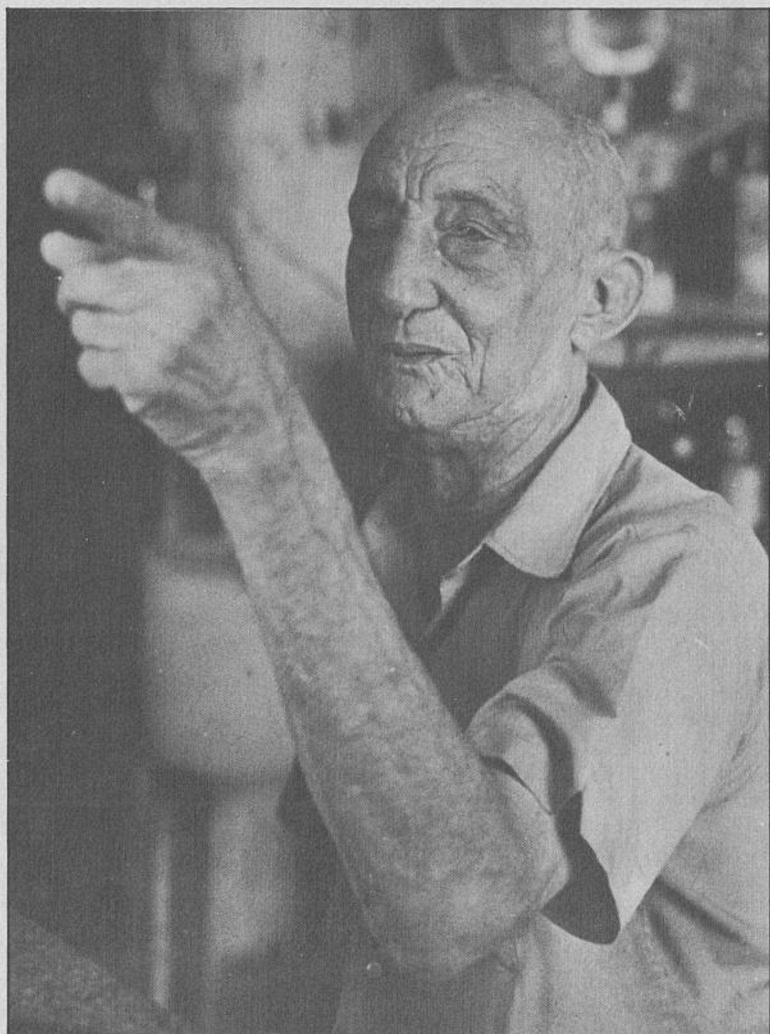
Con el fin de buscarle mercado a los artículos que vendía, Mr. Phelps no vaciló en promover la creación de equipos de beisbol en Maracaibo, y de organizar incluso el Primer Campeonato de ese deporte con participación de las ''novenas'', como entonces se llamaban, ''Negra'', ''Recreativa'', ''Vuelvan Caras'' y ''Trébol'', correspondiendo el triunfo a la primera, capitaneada por el pichón de pelotero Jaime Manzaneda. Para vencer a ''La Negra'', miembros de la Compañía de Comedias de Evangelina Adams, cubanos en su mayoría, de paso en Maracaibo, organizaron un equipo que arrasó con todos los del patio, y sólo pudo a su vez ser derrotado por una selección cuyo piloto era precisamente Mr. Phelps.

Tipos Populares

Personajes pintorescos, de la más diversa índole, tuvo el viejo Maracaibo. Inofensivos y simpáticos como **Simoncito,** quien se decía sastre pero no sabía pegar un botón: era de estatura pequeñísima, le gustaba hacer favores y andaba siempre bien vestido, de ronda por las calles céntricas. **Patica de Piano,** el jardinero cojo de la Plaza Urdaneta, bautizado así porque usaba un zapato con punta de hierro, que sonaba al tropezar con los mosaicos flojos. **Carica,** que dio su nombre a un callejón ubicado en las cercanías del Mercado del Lago, donde tenía una choza de madera en la que vendía tragos de caña a locha. **Tintojea,** el de la voz atiplada semejante a la del pájaro del mismo nombre, quien perseguía armado de palos y piedras a los muchachos que se mofaban de él. **El Plomo,** corpulento matarife de Bella Vista, de quien se dice que ha sido el único ''torero'' que ha tenido Maracaibo y cuya fuerza hercúlea le permitía tumbar a un novillo por los cachos. **El Papa,** eterno aprendiz de tipógrafo, que merodeaba por los viejos talleres del Catire Criollo y de Ramiro Montiel y se ganaba la vida encuadernando libros a los más distinguidos escritores y profesionales. **Carlos Luis Medina,** un cochero de la Plaza Baralt, ingenioso y audaz, quien construyó un globo aerostático de cartón y lona, en el que volaba utilizando aire caliente y humo como combustible. Rodeado de una espectante multitud realizaba sus proezas en pleno Boulevard, frente a La Gran Bodega: dos veces descendió en el Lago y fue rescatado por cayuqueros, y en otra oportunidad fue a parar a las afueras de la urbe, resultando completamente ileso...

Muchos otros tipos populares hubo en el Maracaibo del pasado, no tan remoto como para que no lo recuerden nuestros padres, y tal vez muchos de nosotros mismos. Entre otros, un popular barbero conocido por el sobrenombre de **El Pámpano,** que cortaba el pelo y afeitaba por un real. Pero lo curioso no era el precio del servicio, sino la forma en que lo hacía: junto con sus chécheres de trabajo andaba siempre por las calles con un taburete bajo el brazo, y cualquier sitio era bueno para atender a un cliente. Tenía una forma peculiar de entenderse con la persona que ''pelaba'', pues usaba un vocabulario exclusivo: cuando quería, por ejemplo, pasar la navaja por la cara decía: **''embuche'',** y **''gargantée''** al afeitarle la manzana de Adán... Otro personaje conocido fue **Cañañí-Cañañá,** de quien se burlaban cruelmente los muchachos. Era un pobre

Tipos Populares



El popular "Cambuleto", personaje de El Saladillo.

hombre totalmente idiota, y su triste fama le venía de haberle preguntado una vez a su progenitora: "**Mamá, ¿es verdad que los gallos ponen?**"... Otros tipos igualmente célebres fueron: **Tortuga**, un sujeto cojo de una pierna a quien los muchachos le gritaban: "**Una, dos y tres: tortuga es**"; **El Negro Basabe, El Buey, El General** —que se colocaba sobre el pecho multitud de medallas de latón y latas de botellas—; el **Cabo Andrés**, un tipo servicial que le hacía un mandado a quien se lo pidiera... y tantos otros que enriquecen nuestro anecdotario popular.

Entre los personajes que gozaron de popularidad hubo también mujeres. Citemos, entre las más recordadas a **La Negra Telésfora**, una demente que andaba por las calles con un hachón encendido en una mano, dispuesta a quemar al primer muchacho que se atreviera a llamarla **Telésfora. La Rolísima**, también conocida por otro sobrenombre obsceno. Era una mujer de servicio, mayor de 60 años, que se paseaba por la noche ataviada estrafalariamente, con el rostro arrugado lleno de "cascarilla" y colorete, y que apestaba con su perfume barato a los '"cucarachones" que merodeaban por la Plaza Bolívar, quienes la chuleaban al observarle los vistosos sostenes de latón que usaba para simular prestancia juvenil. **La Negra Cochocha** era una señora propietaria de una fonda por los lados de Guaitó y quien en las noches de diciembre organizaba unas tremendas parrandas con los mejores gaiteros de la época. **Rosaura Guerra,** la prestigiada hallaquera de la esquina de Padilla y Colón. **Rosa,** la conocida vendedora de cacharros en el Puerto del Piojo —chiriguas, jarros, tinajeros y hasta furros y taburetes— y quien solía acudir ante el Juez de Abasto cada vez que un burro travieso le destrozaba las cosas que exponía en plena calle. Otra que disfrutó de justa fama fue la arepera **Sara Rojas,** a quien le sacaron una gaita y en una estrofa le decían:

Hay veces que se me antoja
decirle al pueblo que sepa
que las mejores arepas
son las de que Sara Rojas...

Lo contrario ocurría con la célebre **Fraílda,** quien "se durmió en sus laureles', como decía la gente, ya que después de elaborar las mejores empanadas de todo Maracaibo, las hizo decaer en calidad, tal como se reconocía en los versos de otra conocida gaita:

Frailda a sus empanadas
les echa el lomo a gucear.
Ya nomás les quiere echar
papa, cebolla y más nada.

Tipos Populares

Posiblemente ningún maracaibero que haya cumplido los 50 años ha olvidado a los pintorescos y autoritarios agentes policiales que llegaron a convertirse en pesadilla de grandes y pequeños, o en objeto de escarnio por sus métodos de persecución. Algunos hubo, sin embargo, que jamás pudieron contrarrestar la acción de los muchachos y que en realidad fueron sus víctimas, como el inolvidable **Mascapaila**, alto y enteco, que fue bautizado así porque le faltaban los dientes y hacía unas horribles morisquetas al mover la boca. **Mascapaila** se la pasaba por los lados de la Plaza Bolívar y se dedicaba casi por completo a acosar a los jóvencitos que lo llamaban por su apodo. Otro recordado policía fue **Orocia** (se llamaba Víctor), quien estaba al servicio de la Jefatura de Santa Lucía y atrapaba a quien le gritara el sobrenombre. Una vez llevó a un muchacho preso, y cuando el agente de guardia le preguntó: "¿Por qué te traen?", **Orocia** le advirtió al chiquillo: "Si lo decís, te pego con el rolo"...En otra oportunidad se disgustó con el funcionario que llevaba el "libro de novedades" de la policía porque deseaba apuntar a todo trance la causa de la detención del tipo que **Orocia** había arrestado. "¿Vos como que venís con el mismo jueguito del muchacho?", le preguntó **Orocia** furibundo, a tiempo que abandonaba la oficina... Por último recordaremos a **El Cochino,** azote de los choferes de tráfico de Bella Vista y quien se dedicaba a tomar los números de los carros que corrían a más de 50 kilómetros por hora, para detenerlos o ponerles multas. Su odio a los choferes era tanto, que se escondía en las esquinas y hasta se encaramaba en los árboles para cazarlos. Una vez se metió dentro de un barril vacío y varios choferes que lo descubrieron le armaron una treta: uno volteó el barril, otro lo empujó con el carro, y tantas vueltas dio **El Cochino** que tuvo que ser hospitalizado a causa de los aporreos. Después se hizo inofensivo con los conductores...



Francisco Cano

Francisco Cano fue posiblemente el más prestigioso de nuestros poetas populares. Ninguno tenía su frescura para improvisar, ni su agudeza, ni el aliento poético para construir las estrofas más perfectas. Se hizo célebre por sus contrapunteos con Antonio Bríñez, otro poeta de brillante inspiración, con quien solía medirse en las parrandas que sus admiradores preparaban en El Saladillo por el sólo placer de escucharlos.

De Cano se han conservado muchas anécdotas, entre las cuales se recuerda la siguiente: en una ocasión fue invitado por Don Federico Schmilinski, hombre de holgada posición económica, para que lo acompañara a tomarse un trago de brandy. Cano, al alzar la copa, dijo:

¿Drinky? Yes, dice el inglés,
y yo digo: Yes y drinky,
por ser la primera vez
que bebo con Schmilinski.

Un día 1° de enero se apareció Cano por la Botica Occidental de Olimpíades Galué, donde se encontraba presente el Dr. Rodolfo León Pérez, ilustre médico de El Saladillo.

—¿De dónde venís, Cano? —le preguntó el Dr. Pérez.

Y Cano le respondió:

De ver la Legislatura
con nueve legisladores:
cinco jefes, tres doctores
y de Presidente un cura.

—No es la Legislatura sino la Constituyente —le corrigió el médico saladillero.

Entonces Cano rectificó al instante:

De ver la Constituyente
con nueve legisladores:
cinco jefes, tres doctores
y un cura de Presidente.

El príncipe de nuestros poetas ''cachimberos'' era burlón y cáustico con sus adversarios. A su velocidad de repentista unía el mayor vuelo, por lo cual apabullaba a quien tratara de medirse con él, terminando por confundirlo con sus salidas mordaces y satíricas. Sin embargo, sus contrarios a veces se defendían con agilidad, como en el caso de un poeta de La Costa, de apellido Valdés, quien le devolvió una agresión verbal con una alusión a la enfermedad de carare que Cano había contraído en una aldea miserable conocida por San Buena:

Te fuiste para San Buena
a buscar de qué vivir,
y pudiste conseguir
más pintas que un doblecena.

En una de las tantas veladas familiares que se realizaban en Maracaibo, alguien le pidió a Cano que piropeara a una muchacha muy linda llamada María Nazariego, y el vate popular improvisó:

Ya de un ojo yo estoy ciego,
del otro voy a cegar,
pero es de tanto mirar
a María Nazariego.

Al mismo Cano se le han atribuido también estos versos dedicados a una hermosa mujer del pueblo:

Ese lunar, bella Elisa,
vale un mundo, vale dos.
Y si añades tu sonrisa,
vale cuanto se divisa
entre los hombres y Dios.

Antonio Bríñez

Sólo concurrió a las escuelitas de su barrio y no sabía escribir y leer correctamente, pero en cambio poseía un aliento lírico asombroso y, sobre todo, una capacidad extraordinaria para improvisar. Bríñez sobresalía por el contenido emocional de sus versos. Uno de sus hijos, Jesús Bríñez Rodríguez, zapatero de profesión, fue un fino poeta que ganó certámenes y formó parte de los cenáculos literarios de su tiempo. Cierta vez en que el viejo Bríñez se enfrentaba con Cano, éste trató de aplacar el torrente de su inspiración, y le dijo:

Antonio, cantá con calma,
no me cantéis tan veloz,
para disputar la palma
del talento entre los dos.

Ante lo cual Bríñez, haciendo alarde de una inspiración inigualable, le respondió con esta retahíla:

Muera la que a luz me dio,
que salga el Diablo y me asombre,
si en el mundo existe un hombre
que haga más versos que yo.
Francisco, estoy en la edad
de galana primavera
y hago el verso de carrera
como la electricidad.
Porque yo me estoy creyendo
que si salgo caminando
el paso que vaya dando
son versos que voy haciendo.

Hablando sobre temas divinos, Cano afirmó un día, con clara visión materialista, lo siguiente:

Dios es el hombre más loco,
siendo el mayor, el más santo,
cuando a unos les da tanto
y a otros les da tan poco.

La respuesta espiritual de Bríñez no se hizo esperar:

Todo en el mundo declina,
todo su término tiene.
Dios le da a quien le conviene
la protección o la ruina.

Pero el discurrir de los cantores populares iba todavía más allá. No se limitaban a expresar lo que pensaban acerca de las desigualdades humanas, sino que exponían cuestiones de más fondo. El mismo Cano, que era el que planteaba en los contrapunteos las preguntas más difíciles, le hizo la siguiente a Bríñez:

Antonio, quisiera verte
discernir en este instante:
¿qué misterio hay importante
entre la vida y la muerte?

Y Bríñez, con su vibrante velocidad, le respondió:

Entre la muerte y la vida
hay un asunto tan serio,
que no me alcanza el criterio
para calcular medida...

Otro de sus adversarios intentó una vez burlarse de él porque vivía encerrado en su casa y, al contrario de sus amigos, había abandonado la parranda y los tragos:

Sólo quisiera saber
si sois monje o capuchino,
para seguir tu camino
y poderme convencer.

Bríñez, con visible disgusto, le contestó sobre la marcha:

El salir no es necesario,
ni yo expongo las razones,
ni esas son atribuciones,
ni cuentas de su rosario.
Viva usté en su vecindario,
bien o mal, sufra su pena,
pero de la vida ajena
no haga extracto, ni se ocupe,
para que después no chupe
caña de salada arena...

El Palacio de las Aguilas y la Catedral.

La Plaza Baralt y su tranvía eléctrico.

A UDON PEREZ

Hoy todo es diverso: nuestro mismo lago
ya no es la guitarra de nuestra canción:
cruzan por sus aguas con ruidoso estrago
cien hélices raudas, en trepidación.

Nuestro antiguo cielo, de un azul tan vago
está envuelto en hoscos vahos de carbón
y hay en nuestras grúas un rumor aciago
de tropel, y voces de extranjero son.

Nadie nos conoce. Ya aquí nada es nuestro.
Todo nos empuja sin piedad, maestro...
Ya no hay sitio, hermano, para nuestro pie.

Suena, pues, la hora de la despedida.
Está pronto el barco para la partida...
¡Y en nosotros parte todo lo que fue!

Elías Sánchez Rubio



"Titán"

Rafael Avila,mejor conocido por ''Titán, fue uno de nuestros más insignes cantores populares. Emulo de Cano y Bríñez, los compiladores de la obra de ''Titán'' aseguran que llegó a producir medio millón de versos (?), muchos de los cuales se recuerdan con admiración. Nativo de Los Puertos de Altagracia, era casi analfabeto y para vivir tuvo que realizar los más extraños trabajos, desde cazador de conejos hasta sepulturero. Udón Pérez lo conoció en Los Puertos y, para someter a prueba su capacidad de improvisador, le preguntó:

¿Qué bicho puede arrastrar
más uñas que una langosta?

A lo cual le respondió ''Titán'':

Una negra de la Costa
que la autoricen a fiar.

Para dar a conocer su situación precaria decía:

Cuando Rafael se acuesta
y no lo ven caminando,
es porque le están lavando
la ropa que carga puesta.

Durante años ejerció el oficio de sepulturero, y por eso pidió a sus amigos que al morir inscribieran sobre su tumba la siguiente estrofa:

Las vanidades del mundo,
las grandezas y el imperio
se pierden en el profundo
silencio del cementerio...

Una vez ''Titán'' tenía que exhumar algunos cadáveres debido a que habían transcurrido cuatro años de su entierro y se necesitaba el sitio para otros. Con ese fin le advirtió a una señora de nombre Carmela Soto, viuda de un señor Orozco, que iba a echar los restos de éste en el osario. La señora le ofreció 10 bolívares para que no los exhumara, pero como pasaron varios días y la viuda no le dio la plata, le mandó un recado en verso:

Decíle a Carmela Soto
que dice el sepulturero,
si no me manda el dinero
le saco a Orozco y lo boto.

En una oportunidad ''Titán'' tuvo que echarse al monte para cazar conejos, mediante el cómodo sistema de trampas con lazos: las preparaba por la noche y en la mañana muy temprano iba a recoger sus presas. Sin embargo, como nunca faltan vivos, la mayoría de las veces se encontraba ''Titán'' con las trampas vacías porque otros fortuitos ''cazadores''le habían arrebatado sus conejos. Por eso, cuando Josefita Socorro, su vecina, fue a verlo un día y le pidió una limosna para una fiesta patronal, ''Titán'' le dijo:

Yo no creo en santos viejos
de Josefita Socorro,
porque no me mata el zorro
que me come los conejos.

Otra vez trabajaba como obrero petrolero en Mene de Mauroa. Allí ganaba buena plata, pero de pronto se presentó la recluta y para ponerse a salvo decidió regresar a Los Puertos. Con este fin pidió su liquidación en la Compañía. El cajero, también altagraciano y tomador de pelo, le dijo: ''Qué broma,''Titán'', no hay un cobre en caja, pero si quereís te pago en mene''. Ante lo cual le ripostó el poeta:

Cómo me queréis pagar
todo mi trabajo en mene,
cuando mi mujer no tiene
botijuelas que curar...

Y lo peor fue que ''Titán'' no pudo librarse de que lo reclutaran. Ya en el Cuartel, lo destacaron como centinela, bajo la consigna de ''alertar una vez y a las dos disparar''. El famoso repentista se hallaba en su puesto cuando llegó una ''recorrida'' y preguntó por él. Y así les contestó:

Aquí estoy de centinela
y el que venga huele a muerto.
Una vez nomás lo alerto
y a las dos le doy candela.



Narciso Perozo

Maderero, pescador, peón de piragua y, en sus últimos años, "guachimán" de una compañía petrolera en Lagunillas, Narciso Perozo descolló por su ingenio como poeta popular. Perteneció al grupo de improvisadores famosos que animaban contrapunteos y parrandas en los pueblos de la "otra costa" —desde Los Puertos y La Rita hasta Bobures y Gibraltar— y en los que participaban Erasmo Guerrero, Evilacio Hernández, Juan García y muchos más. Narciso Perozo era gran admirador de Cano:

Cano cuando está cantando
parece que está durmiendo,
pero es que está recogiendo
los versos que van volando.

Así decía Perozo, lo que no era obstáculo para que se midiera con él cuando se presentaba la ocasión, como la vez en que Cano le hizo esta pregunta en verso:

Si tu padre va a matar
a tu madre de un balazo
y vos tenéis un puñal,
¿qué harías en ese caso?

A lo cual Narciso respondió:

Este es un caso muy fuerte:
yo le tiraría a papá
para salvar a mamá
de las garras de la muerte.

En materia de preguntas, hay otra que se le atribuye a Udón Pérez, quien solía concurrir a los torneos poéticos de los ''cachimberos'':

Aunque parezca profundo,
preguntártelo es preciso:
decime quién hizo el mundo
y quién hizo al que lo hizo.

Y quienes han seguido de cerca la trayectoria de Narciso aseguran que su contestación repentista fue la siguiente, llena de honda sabiduría y sutileza:

Yo contesta te daré,
pero no de todas dos:
quien hizo el mundo fue Dios,
quien hizo a Dios no lo sé.

Ya viejo, Narciso Perozo hacía alarde de su condición de obrero petrolero, a tiempo que proclamaba su categoría de cantor:

Yo soy Narciso Perozo,
el gran poeta zuliano,
a quien los americanos
han dado un puesto orgulloso.

Pero el poeta no ocultaba su nostalgia por las tradiciones y costumbres que destruía a su paso la avalancha del petróleo, y por eso un día en que viajaba a pie hacia La Rita, como alguien le preguntara: ''¿Cuándo volvéis, Narciso?'', manifestó malhumorado:

Cuando oigáis que ya no suenan
esos pitos del carrizo,
podéis decir que no penan
ya los huesos de Narciso...

Juan García

Fue quizás el más fecundo de los ''cachimberos'' de la Costa. En los certámenes verbales que se efectuaban en su tiempo, Juan García destacaba por su inspiración y por la fuerza electrizante de sus contestaciones. Nuestros poetas populares eran implacables cuando la rivalidad los colocaba frente a frente. No se iban a los puños, ni echaban mano de verduguillos y puñales tan usados en la época, pero se decían pesadeces personales del más grueso calibre. Como Juan García era negro y tenía el pelo''apurado', sus contendores hacían malignas alusiones a este hecho. Incluso Francisco Cano se dedicó a molestarlo en una ocasión, para lo cual le recitaba la conocida estrofa:

Me puse a bañar un negro
por ver qué color cogía,
y mientras más agua le echaba
más negro se me ponía.

Juan García, que no sentía el complejo del color, y por el contrario, solía replicar con energía cada vez que le hacían semejante referencia, le respondió en el acto:

Yo soy negro por herencia,
más no he manchado mi honor.
Seré negro de color,
pero blanco de conciencia.

Soy negro porque es preciso,
porque negro fue papá.
Quiere decir que mamá
no faltó a su compromiso.

Otra vez en El Playón de Palmarito, Cano se burló de él porque se hacía pasar como hombre ducho en las prácticas de la Medicina y recetaba a los campesinos de la Costa, principalmente de los alrededores de San Pablo:

Este negro Juan García
es el doctor de San Pablo.
El mismo que curó al Diablo
que remedio no tenía.

A lo cual el poeta de Bobures contestó:

Soy doctor en cirugía
que cuatro años no estudié,
y a tu madre yo curé
de ese mal de la falsía.

Luego, en el mismo tono agresivo, se jactó de su ''falta de instrucción'':

Si me hubieran enseñado
a leer y a escribir
ni Cano ni Villasmil
a mí me hubieran ganado.

Y para rematar su presuntuosa defensa, señalaba:

Yo de noche canto bueno
y de madrugada más,
porque voy dejando atrás
musas en el mar sereno...

Finalmente, Juan García, pese a su ignorancia, tenía contestaciones repentistas que causaban asombro. El improvisador analfabeto José Bracho le hizo esta pregunta:

Una pregunta sencilla
hacértela me conviene:
¿cuántos kilómetros tiene
el mundo de orilla a orilla?

Y Juan García reaccionó de inmediato:

Contesta no te doy yo
porque el pretexto es muy grave
Eso nomás que lo sabe
el mismo que lo formó...



Manuel Dagnino

Entre los zulianos eminentes que no nacieron en nuestra tierra, el Dr. Manuel Dagnino ocupa lugar privilegiado. Originario de Génova (Italia), arribó a los 7 años a Maracaibo, para quedarse aquí definitivamente. Fue un día de carnaval de 1848, cuando la capital zuliana no llegaba a los 20.000 habitantes y contaba apenas con 20 faroles para alumbrar sus calles. Dagnino comenzó sus estudios en la escuela pública de la Iglesia Matriz y pasó luego a la de San Juan de Dios. Discípulo de Esteva Parra en el Colegio Federal, recibe su título de Médico en Caracas. Filósofo, escritor, periodista, profesor de la Universidad del Zulia, autor de valiosas monografías, dedica sus mayores esfuerzos a la actividad social y funda el Hospital Chiquinquirá. Domina el inglés, el francés, el italiano, el alemán, el portugués, redacta ''El Eco de la Juventud''; dirige el Ateneo; hace labor de costumbrista e historiador; escribe dramas y comedias; combate la doctrina materialista y las ideas de Pasteur; polemiza con el Dr. Jesús María Portillo en torno a la tesis de ''la Iglesia libre en el Estado libre''; crea la cátedra de Clínica Médica, que se dicta por primera en Venezuela; se constituye, en fin, en una de las personalidades de mayor relieve de nuestra vida científica e intelectual. Como profesional de la Medicina, el Dr. Dagnino conquistó gran reputación, y en razón de su espíritu filantrópico mereció el título de ''benefactor de los enfermos desvalidos''. Introdujo en Maracaibo el uso del termómetro y realizó intervenciones quirúrgicas no practicadas hasta entonces. Sufrió los embates de la política a pesar de no ser un activista y el único cargo público que ejerció fue el de Cónsul ad-honorem de Italia en Maracaibo. Después de su fallecimiento en 1901, sus discípulos y admiradores le hicieron levantar un busto en el jardín del Hospital de Chinquinquirá, que fue sin duda su obra más preclara.

Núñez de Cáceres

Uno de nuestros grandes valores olvidados ha sido el Dr. José María Núñez de Cáceres. Nativo de La Concepción (Distrito Urdaneta) en 1822, se hizo famoso por su erudición y su agudeza. Estudió Derecho en la Universidad Central y se doctoró en Filosofía en una Universidad alemana. Viajó por todo el mundo. De cuerpo menudo, espejuelos, ríspida barba, fue maestro en Hamburgo y Filadelfia. Tenía una memoria estupenda y repetía de memoria pasajes completos de la Biblia. Escribió el Padre Nuestro en un grano de arroz montado en una sortija de la esposa del Presidente Castro. Se propuso enseñar idiomas y el resultado fue la publicación de tres tratados de latín clásico, una gramática alemana y manuales de inglés, francés e italiano.

Núñez de Cáceres poseía un gran sentido del humor y a nadie tomó en serio. Trabajó como profesor de lenguas en el Colegio Santa María del Licenciado Agustín Aveledo, católico ferviente, de quien solía decir: ''Aveledo cree que yo creo que él cree''... En una ocasión en que actuaba como examinador, uno de los alumnos se dirigió a él tímidamente y le ofreció determinada suma para que le firmara el certificado de suficiencia. ''No tenga cuidado —le manifestó con cinismo— si me paga el doble, la boleta del curso se la firmo en sánscrito''... Otra vez, a unas chicas que trataban de burlarse de él porque se teñía el pelo, les advirtió con energía: ''Me pinto las canas porque vivo en un país donde no se las respeta''.

Su anecdotario es fabuloso, lo mismo que sus máximas y pensamientos. Decía: ''El que se casa con viuda es plagiario o traductor''... ''Venezuela es el país donde hay menos cabezas propias y más juicios ajenos que seguir''... ''Si Dios se diera a conocer a los hombres, a los pocos años les hacía la revolución''... ''Hay cabezas de piedra que no dejan escapar ni una chispa para encender un yesquero''...

Una vez Núñez de Cáceres, ya cerca de los 90 años, se puso a pintar el frente de su casa. En ese momento llegó el escritor Pedro Emilio Coll, y aquél le preguntó:

—¿Cómo te parece?

—Muy bien, pintas muy bien.

—Eso crees tú —le respondió el agudo cañadero— ahora falta que un granuja llegue con un pedazo de carbón y escriba una palabrota o dibuje una grosería en la pared...

El Padre Zuleta



Caso singular y único en nuestros anales religiosos, el Padre Jesús María Zuleta llegó a ser, a fuerza de méritos y servicios militares, General de División por mandato del Presidente Joaquín Crespo. Durante más de treinta años intervino en nuestros hechos de armas, en una época tormentosa y de convulsionada agitación política. Comenzó a demostrar arrojo y decisión a los 14 años, cuando tuvo que rescatar a la fuerza un burro que le habían arrebatado unos guerrilleros del General León Colina por los lados de San Francisco. El Padre participó en decenas de acciones, y en virtud de su lealtad al ''Mocho'' Hernández, Cipriano Castro lo mantuvo encerrado tres años en el Castillo de San Carlos. Del valiente sacerdote se cuenta que a fines del 99 marchaba al frente de un grupo de ''mochistas'' para capturar la Cárcel Pública, cuando el Obispo de Maracaibo, Monseñor Marvez, al verlo que empujaba un pequeño cañón, le salió al encuentro y le dijo, alarmadísimo:

—Pero, Padre Zuleta... ¿qué está haciendo?

A lo cual el bravo curita, con la sotana arremangada, le contestó:

—Nada, Monseñor. Y no se preocupe, que de esta lo hago Papa...

En tiempos de la Revolución Legalista, siendo cura de Los Puertos, tomó una mañana un winchester, fletó una lancha que lo llevó hasta La Cañada, formó un cuerpo de caballería y al triunfar Crespo hizo su entrada en Maracaibo en medio de las aclamaciones delirantes de la multitud. En Puerto Cabello escenificó otro de sus grandes episodios militares, en 1892, cuando incorporado a las fuerzas del General Colina tomó parte destacada en la toma de la Fortaleza. De esa acción quedaron estos versos:

Decíle a Jesús María
y al Cojo de la Muleta,
que allá por Sabanas Altas
les viene el Padre Zuleta.

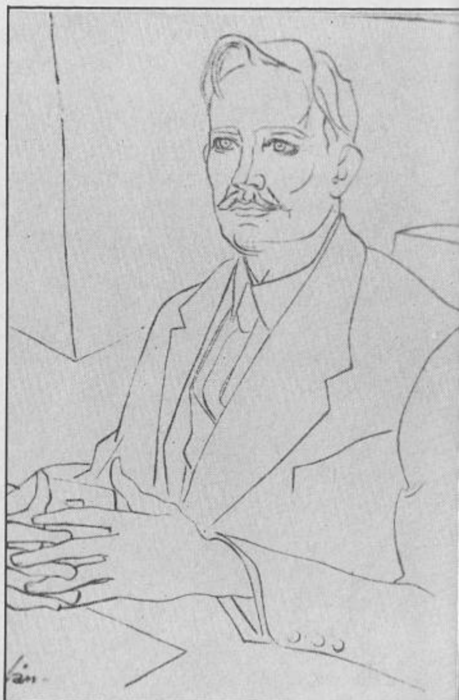
(Jesús María era el Jefe del Castillo, y el Cojo uno de sus subalternos).

De la misma acción es esta estrofa:

Ahí viene el bravo Colina,
Ramón Guerra y Valdebrán.
Y viene el Padre Zuleta
de machete y balandrán.

Sin embargo, sus hazañas militares no hacen olvidar su vida piadosa y su activa labor sacerdotal. Nacido en La Concepción en agosto de 1860, obtuvo título de Bachiller en Filosofía y luego cursó Ciencias Eclesiásticas. Al ordenarse antes de cumplir 25 años, fue destinado al curato de Los Puertos. Estuvo también en Gibraltar y Los Haticos. En 1918 le tocó cumplir una gran labor como cura de Cabimas, en tiempos de la terrible gripe: repartió medicinas y provisiones y él mismo curaba a los enfermos y sepultaba a los que fallecían. En 1922 fundó la parroquia Las Mercedes y tres años más tarde fue ubicado en San Francisco, donde le sorprendió la muerte el 23 de setiembre de 1956.

Recuerdo a Udón Pérez



Poeta de vasta obra y exuberante inspiración, Udón Pérez llena toda una etapa de nuestra literatura. Triunfó en todos los certámenes a donde envió sus versos, y al morir en 1926, todo Maracaibo le acompañó acongojado al Cementerio. Era un hombre de recia personalidad y no quiso recibir los títulos de Doctor en Medicina y en Derecho, a pesar de haber culminado con brillantes calificaciones estas dos carreras universitarias. Se conformó con ser Príncipe de Poetas en una región donde se le rendía la más fervorosa admiración.

Después de la muerte de Udón Pérez, le fue levantado por suscripción popular un monumento, que estuvo inicialmente ubicado en el lado norte de la Plaza Bustamante, con su efigie en mármol, junto a ella un cóndor con las alas abiertas y al pie una mujer con una lira que tenía las cuerdas rotas. El monumento fue trasladado luego a la confluencia de dos avenidas populosas (Bella Vista y 5 de Julio), y finalmente instalado en el Liceo del barrio Monte Claro que lleva el nombre del poeta.

En relación con este hecho se recuerda la siguiente anécdota: el día de la inauguración del monumento no estuvo presente el jardinero de la plaza, un sujeto irascible conocido popularmente por ''Perilla'', cuya obsesión eran los muchachos que merodeaban por el lugar. Al día siguiente, cuando ''Perilla'' recorría el parque para hacer sus labores de limpieza, se sorprendió al ver el monumento, y en el acto se quedó abismado al observar la mujer con la lira rota. Entonces llamó al policía de punto en la placita y le comentó, con visible desagrado: ''Fíjese, agente, lo que ya hicieron estos condenados muchachos: en un abrir y cerrar de ojos, le rompieron el tiplito al poeta...''

Emiliano Hernández



Ingenioso, original, audaz, bohemio incorregible, de Emiliano Hernández ha quedado apenas un volumen de versos, pero no hay duda que entre los poetas de su generación fue una figura impar. Viajó a la aventura —Cuba, México, Estados Unidos, Centroamérica— y pasó en Caracas los años de su breve madurez, ya que falleció a los 33 años en una mísera cama de hospital.

De Emiliano Hernández se evocan ágiles anécdotas. En 1907 se encuentra en Managua (Nicaragua) con Rubén Darío, a quien se le agasaja en el Metropolitan Hotel. El poeta maracaibero, que asiste al acto como cronista de un periódico, al día siguiente lo describe así: "Alto, bien proporcionado, fisonomía entre hermosa y grotesca y con aire más de **maitre d'hotel** que de trovador; nariz chata y manos de marqués; maneras señoriales; gesto entre infantil y arzobispal; falsificada ingenuidad de niño grande"...

Por cierto, también en Managua provoca un incidente que por poco le resulta fatal: Emiliano se dedica a molestar en sus escritos, de manera sistemática, a un Embajador-poeta que no le cae bien, y éste un día, cansado de tolerarle sus diatribas, resuelve ir a la redacción del periódico para hacerle un reclamo enérgico. En efecto, se presenta con una pistola en la mano y lo reta a duelo.

—Yo estoy desarmado —le advierte el poeta zuliano— pero, por favor, espéreme un momento mientras voy en busca de un revólver.

Sale a la calle y cuando le pasa el susto, recurre a una hábil treta: se dirige al Cuartel de Policía y hace la denuncia de que en tal sitio se encuentra un loco armado que se hace pasar por Embajador...

Las consecuencias no se hicieron esperar: el diplomático agredido tuvo que dar explicaciones, presentar credenciales y valerse de sus conexiones amistosas en la Cancillería para que no lo llevaran a empujones al retén policial.

La jugarreta resultó tan seria, que Emiliano, después de varios días de arresto, fue expulsado del país.

Elías Sánchez Rubio



No fue un bohemio sino un alucinado. Tormentos interiores lo lanzaron en manos de la desesperación, pero en sus raptos de lucidez realizó una obra perdurable que lo consagra como un valor legítimo de nuestra poesía. Después de aprender las cosas más elementales en la única escuelita que existía por los lados de ''La Múcura'', de la cual se jubilaba cada vez que podía, su abuela lo mandó a Trinidad, y de allá vino sin títulos académicos, pero con la mente abierta para el ejercicio de una alta misión lírica. Perteneció a la llamada ''Generación de **Ariel**'', el grupo que integraron escritores y poetas tan calificados como Jesús Semprúm, Emiliano Hernández y Rogelio Illaramendy. Fundaron un periódico de vida efímera —solamente editó 18 números— pero en sus columnas se rebelaron contra el romanticismo decadente. Después Sánchez Rubio derivó hacia el periodismo —fue redactor de ''Los Ecos del Zulia'' y activo colaborador de ''Panorama''—, pero nunca descuidó el cultivo de la poesía, ni su afición por las leyendas y las cosas típicas de la ciudad. Entre sus obras ha perdurado el volumen de versos ''Mis siete pecados y mis siete virtudes'', publicado por el ''Grupo Seremos'', lo mismo que ''Las Metamorfósis de Júpiter'' y la novela ''Irama''.

Sánchez Rubio vivió en La Guajira y exaltó sus costumbres, y al regresar a la ciudad se dejó seducir por los desvaríos de la droga, al punto que para calmar su angustia se inyectaba hasta siete dosis diarias de morfina. ''Que los jóvenes —decía— no se dejen alucinar por el espejismo y la falsa felicidad que produce el zumo de las adormideras...''

Una tarde de setiembre de 1927, al poeta le falló el corazón cuando leía ''Serenidad'', de Amado Nervo. Pero sus hermosas creaciones líricas han quedado como un vivo recuerdo de su paso por el mundo.

Las salidas de Jesús Semprúm



Jesús Semprúm ha sido uno de los valores más legítimos del Zulia. Nativo de San Carlos (Distrito Colón), a los 10 años es llevado a Maracaibo. Estudia en la escuela de Don Silvio Galvis y en el Colegio Sagrado Corazón de Jesús. A los 16 años se inscribe como cursante de Medicina en la Universidad del Zulia. En tanto, integra el Grupo Ariel, con Emiliano Hernández, Elías Sánchez Rubio y otros escritores y poetas. A la vez participa en las actividades políticas de los ''mechudos'', que se reúnen en la pulpería de Leovigildo Landaeta, situada en la esquina de las calles Ciencias y Vargas. Al clausurar Castro la Universidad, Semprúm viaja a Caracas y en 1905 recibe su título de Médico, pero en lugar de atender a su profesión se dedica vehementemente a la literatura, hasta consagrarse como el crítico más calificado de su tiempo. Colabora en ''El Cojo Ilustrado'' y en muchas otras publicaciones nacionales y extranjeras. Luego se auto-destierra en Nueva York para regresar a Venezuela varios años después. Entonces sí ejerce su profesión de médico hasta que muere en El Valle el 13 de enero de 1931.

Hombre de ideas sólidas y bien formadas, se cuenta de Jesús Semprúm que en una oportunidad, cuando dictaba una conferencia sobre literatura, alguien del público que no escuchaba bien, gritó: ''¡Más alto!'' El escritor, sin embargo, continuó hablando en el mismo tono imperturbable. De nuevo el mismo sujeto repitió: ''¡Más alto!'' Y entonces Semprúm, pasmosamente sereno, recogió sus papeles, los dobló y se fue...

En otra ocasión lo llamaron para que ocupara el sillón dejado vacante en la Academia de la Lengua, por el General Antonio Guzmán Blanco. ''¿Yo entre sabios? —comentó— ¡no faltaba más!''... Y no se recibió como académico.

Marcial Hernández



El Dr. Marcial Hernández fue un hombre tan apegado a su terrón nativo, que jamás llegó a trasponer los linderos regionales. A los 23 años se graduó de médico en la vieja Universidad del Zulia, pero más que en esa rama profesional habría de sobresalir como escritor, cuentista, periodista y orador. De carácter taciturno, fue maestro de Aritmética y al mismo tiempo profesor de Antropología. Maracaibero de corazón, dijo una vez: "Nacen aquí los bardos con la vivacidad potente de nuestra indígena flora. Nacen, como los cardones, hasta en los tejados de piedra, o como las tunas que echan claveles amarillos en el áspero, bravío y estéril cerro de El Milagro"...

Escribió solamente en periódicos y revistas locales, a pesar de que "El Cojo Ilustrado" y otras publicaciones le reclamaban sus artículos. En vida publicó apenas un volumen titulado "Curiosidades", pero el Ayuntamiento maracaibero, presidido en 1936 por el Dr. Jesús Enrique Lossada, editó sus obras completas.

Extraordinario orador, sus discursos en la instalación del II Congreso Médico Venezolano, en los I Juegos Florales celebrados en Maracaibo y en el centenario de la Escuela de Cristo, se conservan como joyas del género. El Dr. Hernández, sin ser un activista político, colaboró con los gobiernos de Baldó, García, Matute Gómez y Gabaldón, y mientras ejercía la Secretaría General con este último, falleció de un síncope cardíaco, casi al descender de la tribuna en la plaza de Santa Ana, donde dijo su famosa frase: "Las insignias podrán marchitarse, y las campanas enmudecer, y extinguirse los fuegos del ara, pero ni aún el ímpetu de los huracanes podrá apagar el simbólico faro del Catatumbo. El Zulia entre la noche relampaguea"...

Ismael Urdaneta



Poeta de excepción, la vida de Ismael Urdaneta está animada por hechos singulares. Nace accidentalmente en Trujillo, pero se levanta y se forma en Los Puertos de Altagracia. Allí hace sus primeros estudios. Viaja a Maracaibo y se incorpora a la peña literaria de Emiliano Hernández y sus compañeros de ''Ariel''. El ''planchón'' de la Plaza Bolívar es su lugar de citas. Emiliano, pontífice del grupo, impresiona a Ismael con su abrupto desparpajo. ''No te rompas el seso —le dice— cuando necesites recurrir a una cita para apoyar alguna tesis. Dí con audacia: como afirmaba Hugo, de acuerdo con la opinión de Taine''... Luego le aconseja que elimine su segundo apellido: ''Ese Urdaneta Paz que usas es terrible; tampoco firmes Ismael Emilio. Hay que dar importancia al nombre. ¿Tú crees que si Bolívar se hubiera llamado Hermócrates Pérez habría libertado cinco países?''

Bajo esa influencia, Ismael Urdaneta publica su primer libro, ''Corazón Romántico''. Viaja a Caracas y trabaja en la Secretaría del Ministro de Guerra, General Régulo Olivares. Inicia estudios de Derecho, pero no los termina, y en 1910 emprende su peregrinaje aventurero: de Caracas va a Río de Janeiro y de Río a Buenos Aires, a donde llega ''con un libro de recortes bajo el brazo y dos centavos (60 reis) en la cartera''. Luego va a Montevideo. Allí rescata de las aguas a una niña que se ahoga. A fines de 1912 está en España y Francia. Se enrola en la Legión Extranjera y participa activamente en la primera Guerra Mundial. Cuando regresa a Maracaibo en 1921 con el pecho cargado de condecoraciones, trae también una enfermedad adquirida en los pantanos de Ucrania, que le condena a vivir en un sillón de ruedas.

Por fin, al amanecer de un día de setiembre de 1928, Ismael Urdaneta, que ha sido un hombre inquieto, inconforme y rebelde, decide quitarse la vida de un balazo en la cabeza.

Jesús Enrique Lossada

Eminente figura del Zulia intelectual, hombre de firmes ideas democráticas, escritor, filósofo y poeta, fue en el campo de la docencia y de la formación de juventudes donde más descolló el Dr. Jesús Enrique Lossada. Muerto prematuramente, hace ya más de treinta años, se recuerda que centenares de estudiantes con camisas blancas y boinas negras llevaron su ataud hasta el Cementerio Cuadrado, donde le fue levantado un mausoleo exornado por un busto, un libro abierto y tres ánforas de mármol. Fue un símbolo de dignidad, de sencillez y un cabal intérprete de las nuevas ideas que sacudían a la juventud.

Jesús Enrique Lossada tuvo una infancia pobre: para poder subsistir, vendía pañuelos de soles y Corazones de Jesús bordados por su madre, a quien la Nación le había asignado una pensión mensual de Bs. 20,25 (¡veinte bolívares con veinticinco céntimos!), por ser descendiente directa de un prócer de la Independencia. Caritativo y generoso, Jesús Enrique se ocupaba de cobrar la pensión, y más de una vez, olvidando las propias estrecheces familiares, compartía la miserable suma con cualquier anciana que le pidiese una limosna.

Para definir a este hombre ejemplar que se dio por completo a su pueblo y que jamás pensó en sí mismo sino en el presente y el futuro de la juventud, bastará recordar esta anécdota: un día caminaba a pie hacia la Universidad, de la cual era Rector, y al pasar frente a un bar observó que tres menores estaban tomando cerveza. Jesús Enrique se detuvo y en el momento en que uno de los niños se llevaba el vaso a la boca, se lo arrebató y lo lanzó al piso. Entonces, bruscamente se le encimó el botiquinero:

—¿Quién va a pagarme el vaso? —le preguntó con altanería.

A lo cual le contestó Lossada:

—¿Y quién le va a pagar a Venezuela el tremendo daño moral que Ud. le está haciendo al envilecer con alcohol a estos niños?.





El Padre Olegario

A la estirpe de los curas sencillos que han dejado obra perdurable pertenece Monseñor Olegario Villalobos, cuyo dinamismo no tiene parangón cuando se trata de lograr objetivos en favor de la comunidad. La misión cumplida por el Padre Olegario desborda los linderos religiosos y se proyecta al campo social y de la acción pública. Emulo de sacerdotes zulianos eminentes como el Padre Piña, uno de los fundadores del Hospital Chiquinquirá; el Padre Angulo, impulsor de la enseñanaza y creador del primer colegio particular que tuvo Maracaibo; los Padres Rincón y González, rectores del Colegio Federal; el Padre Delgado, rector de la Universidad; el Padre Zuleta, valiente soldado de Cristo y de ideas liberales, también como ellos, Monseñor Villalobos, a través de una labor sin pausas de más de medio siglo, ha creado corporaciones religiosas y obras de utilidad social como el Asilo San José de la Montaña, el Hogar-Clínica San Rafael y el modernísimo Templo consagrado al culto de la Coromoto, considerado como una verdadera joya arquitectónica. El Padre Olegario ha sido además el fundador de La Voz de la Fe y el animador principal de la campaña que hizo de la coronación de la Chinita un acto de extraordinario contenido popular. Hijo orgulloso de El Saladillo y párroco de Catedral durante casi cuatro décadas, una de sus mayores satisfacciones ha sido la de haber traído a Maracaibo el corazón de Monseñor Arturo Celestino Alvarez, el Obispo que le ordenara sacerdote. En vida, más allá de los 80 años, Monseñor Olegario fue el único zuliano a quien el cariño y el afecto de sus semejantes erigió tres bustos: uno en el Hogar-Clínica, otro en el Asilo San José de la Montaña y el tercero por iniciativa de la Cámara de Radiodifusión, cuando celebró sus Bodas Sacerdotales en 1962.

Un día de tristeza colectiva fue el de su muerte, el 30 de julio de 1971.

José Antonio Negrete

Son muchos los rasgos peculiares que nos diferencian a los maracaiberos de los compatriotas nacidos en el resto del país: nuestras costumbres, nuestro sano y agresivo regionalismo, nuestros nombres raros, nuestro acento y, sobre todo, nuestra manera de expresarnos. Sin embargo, en Maracaibo nació y vivió un inolvidable personaje, típico como ninguno, a pesar de que hablaba en forma muy distinta a sus demás vecinos. Nos referimos a José Antonio Negrete, dueño de un vocabulario personal, quien nombraba las cosas más sencillas con metáforas extravagantes y terminachos que el común de la gente no entendía.

A los jóvenes que no han oído hablar de él, vamos a presentárselos con una anécdota. En cierta ocasión Negrete se enfermó y tuvo que llamar un médico.

—¿Qué comió ayer? —le preguntó el galeno, y nuestro personaje le informó:

—Pues, a lo que hago memoria, ingerí al alba dos posturas de aves domésticas, asesoradas con un disco de maíz cándido, todo humedecido con la infusión del néctar de la Arabia, mezclado con el líquido perlino de la consorte del toro. Al meridiano, una artesa de la parte encefálica de un cuadrúpedo rumiante, en compañía de dos frutos en sazón del bananero; algunos piscolabis de sartén; sendas alcaparras de marrano; un triángulo de crema solidificada y un ánfora con la linfa cristalina de las cisternas domésticas, saturada con el jugo de los cañaverales ribereños. A la hora del Angelus, la columna vertebral de un egipán doméstico, una media docena de confites de barbacoas, unos pellizcos de torcaces lacustres y mi acostumbrada jícara de socomusco. Por postres, unas peladillas vegetales.

La madre de Negrete le hizo al médico la traducción en cristiano de lo que su hijo había comido el día anterior:

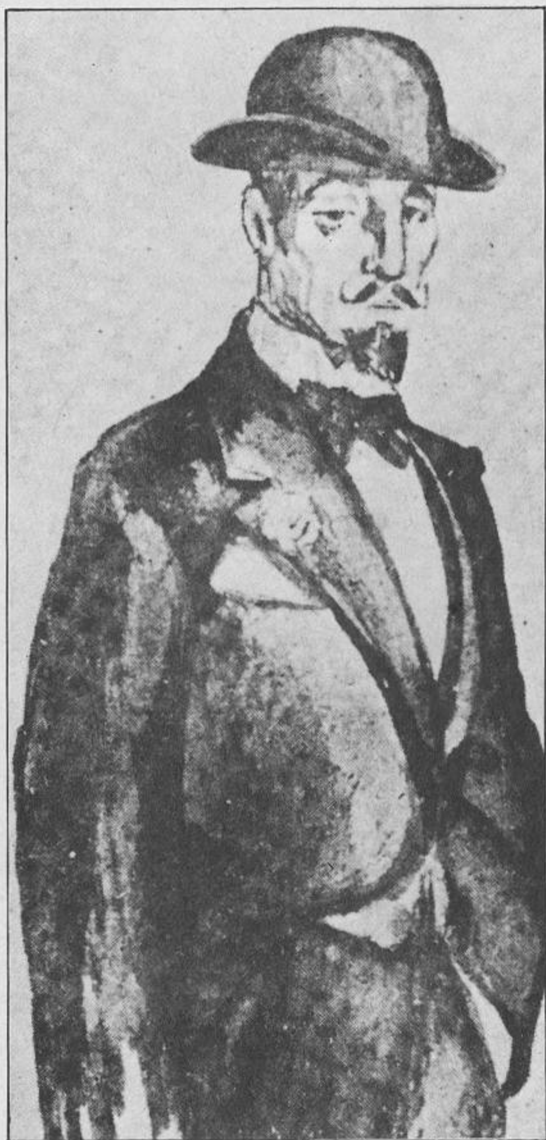
—Dos huevos fritos, una arepa y café con leche en el desayuno. En el almuerzo, sesos de carnero, albóndigas, chicharrones, dos plátanos, queso y un vaso de guarapo. En la cena, rabadilla de chivato con rábanos, unas palomitas fritas, chocolate... y todavía tuvo el coraje de comerse unos mamones.

Con sus lentes de oro, su camarita y su bastón, José Antonio Negrete fue un personaje tan famoso como Delpino y Lamas. Hombre culto, padecía de una especie de complejo aristocrático que reflejaba en su elegancia excéntrica y en las frases que solía acuñar cuando estaba en presencia de sus admiradores. Su retórica resultaba cursi, pero no puede negarse que era un hombre de imaginación. Llamaba a Bolívar, ''Osiris del cielo americano''; a Maracaibo, ''odalisca de las ondas cerúleas''; al burro, ''pegaso de los humildes''; al Mercado, ''meca de la religión del estómago''; a las pulperías, ''distribuidoras de indigestiones a domicilio''. Para él, las

cartas eran ''rotativos''; el tranvía de mula, ''tramoya de impacientes''; las piraguas, ''corbetas lacustres''; los fósforos, ''mixtos elaborados''; los cigarrillos, ''tubillos de contemplaciones''; el hospital, ''oasis obligado de la miseria'', y el caucho o impermeable, ''chambergo de los casos fortuitos''.

Si sus metáforas se hicieron célebres, también han pasado a la posteridad sus réplicas airadas e improperios, cuando alguien le hacía un desaire o no le caía bien. Tal es el caso, por ejemplo, de su encuentro con el repartidor del Correo Carlos Bozo, un jorobadito servicial a quien Negrete fulminó con estos duros términos: ''Hombrecillo siniestro de torso anquilosado, viviente injerto de tortuga y dromedario''. En otra oportunidad, dirigiéndose al demente Eduardo Evia, le dijo: ''Hazte arreglar por un físico los anaqueles del encéfalo''...





Un bohemio de buena ley

Juan Alvarez Pirela fue uno de los personajes más curiosos del Maracaibo de ayer. Alto, elegante, de encrespados bigotes y barba puntiaguda, vestía ordinariamente de pumpá y paltó-levita. Retenía en sus memoria estrofas sueltas de poemas conocidos, y de ellas se valía para impresionar a quienes le escuchaban. "Hay plumajes que cruzan el pantano y no se manchan: mi plumaje es de esos", decía a sus compañeros de parranda cuando tenía que atravesar la calle, bajo un aguacero tormentoso, para refugiarse en algún bar.

Tomaba con exceso, pero no encarnaba al borrachín de baja estofa, sino al bohemio elegante que, lejos de ser impertinente, distraía y causaba admiración a sus acompañantes. Con las mujeres solía extremar su inspiración: "A los pies de su belleza escultural —decía a cualquier dama— este Juan Alvarez Pirela, un trovador no viejo que no ha podido en su ventana mora tejer un nido"...

Quienes le conocieron aseguran que en su juventud había seguido la carrera militar y alcanzado el grado de Coronel. De allí que cuando las autoridades de Maracaibo lo enviaran en una oportunidad al Castillo de San Carlos con el propósito de apartarlo del licor, alguien le compusiera estos versos:

Decepciona y da tristeza
que a Juan Alvarez Pirela
lo tengan de centinela
en aquella Fortaleza.
Por la sola ligereza
de beber han degradado
a quien tiene bien ganado
el grado de Coronel.

En la Casa de Beneficencia vivió sus últimos días. Y se recuerda que cuando personas bondadosas se le acercaban para condolerse de su estado, al preguntarle: "¿Cómo está el amigo?", Alvarez Pirela les contestaba con incertidumbre y amargura: "¿Amigos?" Es mentira, no hay amigos. La amistad verdadera es ilusión..."

Y la cita entonces sí tenía auténtico sentido de realidad...

"Carne Frita"



Andrés Manuel Quintero, alias ''Carne Frita'', fue uno de nuestros más egregios personajes populares. Los maracaiberos que rondan los cincuenta años deben recordar su figura espigada y pulcra: camisa blanca con puños almidonados, sombrero de paja, pantalón de dril sostenido a la cintura por un fuerte curricán, y en la diestra un garrote de vera para defenderse de los muchachos traviesos. ''Carne Frita'' se ocupaba de hacer mandados a través de toda la ciudad. Nacido en la isla de San Carlos, siendo un niño huérfano fue enviado en una piragua a Maracaibo, con tan mala suerte, que la embarcación estuvo a punto de naufragar y el negrillo recibió un fuerte golpe con la botavara, sufriendo conmoción cerebral y perdiendo parcialmente el habla. Era tartamudo y retrasado mental y se hizo acreedor a su famoso sobrenombre porque en la casa donde servía se la pasaba pidiendo a toda hora ''carne frita''. Los muchachos solían molestarlo y burlarse de él con gritos destemplados, pero ''Carne Frita'' contaba con la protección de los gendarmes, sobre todo de ''Masca Paila''' y ''El Peligro Oculto'', que eran los ''cocos'' de la chiquillería. Su fama como personaje popular fue tanta, que el Dr. Ramiro Parra, eminente jurista zuliano, utilizaba su fotografía cuando estaba en Caracas, para quitarse de encima a los ''vivos'' que iban hasta su bufete a pedirle dinero haciéndose pasar como nativos de Maracaibo. ''¿Quién es éste?'', preguntaba el Dr. Parra a los petardistas, y el que no identificaba en el acto a ''Carne Frita''', quedaba en evidencia y tenía que retirarse avergonzado.

El Br. Tapia

Pequeño de estatura, con pelos puntiagudos en la barba y un áspero mechón sobre la frente. Juan Fracisco Tapia, constituyó durante largo tiempo un espectáculo hilarante para los maracaiberos. Andaba por la calle con su flux de dril ''cabeza de perro'', amarrado el pantalón con una corbata vieja, la sucia pajilla encajada hasta las sienes y pasado de tragos la mayoría de las veces.

Del Br. Tapia decía Udón Pérez: ''Se necesita tener talento para decir tantos disparates juntos''. Y en efecto, asombraba oirle sus incansables peroratas con citas históricas atropelladas y sin sentido, que no se sabe de dónde las sacaba ya que era analfabeto como sus hermanos de raza. Cuando discurría en público, encaramado en un cajón o desde lo alto de cualquier acera, transeúntes y vecinos lo rodeaban para aplaudirlo con burlona emoción. Alguna vez el Indio Tapia había trabajado como ayudante de carpintería, en el taller de los hermanos Luzardo, por los lados de la Calle del Comercio, cerca de la esquina de Ayacucho.

—Que importa que mueran los Udones Pérez, los Ildefonsos Vásquez, los Marciales Hernández si queda el Indio Tapia —decía en sus arengas encendidas, a tiempo que se dirigía a algún mirón para pedirle por favor un ''palito''.

Una vez se encontraba en el viejo malecón, absorto ante los resplandores del incendiado pozo de La Rosa, y entonces se sintió inspirado.

—¿Habéis visto las grandes llamaradas que cual racimos de verdes cocoteros vuelan por el espacio como negras guacharacas? —preguntó a sus oyentes con vibrante voz.

Y al observar el vuelo cercano de un buchón, remató con una metáfora soberbia:

—''Así fue Bolívar, el celeste anfibio, cuando daba con su espada el ejemplo de Sodoma y Gomorra''...

La calle Comercio (1890).



Rubén el campanero

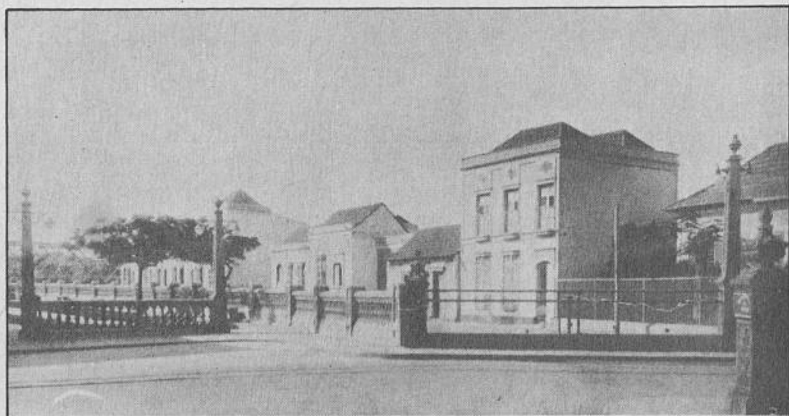
En las manos ágiles de Rubén Aguire reposó durante más de 50 años la tradición saladillera. La sola presencia imponente de la Basílica de la Chiquinquirá bastará para que perdure su recuerdo, vinculado al fervor popular por la Chinita. No hay que olvidar que Rubén era algo más que el artífice de las campanadas y el que convocaba a los fieles para la Fiesta Grande. Bajo su responsabilidad estaba también la organización de los fuegos artificiales que daban colorido a los festejos, y él era quien solía encabezar el desfile de los pasquineros en la antevíspera del Día de la Virgen, animados por una banda musical saladillera, bajo la luz de centenares de faroles, cuando se repartían folletos con el programa de los actos y versos a la Patrona, de Udón Pérez, Dimas Ramírez e Ildefonso Vásquez.

Entre los festejos del pasado se recuerdan los del año 24 por su extraordinaria espectacularidad. El duelo pirotécnico estuvo esa noche a cargo de 24 cañoneras y 6 castillos de cartón, simulando los episodios cruciales de la batalla Naval de Maracaibo. De un solo golpe se les dio candela y el ruidoso tiroteo tuvo tales visos de realidad, que hubo pánico en la plaza: los espectadores corrieron hacia las boca-calles y las humildes dulceras buscaron refugio con sus azafates en las casas de familia y en el interior de ''Las Quince Letras'' y la ''Botica Occidental''. Tronó la artillería de los barcos y con fuego graneado respondieron los cuarteles de la Fortaleza; y cuando el espectáculo llegó al final, a una cuadra a la redonda quedó un picante olor a pólvora en aquel escenario casi desierto y cubierto de humo...

Igualmente merece evocarse el grave incidente que le ocurriera a Rubén el Campanero, cuando en una oportunidad varios paquetes de truenos se le incendiaron en las manos y sufrió tan serias quemaduras, que tuvo que ser recluido durante varios días en el Hospitalito.



"Cebolla"

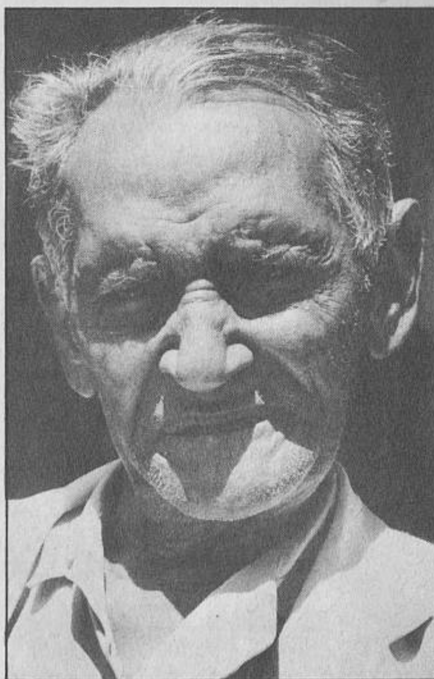


Una estampa de la ciudad de ayer.

Entre los últimos personajes populares que tuvo Maracaibo hay que mencionar a ''Cebolla'', un hombre pacífico, de apariencia normal, nativo del barrio El Saladillo, que recorría las calles con su flux de dril y sus cotizas de lona, como empleado de una agencia funeraria. Era endeble, de carácter jovial, y al contrario de ''Carne Frita'', los muchachos nunca se metían con él. Lo llamaban 'Cebolla'' porque intercalaba esta palabra en la conversación como fórmula expresiva de su filosofía. Cuando iba de un sitio a otro solía cantar el Himno Nacional y pedazos disparatados de La Marsellesa que nadie sabe cómo pudo aprenderlos. Una vez el patrono de ''Cebolla'' lo mandó a una casa de familia para que tomara la medida exacta de un difunto, a fin de asignarle el ataud correspondiente. ''Cebolla'' entró al cuarto donde estaba el muerto, con el sombrero puesto, levantó la sábana con que estaba cubierto el cadáver y mientras preparaba el metro para medirlo, comenzó a cantar, como era su costumbre. Pronto se dio cuenta de que el muerto tenía una rodilla levantada; entonces con una mano le entreabrió un ojo y le dijo: ''Mirá muerto, **comprendela**: si no estiráis la pata, no váis a caber en la **cebolla**''... Los deudos, que presenciaban la escena, se indignaron con aquello... ''Ni el muerto ni ustedes la **comprenden**'', manifestó ''Cebolla''. Y como minutos después el dueño de la funeraria, enterado del asunto, lo regañara por teléfono, le contestó: ''Vos menos la **comprendéis;** el único que la **comprende** aquí soy yo''...

No hay duda que en aquel lenguaje misterioso, ''comprender la cebolla'' era algo que obsesionaba la conciencia de aquel humilde hijo del pueblo, cuyo recuerdo sigue vivo para los maracaiberos de la penúltima generación.

"Roñoquero"



De ''Roñoquero'' se sabe que fue ''el hombre más embustero del mundo''. Emulo de ''Mamblea'' y del mismo linaje de ''Cebolla'', ''Carne Frita'' y ''Cañañí Cañañá'', Carlos Bernal Mijares —que tal era su cristiano nombre— nació en la tormentosa calle El Sol de El Saladillo. Cuando joven trabajó en el Aserradero de Rafael Nones, en la calle La Cruz, y en el de Jorge Pineda que estaba situado a poca distancia del Callejón de Carica. Contaba ''Roñoquero'' que una vez se metió a sastre: ''Mi primer cliente fue un montuno, a quien le tomé las medidas, pero cuando vino a probarse el saco le quedaba tan follúo que más bien parecía un foque de piragua''...

En esta oportunidad evoquemos una de sus tantas anécdotas. Una vez ''Roñoquero'' se prestó para servir de San Isidro en la Procesión del Santo, en vista de que la imagen se hallaba en mal estado y no pudieron arreglarla a tiempo. Todo fue tan bien preparado que ''Roñoquero'' parecía realmente el santo labrador. Sin embargo, hubo un momento en que una mosca comenzó a molestarlo, posándosele sobre la cara y las orejas, y tuvo que mover la mano para espantarla. Los muchachos que iban en la Procesión descubrieron el truco y en el acto comenzaron a lanzarle pepas de mamones con unas hondas. Le dieron un pepazo tan fuerte en un sentido, que a ''Roñoquero'' se le salió una lágrima. Entonces una señora que lo contemplaba devotamente no pudo contener un grito de asombro: ''¡Milagro! ¡Milagro! San Isidro está llorando!...'' Ante lo cual ''Roñoquero'' se volteó para decirle: ''¿Milagro? ¡Cómo hicieras vos! Un zaperoco es lo que se va a formar aquí si esos muchachos del carrizo me siguen tirando pepas''...



El naufragio de la "Ana Cecilia"

El domingo 8 de agosto de 1937, a las 10 y 20 minutos de la noche, ocurrió el trágico naufragio de la piragua "Ana Cecilia", que dejó un balance de más de un centenar de víctimas. A más de cuarenta años de distancia, aquel suceso sigue vivo en la memoria de millares de maracaiberos. La piragua a motor, de 21 toneladas, era piloteada por su propietario Arturo Soto. En la lista de pasajeros entregada antes de zarpar a la Capitanía de Puerto, aparecían registradas 96 personas, pero en realidad viajaban en la motonave unas 200, en su mayoría trabajadores petroleros que vivían en Maracaibo por no existir entonces casas suficientes en los campos de los Distritos Bolívar y Baralt. El Lago estaba picado esa noche y cuando apenas habían transcurrido unos 20 minutos de la salida, a causa del sobrepeso y de la tempestad que se desató, se hundió la nave. Fue una voltereta sorpresiva que no dio tiempo a nada. Algunas personas murieron en el acto, golpeadas por el maderamen de la embarcación o destrozadas por la propela que quedó girando en el vacío, mientras los demás pasajeros trataban de luchar con las olas y nadar hacia la orilla.

En el ancho y sombrío horizonte titilaban las luces del puerto. Mientras tanto, un remolcador petrolero que pasaba por el sitio de la tragedia recogió algunos náufragos. Otros pudieron llegar a tierra para dar la noticia y movilizar los auxilios inmediatos. El Presidente del Estado, Dr. José Encarnación Serrano, que había asumido sus funciones el día anterior, dictó un Decreto de duelo público y creó una junta pro-damnificados. Ocho días más tarde llegó a la ciudad el Presidente de la República, General López Contreras, en el yate "Leandro", para asistir al funeral ofrecido en memoria de las víctimas. En aquellos momentos de consternación general, los periódicos, las emisoras de radio, los partidos políticos, los sindicatos y el pueblo entero cumplieron un papel extraordinario con sus grandes campañas en favor de las familias que habían quedado en el más completo desamparo. Sin duda, el naufragio de la "Ana Cecilia" constituyó una catástrofe sin precedentes en la historia del Zulia.



La Gaita



Los orígenes de la gaita zuliana no han sido establecidos con precisión, pero se supone que nació con las inquietudes republicanas del pueblo, tal vez en las primeras décadas del siglo XIX, como lo demuestran los patrióticos cantos pascuales dedicados a Ana María Campos, la patricia altagraciana azotada por oden del feroz Morales al negarse a retirar su frase lapidaria: ''O capitula o monda''.

Tradicionalmente la gaita ha estado vinculada a la devoción decembrina por Santa Lucía en el barrio El Empedrado, y en este sentido se recuerda que cuando el padre José Tomás Urdaneta tuvo a su cargo la parroquia, sacó del templo a los bulliciosos gaiteros. Puede decirse que desde entonces la gaita perdió el carácter religioso de que estuvo impregnada durante muchos años en la barriada empedradera, para convertirse definitivamente en instrumento de sano júbilo pascual y en el más eficaz medio de crítica y protesta de la gente humilde.

Nuestra gaita ha estado caracterizada siempre por la frescura de su música y la agilidad mental de sus intérpretes. Antes el gaitero solía improvisar estrofas al iniciar su fiesta:

Abríme, Concha Boscán,
que es Telésforo Morillo
que te trae en el bolsillo
queso, chocolate y pan...

O versos de contenido sentimental que recogían el despecho de alguien, hombre o mujer, por la persona amada:

Anda veté, no te váis.
Quedáte, no te quedéis.
Para la falta que hacéis,
andá vete y no volváis...

Eran los tiempos de los gaiteros famosos: Rafael Garbiras, el de la esquina del Caracol; César Luzardo, autor de la gaita a Fraílda; los hermanos Agapito y Vicente Rondón, que vivían en el Cerro de Ño Ramón Camero; Mahón, el furrero de la calle El Sol de El Saladillo; Norberto Fuenmayor y Miróclates Padilla, gaiteros de El Empedrado...





HIMNO DEL ZULIA

(FRAGMENTO)



Música del Dr. J. A. Chaves

Letra de Udón Pérez

CORO INICIAL I FINAL

Sobre palmas y lauros de oro
yergue el Zulia su limpio blasón;

y flamea en su plaustro sonoro
del progreso el radiante pendón.

Himno del Zulia

Letra: **Udón Pérez**
Música: **Dr. José Antonio Chávez**

CORO

Sobre palmas y lauros de oro
yergue el Zulia su limpio blasón;
y flamea en su plaustro sonoro
del progreso el radiante pendón.

ESTROFAS

La luz con que el relámpago
tenaz del Catatumbo,
del nauta fija el rumbo
cual límpido farol;
el alba de los trópicos,
la hoguera que deslumbra
cuando al cenit se encumbra
la cuádriga del Sol,
no emulan de tus glorias
el fúlgido arrebol.

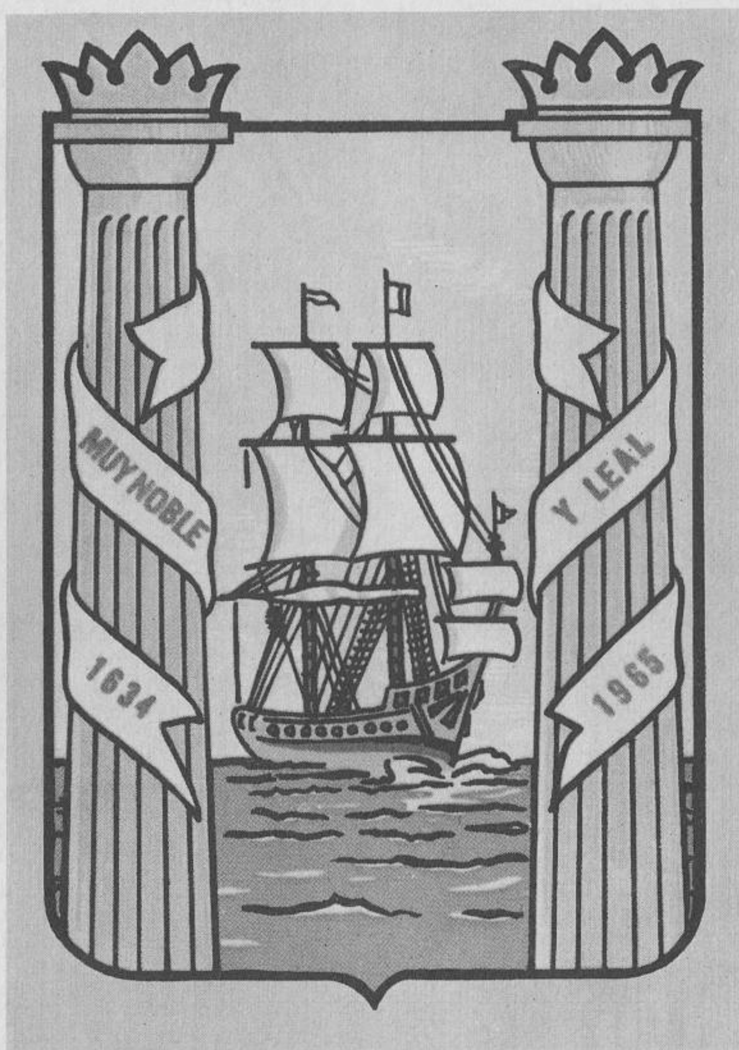
En la defensa olímpica
de los nativos fueros,
tus hijos sus aceros
llevaron al confín;
ciñendo lauros múltiples
los viste con arrobo,
del Lago a Carabobo,
del Avila a Junín;
y en Tarqui y Ayacucho
vibraron su clarín.

Erguido como Júpiter,
la diestra en alto armada,
fulgente la mirada
de rabia y de rencor;
las veces que los sátrapas
quisieron tu mancilla:
mirarte de rodilla
sin prez y sin honor,
cayó sobre sus frentes
tu rayo vengador.

Y luego que la cólera
de tu justicia calmas,
va en pos de nuevas palmas
tu espíritu vivaz;
en aulas y areópagos,
cabildos y liceos,
te brinda sus trofeos
el numen de la paz;
y vese en blanca aureola
resplandecer tu faz.

En tu carroza alígera
que tiran diez corceles,
de acantos y laureles
guirnaldas mil se ven.
Allí del Arte el símbolo,
del Sabio la corona,
de Temis y Pomona
la espada y el lairén,
la enseña del Trabajo
y el lábaro del Bien.

Jamás, jamás los déspotas
o la invasión taimada,
la oliva por la espada
te obliguen a trocar;
y sigas a la cúspide,
triunfante como eres,
rumores de talleres
oyendo sin cesar,
en vez de los clarines
y el parche militar.


MUY NOBLE
Y LEAL
1634
1965

SUMARIO

IMPRESO POR INTENSO OFFSET C.A. 239 9534



ediciones
corpoven